DANIEL RIQUELME

EPISODIOS CHILENOS

EL INCENDIO

DE LA

IGIESIA DE LA COMPAÑÍA

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863

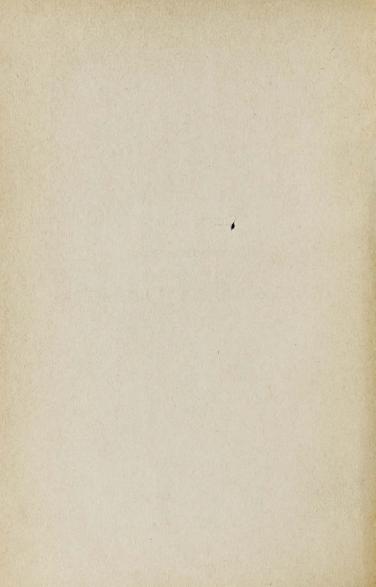


SANTIAGO DE CHILE IMPRENTA CERVANTES

BANDERA, 73

1893

9/197-6)



AA N7935

EL INCENDIO

DE LA

IGLESIA DE LA COMPAÑÍA









VISTA DEL INCENDIO DEL TEMPLO DE LA COMPAÑIA
OCURRIDO EN SANTIAGO EN LA NOCHE DEL 8 DE DICIEMBRE DE 1863

DANIEL RIQUELME

EPISODIOS CHILENOS

EL INCENDIO

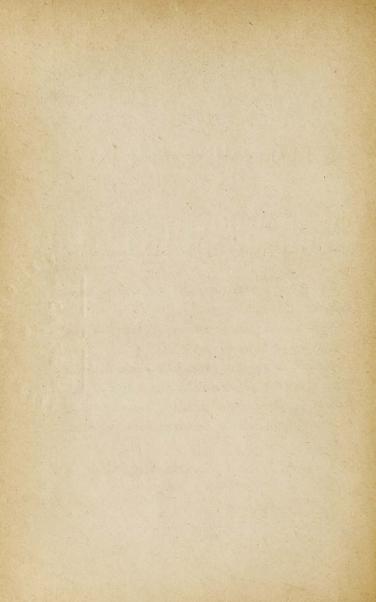
DE LA

IGLESIA DE LA COMPAÑÍA

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA CERVANTES
BANDERA, 73
1893



A GLADYS MARGARITA PAGE

A tí, lirio blanco i rubio en el valle de mis soledades;

A tl, estrellit i de ojos azules en la tarde de mi vida.

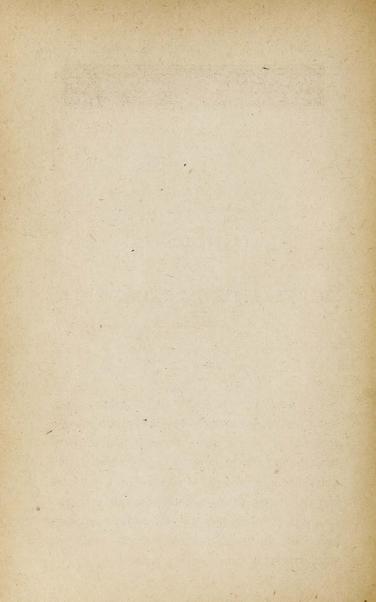
Tú vivirás en mis recuerdos miéntras yo tenga recuerdos.

Pero tú, que eres la aurora, ¿te acordarás de mí, que soi ya tarde de otoño?

Cuando en nuestro Limache te cante la brisa entre el ramaje de los árboles, piensa que yo pido para ti la felicidad que mereces i que te dará la vida; porque la vida es hermosa i buena, como tú.

PANIEL RIQUELME









DE LA

IGLESIA DE LA COMPAÑÍA

-- 63 ---

I

Del incendio de la iglesia de la Compañía, sin duda una de las catástrofes mas espantosas que recuerda el mundo, suele a veces hablarse aquí cual de un suceso ocurrido a jeneraciones mui anteriores a la presente, o en otro pais, con otra sangre, otra carne i otras lágrimas que las nuestras, ¡que el sol no seca tan pronto las huellas de la reciente lluvia como el tiempo hace olvidar los mas grandes dolores, una vez pasados!

Porque tan solo veintinueve años que han trascurrido desde aquella tarde, casi borrado tienen de nuestra memoria aquel horrendo recuerdo que un dia pareció ser eterno, pero que ya medio se ha perdido en las lejanías de ese tiempo olvidadizo, como se han perdido i olvidado, en la profundidad de nuestras indolencias, las severas enseñanzas que Santiago prometió entónces grabar con caractéres indelebles en la cartilla de sus esperiencias.

Hoi por hoi, atentos estos olvidos, no ha de ser inútil la obra de rehacer, aunque sea a la lijera, esta pájina de sangre i de duelos de la vida santiaguina, sobre todo cuando por una parte el bálsamo maravilloso de los años ha cicatrizado, al parecer, las heridas mas profundas, i por otra, corazones lijeros tornan a las andadas, con cruel desprecio de aquella carne i de aquellas lágrimas, lágrimas i carne que fueron de la flor de la sociedad de Santiago, devorada en espantosa hoguera.

Por lo demas, una reseña, por deficiente que salga al vuelo de la pluma, satisfará los deseos de muchos que ni siquiera saben cuándo se realizó esa pesadilla de todo un pueblo, i a menudo preguntan:

-¿I cómo fué?

I fué jai! de tal modo, que la mitad de las casas de Santiago cerraron sus puertas; que en el comercio se agotaron las telas de luto i que durante muchos años se conoció a Chile en Europa principalmente por sus cobres i el incendio de la Compañía, que allí pareció leyenda de ultramar en la inmensidad de su horror.

Tanto pareció así que, tiempo despues, hallándose en Béljica don Mariano Casanova, hubo de escribir a solicitud de don Manuel Carvallo, nuestro Ministro en Bruselas, i bajo la fé de haberlos presenciado, una relacion de esos sucesos para que fueran creidos.

Porque, en verdad, ¿cuál otra nacion refiere historia semejante de una hecatombe igual, en plena paz de los hombres i de los elementos?

¿I qué fatal maldicion pesaba sobre aquel templo, destruido ya cuatro veces ántes de su ruina postrera?

He aquí, ahora, un párrafo de la carta que dirijió el Ministro Carvallo a don Mariano Casanova en 19 de Octubre de 1865:

[&]quot;El incendio de la Compañía causó en todo el

mundo una sensacion profunda. Los artículos de los diarios chilenos, escritos a la lijera i en medio de los jemidos de los que acaban de perder a sus esposas, hijas o madres, o teñidos con el calor de pasiones ménos tiernas, fueron reproducidos en la mayor parte de los de Europa, Asia i África i leidos con espanto universal. Hace pocos dias que un injeniero holandes, recien llegado de Ejipto, en donde ha pasado muchos años, me pedia con vivo interes los pormenores de esta catástrofe, i se admiraba de que no hubiese exajeracion en lo sustancial de los hechos publicados. El señor Ducpetieux, secretario jeneral del Congreso Católico de Malinas, i escritor distinguido en varias revistas europeas, me ha pedido hace mas de un año que le procure una relacion fiel i circunstanciada de ese acontecimiento para satisfacer los deseos de sus corresponsales, i aunque la he sclicitado de la Universidad de Chile, quien nombró una comision para que la redactara, hasta ahora no he tenido, etc., etc.,

El arzobispo Valdivieso tambien nombró una comision con el mismo objeto; pero ni ésta ni aquélla cumplieron su propósito.





II

No quedando, afortunadamente, huella ni vestijio alguno que recuerde el sitio del martirio, viene a cuento decir en pocas palabras lo que ántes habia sobre el suelo que hoi cubre con su manto de alegre primavera el hermoso parque del Congreso, i lo que fuera, desde su oríjen, la maldecida obra de los primeros jesuitas que se anidaron en Santiago.

"Ofrece, dice Vicuña Mackenna, tan palpitante i doloroso interes cuanto está ligado al nombre de la iglesia de la Compañía, en estos momentos de duelo universal, que en breves rasgos vamos a trazar aquí los principales sucesos de su lastimera historia. Ya que no nos es dable bosquejar

la existencia de tantas hermosas vidas, sacrificadas bajo sus bóvedas, diseñamos al ménos la historia de su tumba. El dolor de los hogares encontrará un lenitivo en la contemplacion de pasados desastres, que parecian haber consagrado aquel sitio a la horrenda i final destruccion que acaba de encontrar.





III

La Iglesia de la Compañía fué el primer clavo en que los jesuitas colgaron en Chile su crecedora capa, capa que despues habia de cubrir las ciudades i los campos mas ricos de su territorio. Fué asimismo el primer triunfo de su portentosa i no igualada industria de apóstoles, comerciantes i políticos.

Cincuenta i tres años de edad contaba apénas Santiago desde Pedro Valdivia cuando llegó hasta ellos la noticia de esta nueva comarca, vírjen araucana, que consideraron como en poder de moros, resolviendo conquistarla para el cielo sin pérdida de mas tiempo.

I así fué que, el lúnes de semana santa, 12 de

Abril de 1593, ocho relijiosos de la Órden aparecieron en Santiago, pastoreados por el padre Baltasar de Piñas, su primer provincial.

Venian con lo encapillado i entraron como en puntillas, en el silencio de la mancha de aceite.

Segun contaban, iban de paso para el Perú i tan pobres eran que el Convento de Santo Domingo hubo de darles hospedaje, no sospechando que, bajo los hábitos de tan humildes i desamparados viandantes, se ocultaran los segundos conquistadores del pais i los rivales afortunados de todas las órdenes establecidas, comenzando por la que los alojaba.

Pero si los jesuitas recien llegados no cargaban riquezas, traian, en cambio, el secreto de hacerlas rápidamente.

Traian: su plan sabiamente combinado, la voluntad inquebrantable de la Órden, su maestría diplomática i la cabeza de una de las *Once Mil Virjenes* de Colonia, reliquia que alborotó la ciudad.

Pronto el devoto vecindario comprendió o se le hizo comprender, que joya tan preciada no debia estar de prestado ni vivir de ajenos favores, i pasada la Pascua se reunieron pueblo, cabildo i clerecía, a fin de arbitrar los medios de retener a los santos viajeros, dándoles inmediatamente recursos i un terreno adecuado para edificar su iglesia i su claustro.

¿Cómo dejar que se volaran estas aves del cielo? Pero aconteció el mas inesperado de los contratiempos.

El padre Piñas rehusó toda ofrenda, declarando que la Órden no queria "tener lugar fijo en Chile, sino recorrer toda la comarca" en caso de serles permitido quedarse.

I arrancó lágrimas de gratitud i admiracion cuando delicadamente fundó su negativa en la pobreza que sufria el vecindario, despues de cuarenta años de cruentas guerras. Ellos no querian ser un nuevo gravámen...

Si el padre Piñas hubiera fundado a Santiago, no lo habria hecho mejor, seguramente, tanto demostraba conocer a la que ya era su jente.

Mas la reunion no escuchó razones i "diciendo i haciendo,—cuenta el padre Ovalle, que tambien era de la Órden,—juntaron entre todos la limosna que bastó para comprar una de las casas mas principales del lugar, una cuadra de la plaza i de la Catedral, a que el mismo dueño ocurrió con

ochocientos pesos que remitió de su valor, i aunque no costó entonces mas de otros tres mil i seiscientos pesos, se estimaria en tiempo de paz, segun lo advierte la historia, en diez mil."

Los padres hubieron de ceder i de quedarse, anclando la nave de su fortuna en la propiedad adquirida, en medio de la cual, ántes de cincuenta dias se levantaba con asombro de todos, una capilla provisional, que pusieron bajo la invocacion de aquella cabeza de una mártir i de una vírjen....

—"Fatídica ofrenda,—esclama Vicuña Mackenna,—hecha al sitio del que debian volar al cielo de una sola vez, tantas almas virjinales!"

A los dos años, la capilla era ya estrecha para la parroquia innumerable de sus fieles.

Imperando sobre todas las conciencias, dominando en absoluto sobre todos los poderes, confesores de los grandes i de los humildes, industriales i maestros, comerciantes i apóstoles, en tan corto tiempo los jesuitas habian hecho de su pobre ermita lo que fué su templo hasta su último dia,—el templo favorito, el templo de todos, de los ricos i de los pobres.

Las demas iglesias como las demas Órdenes,

habian sido destronadas i oscurecidas por el nuevo sol.

Todo para Santiago era la Compañía.

Se pensó entonces en la construccion de una iglesia digna de tantos favores recibidos, i se echaron los cimientos de una cuya obra demoró treinta i seis años, a lo largo de los cuales la piedad santiaguina hizo milagros de jenerosidad.

"Se trabajó a toda costa,—añade el mismo Ovalle,—i se levantó una iglesia de calicanto mui capaz i airosa.

"Ciento cincuenta mil pesos se gastaron en ella. El retablo del altar mayor fué tasado en treinta i un mil pesos."

Ocho dias duraron las fiestas del estreno, durante las cuales se hicieron bautizar muchos negros esclavos los que se *convirtieron* al catolicismo ante la magnificencia de tan grandioso espectáculo.

Mas la soberbia fábrica duró mui poco, iniciando su ruina la serie de calamidades que debian perseguirla hasta borrarla de la faz de nuestro suelo.

El terremoto del 13 de Mayo de 1647 la arrasó hasta dejar los cimientos únicamente.

No era, sin embargo, el golpe capaz de quebrantar a aquellos obreros infatigables ni de estinguir la fuente sin fondo de las limosnas santiaguinas.

Aprovechando las ruinas, sobre ellas mismas, en soberbio desprecio de la reciente catástrofe, i a favor de las riquezas adquiridas i crecientes, medio siglo mas tarde se alzaba un nuevo templo, a cuyo lado la Catedral parecia "rancho pajizo."

Esta nueva iglesia costaba 600,000 pesos i era la obra casi esclusiva de dos santiaguinos, los hermanos Ferreiras, relijiosos de la Órden, a la vez que arquitectos o prácticos.

La baratura de los materiales i jornales en esa época, dará idea de la grandiosidad de una construccion en la que se habia empleado suma tan enorme para aquellos dias.

El millar de ladrillos costaba entonces de 18 a 20 pesos, el de adobes 18, i un peon ganaba al dia 25 centavos.

En 1730 los terremotos que se sucedieron, desde el 8 de Julio hasta principios de Setiembre, aunque no asolaron la nueva iglesia, dejáronla casi en completa ruina. Los padres emprendieron una vez mas la reconstruccion de su casa, haciendo costosas reparaciones, lo que fué una lástima; porque desde entonces la "Compañía dejó de ser un templo hermoso, i para hablar con mas exactitud, desde entonces aquella iglesia fatal no fué sino una ruina disfrazada."

Pero el disfraz fué tan opulento, aunque por demas recargado, que causó la admiracion de Santiago, admiracion que subió de punto cuando se descubrió la empinada torre i en ella un reloj de cuatro esferas, construido por los padres en los talleres de su hacienda de la Calera. Hasta su trájico fin en el incendio del 31 de Mayo de 1841, este reloj gozó de la justa reputacion de ser el mas exacto de la capital.

Hermano de éste fué otro, igualmente famoso, que ademas de las horas señalaba los movimientos del sol i de la luna. Trasladado a la sacristia de los canónigos de la Catedral, tras de un siglo de servicios, todavia daba puntualmente las horas en 1865.

Entre las joyas adquiridas por ese tiempo, descollaba la custodia. Habia costado 1,600 pesos i fué enriquecida mas tarde con muchas piedras preciosas. En 1755 le agregaron los diamantes que trajo de Europa el padre Haymhausen, regalados a él por la reina de Portugal, de quien dicen algunos sériamente que era primo hermano. Lo que se sabe de cierto es que los diamantes valian mas de 25,000 pesos.

Volviendo a los relojes, se cuenta que del primero de aquéllos fué del que dijo el célebre padre Lopez, llamado el Quevedo chileno, pasando por la plazuela de la Compañía a tiempo que daba la hora:

> "Tres cuartos para las tres ha dado el reloj vecino, i lo que me admira es, que siendo reloj teatino dé cuartos sin *interes*...."

Otros afirman que la improvisacion se la soltó el buen padre a unas beatas a quienes los jesuitas proporcionaban de limosna unos cuartos por allí vecinos. El padre Lopez era domínico i, desde los dias del alojamiento, éstos anduvieron siempre a dimes i diretes con los teatinos por rivalidades de todo jénero.





IV

Hasta ahí la fatalidad habíase limitado a destruir una tras otra vez el templo que servia a la Órden como de casa señorial; mas, bien pronto sus felices moradores debian pagar en sus personas, bienes i esperanzas ciertas de mayores grandezas, los dones de toda suerte que con no medida esplendidez habíales prodigado la fortuna.

El reves iba a ser igual a la magnitud de la prosperidad de que habian disfrutado; la caida proporcionada naturalmente a la altura.

Corria el mes de Agosto de 1767. El dia 7 llegó un correo de Buenos Aires, desafiando nieves i tempestades, con pliegos cerrados para el Gobernador Guill i Gonzaga, grande amigo de los jesuitas.

Nadie sabia lo que contenian aquellos; pero se hablaba de cartas misteriosas i de tal importancia que de principio a cabo estaban escritas de puño i letra del mismo Rei.

Lo que sí supieron todos de fijo fué que el Gobernador hizo cerrar los boquetes de la cordillera tras los pasos del atrevido correo; que triplicó la Compañía de Dragones; aprontó para revista las milicias de Santiago i dispuso que en ciertas ciudades, villas i lugares (donde habia colejio, casa de residencia o hacienda de los padres jesuitas) estuviesen sobre las armas para el 25 del mismo mes, dia en que se debian abrir los pliegos que habia enviado a las autoridades respectivas.

Miles de conjeturas se hacian, entretanto, entre el pacífico vecindario. Quién decia que todo ese aparato militar era en defensa contra piratas; quién que iba a estallar la guerra con los ingleses

Pero el 24 de Agosto, a medio dia comenzó a circular como sordo i angustioso rumor, que tantos preparativos iban solo dirijidos contra los jesuitas, rumor que fué creciendo momento a momento.

Entretanto, en Santo Domingo se rezaba una novena, costeada por el Gobernador, a fin de alcanzar buen éxito en sus designios.

Llegó, al cabo, la fecha esperada, el 25; habíase prometido al pueblo instruirlo en ese dia del temido secreto; pero, estando para llover, la tropa recibió contraórdenes i regresó a sus cuarteles.

Nuevas esperas i nuevas angustias.

Así trascurrió el 25. Pero a las 3 de la mañana del 26, cuando la ciudad dormia, un destacamento de tropas se desprendió del Palacio i en son de guerra rodeó la Compañía i el recinto del Colejio Máximo de San Miguel, que formaba la manzana que ahora se llama del Congreso.

Tomadas todas las salidas, el oidor don Juan de Balmaceda, dió tres golpes en la puerta principal i diciendo:

-En nombre del Rei! mandó se le abriera en el acto.

La puerta se abrió. Luego en el silencio de la noche se oyó el toque de campana que convocaba a la comunidad. Ochenta i dos relijiosos se reunieron en torno de su anciano rector, el padre Madariaga, i en presencia de todos, mas conmovido que los mismos sentenciados, el escribano

de cámara don Juan Bautista Borda, leyó el decreto por el cual el Rei Cárlos III tenia a bien desterrar de sus dominios a todos los miembros de la Compañía de Jesus.

Igual dilijencia se practicaba en esos mismos instantes en el Convictorio de San Francisco, hoi Palacio de los Tribunales; en el colejio de San Pablo, hoi cuartel de policía; en la casa de ejercicios de la Virjen de Loreto, hoi cuartel en la calle de la Maestranza; en el Noviciado de San Francisco de Borja, chacarilla situada en la Alameda entre las calles del Dieziocho i Castro, i en las demas propiedades de los padres, de modo que a las 11 de la mañana quedaban acuartelados i prisioneros en la casa Central 120 relijiosos de la Órden, que residian en Santiago.

Allí estuvieron hasta el 23 de Octubre a las 2 de la mañana, hora en que cruzaron a pié las calles, casi a tientas en la oscuridad, para ir a tomar los caballos que los esperaban a la entrada del camino de Valparaiso i del destierro.

Comandaba la espedicion el correjidor don Luis Manuel de Zañartu. ¿Se escaparía alguno?

De parte de la ciudad no hubo mas que rogativas de monjas i aparatosas muestras de un dolor que, ciertamente, era mas sincero en el pueblo que en el fondo de los otros conventos, cuyos relijiosos, desde la llegada de los jesuitas, habian sido relegados por aquéllos a un deprimido segundo término.





V

I así concluyó por entónces la Compañía de Jesus en Chile. El templo fué cerrado i, desierto por largos años, pasó a ser en la imajinacion popular una casa abandonada en la que penaban duendes i sobre la cual parecia pesar una maldicion misteriosa i fatal.

Ciento setenta i cuatro años habia durado, pues, el reinado no discutido que iniciaran en la infancia de Santiago aquellos ocho humildes i desamparados viajeros que llegaron aquí como Espronceda a Lisboa, sin Cristo en el bolsillo ni lecho en que reposar sus huesos.

No parecerá, por tanto, cosa fuera de lugar, siquiera porque ella sirve para medir parte del

camino que gloriosos i triunfantes recorrieron los jesuitas en su primera estadía entre nosotros, apuntar aquí los bienes que en tierras dejaban en la hora del destierro, sin contar las propiedades urbanas que por disposiciones supremas se les habian dado en todas las ciudades del reino (una manzana en la ciudad i una chácara en el campo), sus fábricas, tiendas, caleras, curtiembres, astilleros (en la boca del rio Maule), alfarerías (la Ollería de la Maestranza), boticas, molinos. panaderías, relojerías i negocios de cuanto Dios crió en el comercio honrado, a mas de la porcion leonina de ganancias que obtenian a costa de sus competidores, mediante liberacion de impuestos i grandes privilejios que habíanse procurado diestramente.

La calle de Morandé se llamaba entonces, i hasta muchos años mas tarde, calle de la Botica; porque en ella estaba, donde hoi es atrio del Senado, la primera que existió en Santiago i única en esas edades, abierta por los jesuitas en su casa principal. En la plazuela de la Compañía i en las propias gradas del templo, tenian asimismo un puesto de guachalomos salpresos, que han dejado fama histórica.

I en diversas casas de la ciudad se habian procurado de limosna los cuartos de esquina para espender, sin arriendos ni patentes, desde los paños de su fábrica i desde las frutas nobles de Lima, que de retorno les enviaban libremente los hermanos de allá, hasta el ají i el alpiste de sus estancias.

Tenian tambien puestos de carbon i leña.

Pasando a mayores i sin contar propiedades como la manzana del Congreso, los Tribunales, San Pablo, etc., molinos, chacarillas, etc., las haciendas eran las siguientes:

En Coquimbo: Chacarilla i Quile;

En Aconcagua: San Francisco de Rejis.

En Valparaiso. La Viña del Mar, Viña del Almendral, Peñuelas, Las Tablas i Colmo;

En Quillota: Limache, Ocoa, La Calera, San Pedro, La Palma i San Isidro;

En Santiago: La Punta, Pudagüel, La Compañía, La Calera, Los Molinos, La Ollería, Ñuñoa, Chequen, Noviciado, Chacabuco, Bucalemu i Quilicura;

En Melipilla: Chacarilla i San José;

En Colchagua: Chacarilla, Colchagua i San José de Colchagua;

En Talca: Duao o el Fuerte i Quivolgo;

En Maule: Longaví i Guenon; En Chillan: Caicagüin i Cato;

En Concepcion: Cuchacucha, Magdalena, Torreon, Ganquegua, Andalien, Cunaco, Nipas, Manquelmu, Perales, Hualqui i San Cristóbal;

En Rere: Tegüelquelen, Tomuco, San José, Ventura, San Rosendo, Huemanuagüe, Curipichun, Salto del Laja i el Roble; i

En Arauco: Coronel i Calcura.

En todo, 69 haciendas o chacras, cuyo valor no bajaría hoi dia de cuarenta i tantos millones de pesos.—I todavia habria que agregar las valiosas propiedades que tenian en la provincia de Cuyo.

Contaban ademas con mil doscientos esclavos, de los cuales los 117 hallados en La Calera de Santiago, produjeron en remate público 19,045 pesos. Gran parte de los restantes fué enviada al Perú, donde tenian mejor precio...

El afan desmedido de los jesuitas por adquirir riquezas habia llegado a ser proverbio popular hasta en los labriegos, i así lo comprueba la siguiente anécdota, prohijada por graves historiadores:

Refiere la tradicion que uno de los padres de

la Compañía viajaba acompañado de uno de los inquilinos de la hacienda.

Era una hermosa noche de luna.

El buen padre habíase empeñado en esplicar a su rústico acompañante que en aquel astro tan blanco que solo parecia estar lleno de luz, habia, sin embargo, llanuras, campos i montañas como en esta mísera tierra.

- —¡No puede ser! replicaba, empecinado el campesino.
- —Pero ¿por qué? insistia el padre, admirado de su testaruda i porfiada ignorancia.
- —Porque si fuera cierto, respondió, al fin, el inquilino, ya sus paternidades tendrían allí alguna haciendita!...





VI

Tan cerrada quedó desde aquel entónces la iglesia de la Compañía, que solamente le faltó en testimonio de su pasada grandeza i presente oprobio el cartel que Cromwell pusiera a las puertas del Parlamento ingles.

-- Esta casa se arrienda.

Por los años de 1768 a 1769 volvióse a abrir, para reemplazar a la Catedral que se habia incendiado: pero, terminado el templo metropolitano, tornó la Compañía a su triste clausura.

A la medrosa jente dábale miedo pasar cerca de ella i en las noches evitaban su camino, hasta que el clérigo don Manuel Vicuña abrió de nuevo sus puertas al culto. A poco andar, la Compañía volvió una vez mas a ser el templo a la moda; pero, la fatalidad que la perseguia desde sus primeros dias la arruinó tambien una vez mas, cual si quisiera indicar que sobre ella caeria el fuego del cielo i el polvo de las ruinas en tantas cuantas ocasiones tornara a su porfia.

En efecto, el 31 de Mayo de 1841, la iglesia fué devorada por las llamas, consumiéndose allí la alta torre de que tan orgullosa estaba Santiago i el famoso reloj de los talleres de La Calera, que con justicia era tenido como la obra maestra del arte chileno, i que, fiel a su mision ya lejendaria, rodeado de llamas, dió pausadamente, como si nada ocurriera, las nueve de la noche, ántes de caer.

A tres causas se atribuyó este incendio, sin haberse establecido entónces ni ahora la verdad: Una chispa eléctrica que se produjo en una de las campanas en medio de una tormenta, decian algunos; otros referian que un estudiante del Instituto Nacional (el Instituto ocupaba el claustro) habia echado a volar una lechuza ardiendo en aguarras (el pájaro naturalmente buscó su nido, comunicando el fuego al techo); i finalmente, no faltó quien lo atribuyera a una mano criminal.

A pesar del siniestro i aprovechando una de las capillas, el presbítero don Rafael V. Valdivieso, que era capellan sustituto de la Compañía, tres dias despues celebraba con gran pompa la fiesta de Corpus en presencia del arzobispo Vicuña.

En la misma fiesta dijo su primera misa el presbítero don Joaquin Larrain Gandarillas i predicó don José Hipólito Salas. En una parte de ese discurso, el señor Salas, dirijiéndose al señor Valdivieso, que ya estaba propuesto para arzobispo, esclamó:

"I ¡quién sabe, señor, si tiene tambien algo de providencial ese ardoroso empeño con que V. S. I. ha trabajado en la reedificacion de esta iglesia! ¡Quién sabe si este templo está destinado para ser restituido a sus primitivos fundadores!"

El pueblo devoto volvió a dar sus recursos para la reconstruccion; don Andres Bello cantó en hermosos versos la reciente catástrofe; y segun *El Mercurio* de Valparaiso, correspondiente al 9 de Junio del mismo año, habíanse reunido 30,000 pesos en la primera semana que siguió a la ruina. Las reparaciones importaron cien mil pesos.

¡Cuántos millares costaba al pueblo de Santiago conservar en pié la iglesia que debia de ser en breve horrenda tumba de dos mil almas, la flor de sus salones i esperanzas!





VII

Venid i vamos todos con flores a porfía, con flores a María que Madre nuestra es.

En 1854 Pio IX proclamó el dogma de la Inmaculada Concepcion de María; el 8 de Diciembre de 1855 se hicieron en Santiago grandes fiestas relijiosas, llamadas de Declaracion, i en Noviembre del año siguiente se celebró por primera vez en el antiguo templo de los jesuitas el Mes de María, mediante los esfuerzos del Seminario Conciliar.

En la última noche de ese Mes, el presbítero

don Juan Bautista Ugarte inició la fundacion de una sociedad titulada *Hijas de María*, a fin de sostener i fomentar con el esplendor debido la nueva devocion. El señor Ugarte, aunque vivia en la casa, no era el capellan de la Compañía, sino el presbítero don Francisco Cañas.

El señor Ugarte fué solo el promotor i director supremo de la Congregacion.

En el curso del primer año alcanzaron a inscribirse siete mil asociados, en su mayor parte mujeres, pagando cada socio la cuota de un peso al año.

A mas de la fiesta del Mes, los miércoles de cada semana, las Hijas tenian misa por la mañana i por la noche plática i esposicion del Sacramento.

Tenian ademas un buzon especial, el Buzon de la Virjen, en el que las congregadas, bajo sobres cerrados, pedian a los santos lo que deseaban conseguir. Esplicando esta novedad introducida en el culto, don Mariano Casanova escribia en 1865:

"Muchos de los asociados pedian al director de la congregacion, señor Ugarte, recomendase a los concurrentes que orasen por sus diversas necesidades, mas o ménos como se practica en algunas iglesias de Europa, i aumentándose estraordinariamente las demandas, el director preparó una urna cerrada en la que cada cual esponia por escrito su peticion.

"Esta urna fué colocada en la capilla del fróntis que daba al Palacio del Congreso (hoi la Biblioteca Nacional). Todos los miércoles el mismo director abria públicamente la urna que contenia los billetes de súplica, la que era colocada delante del altar durante la misa.

"Cuando la urna estaba llena, el mismo director quemaba los billetes, de suerte que nadie podia saber lo que se hallaba escrito en ellos. Así pasaron las cosas durante siete años. Decíase que el señor arzobispo no gustaba de ese modo de dirijir preces al cielo i que una buena parte del clero deseaba desapareciese esa práctica. Muchas personas atacaron de palabra i por escrito la nueva institucion, siendo libre cada cual para aprobar o reprobar algunas de las medidas de que el director se valia para entusiasmar a sus cofrades."

Tan inocente como pudiera ser en sí este estraño servicio de correos entre los pecadores de la tierra i los santos del cielo, la malicia humana que por lo jeneral va mas allá de lo cierto, encontró allí ancho campo para sus murmuraciones, murmuraciones que corriendo de boca en boca en forma de historietas a lo Brantome, dieron oríjen a dramas verdaderos que perturbaron la paz de muchos hogares, tiñendo con un tinte rosado de mundanos misterios las fiestas cuyo símbolo eran las blancas azucenas de María.

I tal consistencia habian llegado a adquirir, que el sordo murmullo solo se apagó mas tarde, ante la muerte de las víctimas.

Empero nada era parte a detener la creciente popularidad del Mes de María ni el lujo cada año mas esplendoroso con que se celebraba.

En el de 1863, el director i las socias habian declarado que iban a *echar el resto*; porque era el último...

En efecto, terminadas las treinta noches de funcion, las Hijas de María celebraban una comunion jeneral en la que se repartian estampas de la Vírjen con-versos i leyendas conmemorativas.

Las estampas llevaban este título: Recuerdo de la primera comunion jeneral. Recuerdo de la segunda comunion jeneral, etc. Las de 1862 decian:

Recuerdo de la cuarta comunion de las Hijas de María.

Al año de 1863 correspondia, por consiguiente, la designacion de quinta comunion; pero la imájen repartida en la mañana del 8, espresaba a la letra:

Recuerdo de la última comunion jeneral de las Hijas de María en el año 1863.

Si no hubiera sido mas que ésta la razon de ser la última...





VIII

La fiesta de la comunion terminó despues de las 12 del dia, habiendo comulgado mas de dos mil personas.

Antes de terminar, el señor Ugarte invitó a la concurrencia para asistir a la funcion de la noche, una despedida con plática i trisajio, previniendo que seria la última noche del último mes de María.

Anuncióles ademas que tenia que revelarles un gran secreto i prometió el cielo a las que asistieran.

Circuló tambien la noticia, que siempre conmovia al mundo devoto, de que predicaria don Ignacio Víctor Eyzaguirre, lo que tal vez era cierto, porque en las funciones de María se disputaban el púlpito los oradores mas renombrados del clero i los conventos.

Pero no se necesitaba de tantas incitaciones, seguramente, para que la sociedad de Santiago acudiera en masa a la fiesta predilecta de su iglesia favorita, no teniendo por entónces otro pan con que alimentar su espíritu.

Allí lo mundano se unia a lo divino. La espiritualidad del pensamiento que les daba oríjen se espresaba con tan pomposas materialidades que sobrepujaban al mas grandioso aparato teatral, llenando todos los sentidos.

Cada noche de funcion costaba quinientos pesos.

El gobierno daba tambien la suma de doscientos pesos al año.

Siete mil luces alumbraban la iglesia.

En el altar mayor únicamente se encendian dos mil!

—Alumbrada como la gloria!—dicen todavía las devotas que la vieron.

¡Siete mil luces en un recinto relativamente estrecho! Sin embargo, el venerable obispo Aldai, en su sínodo de 1763 habia dicho: "Ordenamos i mandamos que las fiestas que hicieren, así el comun de los Conventos, como las monjas particulares, no excedan de cincuenta luces en ellas i moderen el exceso que hai de fuegos las noches que los prenden, por cuanto nuestro Señor mas se paga de los corazones devotos i ajustados a la pobreza relijiosa que de esterioridades que huelen a vanidad.

I en el seno de aquel mar de luz, la sonora palabra de los predicadores, el aroma de todos los jardines, los acordes de la música, los coros de mil voces, el adorno triunfal de altares i columnas, el cálido sabor de esa inmensa vejetacion humana, las electricidades de la estrecha confusion, i para muchas hasta el placer de lo prohibido!...

Era la ebriedad del fanatismo relijioso.

Cinco mil personas atestaban el templo noche a noche.

Se dice que llevaban meriendas i que entraban botes de helados, lo que se hace verosímil si se toma en cuenta que muchas devotas llegaban a las cuatro de la tarde para salir a las nueve de la noche de aquel horno.

Por mas de un motivo, la prensa pedia que la autoridad interviniera con medidas de precaucion. Por su parte, muchos padres o maridos prohibian en sus casas la asistencia a la Compañía.

Pero todo se estrellaba contra la pared de los influjos o de la astucia femenina.

Respetables matronas, jóvenes esposas, niñas menores de edad, las madres en complot de colejialas con la servidumbre i con las hijas, con pertinacia mujeril burlaban toda traba para ir a la funcion. Finjiendo visitas en casas amigas, iban
a ellas para ponerse únicamente su traje de iglesia. Otras se echaban a la cama por enfermas
para levantarse i escapar en pos de los pasos del
padre o del marido. El manto lo escondian en
la crinolina para ponérselo tras de una puerta, a
la vuelta de la calle.

Las sirvientes no volvian a las casas, i muchas otras que iban no iban.

Porque, en efecto, ¿cómo impedir que el enemigo malo, que no duerme, se colara tambien a la Casa del Señor, aun bajo el disfraz del manto relijioso?

Las familias que han dejado de asistir a las funciones del culto nocturno i que rezan en el dia las Estaciones del Juéves Santo, no pueden, con todo, formarse ni una idea aproximada de lo que era en aquellos tiempos una noche del Mes de María.

Vicuña Mackenna que vió las cosas con sus ojos dice:

"Hemos dicho en cuarto lugar que la asistencia a las iglesias por la noche es susceptible de abusos, i decimos esto con especial moderacion, porque sabemos con evidencia que esa práctica no solo es un peligro serio sino un foco permanente de inmoralidad.

"I no somos nosotros los que lo decimos, si no que el clero mismo lo afirma, si no con su palabra, con algo mas significativo: con las incesantes precauciones que toma para disminuir aquélla. ¿Quién, por ejemplo, no recuerda la construccion de la muralla que une el frente de la Compañia al edificio del Congreso, en la penúltima celebracion del mes de Maria, para evitar los execrables escándalos que se cometian dentro del oscuro claustro de la iglesia misma? ¿Quién no sabe que el capellan de ese templo habia construido últimamente una serie de banquillos para aislar a las devotas del contacto de los hombres? ¿Quién no ha visto a los centinelas de las puertas que sepa-

raban a los sexos a la entrada del templo, con la culata de sus fusiles, como si fueran los fieles una masa de ganado puesta en rodeo?

"¿Qué de culpas i qué de horrores no tendrán lugar en la confusion impune de las iglesias a medio iluminar, en esas *pechas* vergonzosas a que se entregan juntamente devotos i devotas, i en las que uno de los pasatiempos mas comunes i mas lejítimos es el *pellizcarse* los brazos o el hacer cualquier grosero ardid para ganar mejor lugar o arrebatar la tablilla?"

El Mercurio de Valparaiso decia por su parte:
"El culto se ha convertido entre nosotros en
una vertijinosa manía; la feria de la novedad ha
reemplazado a la adoración cristiana; i merced a
los alicientes de un fanatismo fomentado por otros
fanatismos, el pueblo asiste con una especie de
furor a estas funciones cuyo lujo se mide por la
cantidad de luces, es decir, la cantidad de peligros que se hacen arder cada noche.

"Es preciso, pues, que tan terrible leccion en algo nos aproveche. ¡No mas culto nocturno! No mas desórdenes, ¡no mas inmoralidad! no mas esas cargazones tales de jente fanatizada que iba a la pecha de las iglesias de moda, i que creia al-

canzar así un mérito para con la relijion, cuando solo se hacia reo de una triste irreverencia.

"Ciérrense desde ahora mismo por un decreto supremo, todas las iglesias desde que desaparezca la luz del dia, salvaguardia de todo órden, de toda seguridad i en especial de la moral pública mil veces comprometida en cuadros repugnantes, que están en noticias de todos, i forman, especialmente en estas grandes festividades, objeto de charla i de escándalo para las jentes honradas."





IX

"Considerando, ahora, dice el señor Casanova, las reformas que se introdujeron en la iglesia, despues del incendio de 1841... la nueva forma que adquirió entonces la iglesia debe tenerse mui presente para apreciar lo que diremos acerca del incendio último.

"Sin saber el señor Valdivieso i demas directores de la restauracion del templo, la forma que la iglesia de la Compañia habia tenido en su principio, proyectaron trabajarla con bóvedas, media naranja i dos torres en la fachada... mas ellos no las hicieron de cal i ladrillo (las bóvedas) sino de madera. Los grandes arcos se componian de varias piezas de roble...

"Lo mas notable de la restauracion fué, sin duda, la media naranja que se construyó en el centro del crucero... Esta cúpula tenia de altura hasta la cruz, sesenta metros, i era el adorno mas bello de la iglesia, divisándose desde larga distancia, dominando a nuestra ciudad i alzándose con orgullo sobre todas nuestras torres.

"Introdújose en los altares de la iglesia una reforma de grande importancia, colocando en ellos cuadros de lienzo en lugar de imájenes de bulto.

"El altar mayor se adornó de una manera provisoria, pero bastante decente, hasta que en 1857 el presbítero don Juan B. Ugarte hizo trabajar uno de madera mui majestuoso, que importaria quince mil pesos. Componíase de dos grandes cuerpos. Dos grandes cuadros servian de puerta al tabernáculo, los que se cambiaban segun las fiestas: uno era de la Purísima Concepción i el otro representaba a la Vírjen del Cármen. Una grande araña de muchas luces pendía del centro de la media naranja; muchas otras mas pequeñas iluminaban las naves.

"Algunas familias acomodadas habian trasladado a este templo las cenizas de algunos de sus deudos. "Para mayor comodidad de los concurrentes, habia bancos de madera en el lado de la nave principal que correspondia al patio de la iglesia. Allí se colocaban los hombres, quedando este local separado del resto de la nave por una rejita de fierro de corta altura.

"Una sola torre se habia construido en el mismo lugar de la primera que los jesuitas hicieron en la esquina de las calles de la Compañia i la Bandera. Al otro lado se veia un pequeño i provisional campanario."

Vicuña Mackenna es mas clarc:... "se limitaron, dice, a repararla sólidamente, dejándola con todas las imperfecciones arquitectónicas que la afeaban i que han contribuido no poco a la catástrofe que lamentamos."

En efecto:

"Habiendo quedado trizados i deshechos la mayor parte de los arcos de las naves laterales, se reforzaron estas con murallas trasversales, a las que se dejó solo un pequeño arco, mas como pasadizo que como adorno. De aquí salió la serie de estrechas i deslucidas capillas oscuras que formaban las naves de los costados, arrebatando a la iglesia su espacio, su simetría i, junto con la pers-

pectiva, la vista a los fieles. Solo las dos capillas de la entrada conservaron su primitiva bóveda, i de aquí viene que en cierto modo estuvieran aisladas de la iglesia i sus puertas sin cómodo acceso a ésta, pues formaban como dos cuerpos aislados."

¿No se ve como en una lámina la trampa imprudente que la Compañia era para los fieles con semejante distribucion? Estos datos ¿no dan en parte respuesta a la pregunta universal de cómo pudo morir allí tanta jente?

Murieron enredados, confundidos, sujetos, estraviados, enloquecidos entre las mallas de esa red infernal de murallas, capillas, bancadas, rejas, reclinatorios, alfombras, esteras, encerrado todo eso dentro de mamparas que solamente se abrian por los costados para separar a la entrada a los hombres de las mujeres.

Todo aquello era la obra de un demente, cuyo espíritu estraviado parece, sin embargo, vagar entre nosotros porfiadamente!



X

Desocupado el templo despues de las doce del dia, no hubo tiempo siquiera para asear ni ventilarlo, pues inmediatamente se principiaron los arreglos de la funcion de la noche, entre ellos la ceba de las lámparas de aceite, que no bajaban de dos mil.

No eran mas que las tres de la tarde i la jente ya comenzaba a llenar la plazuela, tal como se ve al presente en cualquiera funcion de iglesia de alguna popularidad.

Ya no era cuestion de ir con la comida en la boca, como en las noches anteriores.

Se iban sin comer para conseguir un buen lugar.

Era la despedida.

A las cuatro de la tarde, la carroza del arzobispo se detuvo a la puerta "de los hombres", i el señor Valdivieso bajó con sus familiares. La concurrencia se arrodilló para recibir su bendicion.

Acompañado del señor Ugarte i de otros sacerdotes, visitó en seguida detenidamente el templo.

Pero salió i volvió a entrar. Parecia inquieto. Hizo algunas observaciones; repetidas veces pronunció la palabra prudencia, i se retiró callado, casi triste.

Sufria tal vez la contrariedad de no atreverse a decir todo lo que pensaba; de consentir, por obligada complacencia, en muchas cosas que se sabia no eran de su agrado.

¡I habia allí tambien tantos motivos para mas de un triste presentimiento!

La jente siguió llegando, como en caminos de hormigas, por todas las calles que conducian al templo.

Las gradas se llenaron, i una parte de la plazuela tambien, interrumpiendo el tráfico.

Nadie cedia el sitio conquistado.

Los transeuntes se detenian a contemplar esa ola negra i compacta que oscilaba de allá para acá, lamiendo las puertas cerradas, herida de flanco por los rayos ya inclinados del sol.

Igual confusion, la misma impaciencia azotaba la puerta de la calle de la Bandera.

La tropa enviada para mantener el órden i separar a los hombres de las mujeres, no bastó desde ese momento i se pidió refuerzo a la policía.

Llegaron otros soldados; pero solo con grandes dificultades pudieron abrirse paso a viva fuerza.

Dieron las cinco.

Al mismo tiempo se oyó en el interior de la iglesia el alegre ruido de las llaves i cerrojos.

Por fin, iban a abrir. Pero esto redobló el tumulto.

Se oian voces que a gritos pedian socorro. Algunas mujeres, intimidadas por tales preámbulos, comprimidas, medio asfixiadas, luchaban en vano por desprenderse de los hilos de ese terrible nudo ciego; pero ya no era posible moverse sino hácia adelante, cuando abrieran las puertas i la batalla cambiara de terreno.

¡Triste esperanza! Porque si tal acontecia en

la plazuela, bajo el cielo libre i a favor del fresco de la tarde que comenzaba a soplar, ¿qué no seria despues, bajo el techo cerrado de la iglesia, cuando toda esa muchedumbre se amoldara a la nave mayor, larga i angosta como un cajon de muerto?

Diez o doce señoras lograron salir del remolino; pero salian como escapadas de alguna catástrofe, desgarrados los trajes, perdidas las alfombras, hechas unas furias.

Sin embargo, la parca, que cuenta los dias de los mortales, les concedia un plazo.

La muerte no las queria por esa noche. Pero por diez o veinte que tornaban arrepentidas o acobardadas a sus casas, seguian llegando familias enteras.

Santiago respondia a la invitacion de la mañana. Iba a ganar el cielo prometido por don Juan. Un cuarto de hora se empleó en súplicas de moderacion i de calma; pero siendo todo inútil i creciendo la impaciencia, el capellan de la iglesia, don Francisco Cañas, procedió él mismo a abrir la puerta del centro, i el primer sacristan la de la calle de la Bandera.

La puerta del lado del Congreso estaba reser-

vada a los hombres, que por ella entraban al recinto vallado con una reja de fierro.

Medio abiertas las puertas, durante diez minutos nadie supo lo que ocurrió allí. Era un asalto.

Arrollando las guardias i cuanto se oponia por delante, una tromba de seres humanos, incitada i delirante, se precipitó, como el aire en el vacío, en el centro de la iglesia a oscuras...

Hubo escenas brutales: señoras estropeadas por los soldados, i muchas otras heridas bajo el peso del huracan que pasaba rujiendo de fervor.

La funcion, sin embargo, no debia empezar sino a las siete tres cuartos; pero a las seis i media ya no cabia un cuerpo mas en la nave del medio.

Contribuian considerablemente a aumentar la confusion i llenar espacio los abultados trajes que por esos dias usaba el bello sexo. Apesar de cuanto se tronaba en el púlpito, la crinolina estaba en pleno reinado, lo mismo que el corpiño a la aldeana, o escote cuadrado, como decian, i siendo moda se comprende que no dejaran, ni para ir a la batalla campal de las puertas de la Compañía, la maquinaria de alambres que las pobres fabricaban hasta de látigos torcidos.

,00



XI

El sol esplendoroso de nuestras hermosas tardes de verano bañaba en paz con sus reflejos de oro la tranquila ciudad, al hundirse en un nimbo de llamas, ¡pálida imájen, sin embargo, en su celeste grandeza, de la hoguera que momentos despues debia iluminar de nuevo a la infeliz Santiago, haciendo claro dia de las sombras pavorosas de aquella noche, la mas triste de cuantas han llorado corazones chilenos a lo largo de sus cordilleras i en el ámbito de su historia!

En el mismo dia, doce años ántes, sangre chilena habia corrido a torrentes sobre la llanura inmortal de Loncomilla... Pero ¿qué comparacion cabe entre un duelo de guerreros, enardecidos por el furor de la lucha, combatiendo por sus banderas i muriendo la hermosa muerte de los campos de batalla, i el suplicio horrendo de dos mil mujeres indefensas, en su mayor porcion ancianas desvalidas, tímidas vírjenes, niñas de primera comunion, viejos, niños de pecho i criaturas nacidas allí mismo, a la luz de la hoguera, en el doble dolor del parto i de la muerte a fuego lento?...

Loncomilla es el fanatismo del valor militar.

La Compañía, la locura del fanatismo relijioso.

Los sacristanes comenzaron la faena de encender las luces, subiendo por una escalera del altar mayor para alcanzar la franja de globos de colores que dibujaba las cornisas de la nave principal.

Habia mucho que esperar; aquello era largo. ¡Siete mil luces!

Un sordo rumor de fermentacion llenaba el templo, murmullos de rezos, vaivenes de abanicos, cuchicheos bajo el manto, idas, venidas, querellas contenidas, risas a media voz: la vida de tres mil corazones ajitados.

De súbito, un clamor de angustia, absorbió todos esos murmullos.

Los que estaban adelante se habian puesto de

pié en actitud de echar a correr; pero los de atras, que eran los mas, solo veian cabezas alzadas.

—¿Qué hai? ¿Qué hai?—preguntaban de todos lados.

Hasta que una voz gritó:

-¡Incendio!

Luego cien, luego mil voces repitieron la fatídica palabra:

-¡Incendio!

El tremendo aviso llegó entónces hasta la jente que por entrar pugnaba todavía en la plazuela, i cual reguero de pólvora que se enciende, corrió de boca en boca entre los cordones de jente que por todas las calles vecinas aun venian llegando, i en un segundo, como si la fúnebre campanada de un horrible presentimiento hubiera resonado en son de llorosa lamentacion sobre todo Santiago, en un segundo la noticia, multiplicándose, a la manera de las olas, habia inundado las casas en ocho cuadras a la redonda.

I ántes de esto, en las vecindades del Huelen, por ejemplo, la nueva fatal se supo casi al propio tiempo que ocurria; porque mucha jente que paseaba en el Cerro, al descubrir el primer humo, comenzó a dar gritos de:

-Incendio en la Compañía!

Igual cosa aconteció en barrios distantes i en los campos cercanos; pues la cúpula de la iglesia, cuya cúspide contaba sesenta metros de altura, era visible desde todos los puntos de Santiago i a grandes distancias.

La poblacion se lanzó a las calles en busca de sus deudos. ¿Quién no tenia alguno en la Compañía?

En ese momento, el sol se entraba dulcemente, casi risueño.

Las familias que habian concluido de comer, tomaban el fresco en las puertas de sus casas, al uso patriarcal de la época.

Pero la primera emocion tuvo pronto un alivio. Los que pasaban corriendo aseguraban que no era cosa de cuidado, que solo se veia salir un hilo de humo, una hebra gris, sin chispas. Luego... era tan temprano... i todo parecia ser en el techo, arriba, en la cúpula....

Los que al principio decian haber visto grandes llamaradas habian padecido una ilusion: eran los reflejos del hermoso sol de Diciembre sobre los cristales i dorados de la media naranja. Lo mismo se veia todas las tardes. I en verdad, no se divisaba hasta ahí mas que la columna de humo, que seguia subiendo, subiendo sin fragor de incendio.

Hasta el reloj de la iglesia parecia tranquilizar a los que se precipitaban por las calles.

Con la impasibilidad de las cosas, con su voz de todos los dias, las campanas dieron las siete. Nadie presumia, pues, lo que pasaba en esos propios instantes dentro de la iglesia, así como nadie sospechó tampoco la estension de la catástrofe hasta que la luz del siguiente dia brilló sobre un mar de lágrimas.





XII

¿Cómo principió el incendio?

¿Estaban abiertas las puertas de la Compañia o a medio abrir, como lo aseguraron algunos diarios i testigos?

No pudiendo establecer la verdad acerca de este punto ni de otros detalles del primer momento, debe darse naturalmente la preferencia a lo escrito por el señor Casanova sobre las relaciones que hicieron El Mercurio, La Patria, El Ferrocarril, El Bien Público i La Voz de Chile.

El Mercurio refiere el comienzo del siniestro en éstos términos:

"Pocos minutos ántes de las siete, i cuando la funcion relijiosa iba a comenzar, se encendían las últimas luces del presbiterio, i por una fatalidad casi inconcebible, el gas recientemente colocado en la media luna trasparente de lienzo i madera que servia de pedestal a una colosal imájen de la Purísima, comenzó a incendiar una de las estremidades de aquel aparato. Un hombre se precipitó sobre la naciente llama i logró sofocarla, pero por un retroceso funesto, el gas, comprimido sin duda por el esfuerzo, fué a reventar con mas vigor en otro estremo de la fatal media luna. En el acto se pronunció una fuerte llama. Los hombres que cubrian el presbiterio se precipitaron a la sacristia, gritando ¡agua! ¡agua! mientras que las devotas, que ocupaban las naves, se levantaban en tropel, dando espantosos alaridos i pidiendo misericordia."

Debe advertirse que, en aquellos apartados dias, hasta los diarios mas ilustrados llamaban a la parafina gas portátil; de este modo El Mercurio i otros diarios cayeron en el error de atribuir la causa del incendio a una esplosion de gas.

Gas hidrójeno no habia dentro de la iglesia, i así se apresuró a probarlo don Eduardo Hanson, injeniero de la Compañia de Gas de Santiago, la misma de hoi, en un comunicado en el cual daba estos pormenores, no exentos de interes: "En ninguna parte de la iglesia que no estuviese separada de la concurrencia por gruesas murallas, habia cañerias de gas hidrójeno ni quemadores que arrojasen luz. En la sacristia, en el corredor esterior i en un cuarto privado del presbítero Ugarte habia quemadores de gas hidrójeno; pero como lo he dicho ya, todos esos lugares estaban enteramente separados de la iglesia.

"El oríjen del rumor inverosímil i destituido de todo fundamento, nace, sin duda, del hecho de haber comprado el señor Ugarte a la empresa de gas 1,200 globos pintados, que le sirvieron para formar lámparas i arañas provisionales a que se dió luz no con gas hidrójeno, si no con velas o parafina."

La relacion del señor Casanova, con la benevolencia con que se han de esplicar estas cosas, dice cuanto hai que saber sobre el oríjen del fuego, punto inicial de la hecatombe:

"Miéntras que los fieles oraban tranquilamente en la iglesia, que por instantes veia aumentar la devota concurrencia, el fuego habia prendido en el altar mayor, comunicándose por la media luna de que ya hemos hablado. Como solo descansaba sobre un pié, cuando corria viento sufria alguna oscilacion. En esa tarde el viento era mayor que en las anteriores, i la oscilacion de la media luna aumentaba proporcionalmente, estando todas las puertas del templo abiertas de par en par.

"La llama de uno de los vasitos de la media luna alcanzó a prender los filamentos de una flor de lienzo, de las que rodeaban a la misma media luna. Esa flor pudo inclinarse un poco de su lugar respectivo a impulso del viento, i si se la hubiera dejado arder hasta consumirse, nada habria sucedido, pues advertidamente la media luna estaba rodeada, por todas partes, de flores naturales. Un hombre del pueblo, al ver la pequeña llama, se asusta, i al momento acude a soplar con la boca la flor quemada. El viento que arrojó, aumentando la llama, hizo que al instante se comunicase a las demas florecitas que rodeaban la media luna. Todavia, si nada se hubiera hecho, el incendio se habria evitado, pues en dos minutos todas las flores se habrian consumido sin mas mal que su insignificante pérdida.

"Mas, el mismo hombre, queriendo evitar desgracias i solo llevado del susto del momento, comenzó a dar sobre las flores prendidas con la falda de su paletot, lo que aumentó las llamas i las comunicó en chispas a los ramos i demas adornos del altar.

"Con mas velocidad de lo que se pudiera imajinar, subió el fuego al gran velo que cubria el tabernáculo, i en un instante se cebó en la madera del altar, que a mas de ser mui seca, estaba pintada al óleo.

"Entonces fué ya imposible detener el fuego. La gran corriente de aire que se formó al instante, subiendo a la cúpula, llevó las llamas en torbellino hasta el techo, prendiendo con gran facilidad el tablado interior, formado de madera delgada i tambien pintada, i una vez en esa altura, siguieron con la velocidad del rayo, hasta reducir a cenizas la majestuosa cúpula.

"De la cúpula voló por entre el techo i el tablado hasta llegar al coro, en lo que pasaria una media hora escasa. Las llamas abrasaron pronto la torre de la derecha i el campanario de la izquierda.

"Al instante de ver aparecer el fuego en el altar mayor, las personas que ocupaban la nave principal dejaron sentir un sordo murmullo de confusion, como pidiendo que se tomaran medidas para detener el fuego i sin pensar en el peligro que les amenazaba. Las personas que se encontraban en las naves colaterales, no alcanzando a ver las llamas, creen que el movimiento del centro es producido por un temblor. Se sucede un instante de confusion i de alarma en que se oyen gritos interrumpidos por mil voces:

—Apaguen!... No hai peligro!... no se muevan!... salgamos... misericordia!

"I el resplandor de las llamas, derramándose por todo el templo, advierte a los concurrentes que no deben perder tiempo. Algunas personas se empeñan, sin embargo, por conservar sus puestos; muchas, ignorando lo que pasa en el interior, intentan entrar a la iglesia, i aun se apoderan gustosas de los lugares que otras abandonan, en especial en la puertas colaterales. Todo pasa en el mismo momento.

"La policía, apostada en las puertas, no puede comprender la causa. de tanta ajitacion; procura averiguarla i restablecer el órden. Los hombres que llenaban el presbiterio, no piensan en que las mujeres corren peligro i salen todos sin dificultad por la puerta de la sacristía. Al retirarse pudieron observar que la jente de las naves se

habia replegado hacia la puerta principal i que iba quedando desocupado el espacio que dominaba la cúpula. Los que estaban en los asientos de la nave del medio salieron sin dificultad por la puerta del lado del Congreso.

"Casi todas las mujeres intentan salir por las mismas puertas por donde habian entrado, es decir, la principal i la que daba a la calle de La Bandera. Como, al mismo tiempo, algunas personas entraban, otras no querian perder sus lugares i todas las del centro trabajaban por salir a la vez, empezó a formarse en ámbas puertas, una espesa barrera de cuerpos humanos. Las mas ancianas caen en tierra i otras, tropezando, caen a la vez encima. Las que están mas léjos de las puertas, viéndose ya casi abrasadas por las llamas, aumentan sus esfuerzos i estrechan mas i mas a los primeros grupos. La barrera de las puertas va así poco a poco convirtiéndose en una enorme muralla de cuerpos humanos!..."





XIII

La consoladora ilusion de que todo no pasaria de un gran susto duró lo que un suspiro.

El hilo de humo del principio habíase convertido, en pocos minutos, en un mar de llamas.

La Compañía reemplazaba al sol. La soberbia cúpula de sesenta metros, obra de tantas otras soberbias, alumbraba a Santiago cual una jigantesca antorcha, la antorcha jigantesca de la mas grande de sus locuras.

Se veía arder la iglesia como un castillo de artificio; pero la jente, contenida por tropa del Ejército, a una cuadra de distancia, no tenia todavía ni idea de la espantosa trajedia que ocurria dentro de los muros incendiados.

Se vieron pasar los bombines de la Artillería, del Teatro Municipal i de la Policía, con grandes dificultades entre las masas de pueblo que inundaban las calles, tumultuosamente.

Por todas partes, llenando el aire de lágrimas i sollozos, gritos desgarradores, carreras desatentadas de hombres sin sombrero, fuera de sí, i de señoras enloquecidas i de jóvenes i niños que en la desesperacion del dolor preguntaban de grupo en grupo, deteniendo a los transeuntes, quién por su madre, quién por su esposa o sus hijos...

Un bulto blanco, en brazos de cuatro hombres, entró a la plaza.

La concurrencia se precipitó para ver quien era.

Era una de las joyas mas brillantes de Santiago, la señorita Lecaros.

Todos se miraban sin saber qué hacer en presencia de la agonía de esa flor, hasta que álguien dijo:

-¡A la botica de los Barrios!

La moribunda siguió su calvario.

Tenia un costado carbonizado i el otro cocido.

Iban a descalzarla; pero una señora advirtió que lo que sacaban no eran las blancas medias...

—¡Es la piel! dijo horrorizada, al oido del doctor Herzl.

Espiró a la una de la mañana en pleno conocimiento de su desgracia. Su hermana, otra belleza, habia quedado en la hoguera...

Siguieron pasando por la plaza otros cadáveres u otras moribundas.

Alguien preguntó a uno de los conductores:

- Señor, ¿estas serán las que no han podido salir?
- —Estas son, respondió aquél, las que han logrado salir...

Entónces de las entrañas de aquella muchedumbre, salió un clamor, mezcla de rujido i de sollozo, inmenso, como si hubiera sollozado el mar...





XIV

Tan súbita i horrenda como se presentaba a los ojos llorosos de la ciudad la destruccion de la Compañía, lo que pasaba dentro de sus muros, ya caldeados, excedia, con todo, en horrores a cuanto es dable espresar a la palabra humana.

¿Cómo, en verdad, i dónde encontrar términos que sumen el cúmulo de espantosos detalles de aquel interminable suplicio, i a un tiempo sean el clamor de mil lamentos, los rujidos de la desesperacion, el huracan de las llamas, junto con las plegarias de las que se resignaban a morir, los adioses de las que morian, el estruendo de los techos i murallas que se desplomaban, los rechinamientos de la carne i la impotente desespe-

racion de todo un pueblo, cruzado de brazos i anegado en lágrimas?

No basta la imajinación para rehacer un cuadro semejante. La fantasía de Edgar Poë, a todo el vuelo de sus alas negras, no llegó jamas a la altura de tal cumbre de humanos sufrimientos.

Las vulgares estampas que pintan los padecimientos de los condenados del purgatorio, apenas si pueden dar pálida imájen de la verdad: porque en todo lo que se dibuja con palabras o colores faltará siempre la vida que, en el infierno de la Compañía, pareció centuplicarse en las víctimas en el supremo esfuerzo de luchar contra la muerte.

¿Por qué una mano misericordiosa no derribó las murallas del templo maldecido sobre esa inmensa agonía que no podia esperar otro alivio que el del último suspiro?...

Habria sido, sin duda alguna, un acto de conmiseracion, estremo i brutal, pero piadoso, como el disparo de gracia que acuerda la lei a aquellos a quienes ha negado la vida!

Santiago no contaba con ningun recurso para combatir aquel siniestro. No existian bombas,

sino viejos bombines que se desenterraban en los casos raros de incendios que ocurrian, i cuyas mangueras se rompian allí, unas tras otras, aumentando la turbacion i las angustias. De los tres conocidos, uno funcionaba en casa de don Rafael Echevería, otro en la calle de La Bandera, cerca de la puerta de la iglesia, i el tercero en la sacristía de la Catedral.

Mil corazones, millares de brazos habia tambien allí, dispuestos para la lucha i el sacrificio; pero, ¿qué hacer ante la imposibilidad material de los hechos i de las cosas?

El Presidente de la República; don Domingo Santa María i otros Ministros; el intendente de Santiago, don Francisco Bascuñan Guerrero; jenerales i jefes de la guarnicion, habian ocurrido desde los primeros instantes; pero sobre ellos, como sobre la ciudad entera, pesaba el estupor que embarga todo discurso.

I a mas de la inopia de elementos apropiados sobre cuál de ellos no se cernia ademas una zozobra o le embargaba un duelo cierto, como en Bascuñan Guerrero que sabia que entre aquellas llamas ardia una de las prendas mas caras de su corazon?

¿I a quién dar la preferencia?

Al frente, la hoguera, tapiada en las puertas por un muro de cuerpos que se ajitaban, revolcándose como un nudo de culebras enfurecidas, ensangrentadas, desnudas, exánimes por la lucha.

En las gradas, mujeres que salian a saltos i caian ardiendo.

Fantasmas blancos que echaban a correr, humeantes o encendidos los cabellos.

La calle cubierta de señoras conocidas, horriblemente maltratadas.

Una agonía en cada rincon i en todo el aire un solo lamento.

I sobre todo eso, el cuadro de los que llegaban preguntando, palpando cadáveres i al divisar el interior de la iglesia, olvidados de su propia congoja, caian exánimes, desvanecidos por aquel espectáculo, suma de tantos dolores!

En todo hogar se ha llorado alguna vez un duelo, todos hemos pasado por ese minuto en que la nocion de la eterna ausencia hiere de súbito i penetra en el alma como un frio negro i helado.

¿Pero qué ciudad ha visto en un mismo instante llorar a todas sus familias? Pero la misma desgracia, como discurriendo nuevos horrores, tenia variedades infinitas!

¡Qué de golpes en pleno corazon!

A las cinco de la tarde, un padre de familia, dueño i señor feliz de uno de los hogares mas hermosos i respetados de Santiago, presidia su mesa de familia, entre su esposa i sus cuatro hijas, rayos de sol, brisas de primavera que de la noche a la mañana jugueteaban a su lado.

Como se afanaran por concluir la comida, el padre les dijo:

-¿No seria mejor que no fueran esta noche a la Compañía? En todas partes no se habla de otra cosa que del peligro inminente de que estalle allí un incendio. Escapando bien, salen todas magulladas. No vayan...

Convencidas, al parecer, por estas razones, convinieron en no ir, i el caballero se fué tranquilo a su paseo de la tarde.

Paseaba por la Alameda cuando la jente que corria le dió la noticia de que la Compañía estaba ardiendo; seguro de su hogar, siguió con todos hácia el sitio del siniestro i durante un buen tiempo estuvo contemplando lo que tantos habian temido i anunciado.

Poco despues se dirijió a su casa. La puerta de calle estaba cerrada.

Golpeó repetidas veces sin que nadie respondiera, hasta que álguien de la vecindad le dijo que la familia, instada por otras amigas, habia ido, al fin, a la funcion.

I en la Compañía quedaron la esposa, las cuatro hijas i toda la servidumbre.

I este era el episodio de cada casa, la historia de todo Santiago.





XV

Cualquiera de nuestras iglesias tiene, en noche de funcion de gala, resplandores de incendio. Miradas a la distancia remedan un horno o una fragua. ¿Qué no seria el templo de la Compañía en el instante, siete i media de la noche, en que ardia de la cumbre al suelo, no cual horno ni fragua, sino como un mar de aceite?

El afan de todas habia sido salir por las puertas conocidas del frente i la única de la calle de La Bandera, que medio se cerró con el tumulto.

Así vino a quedar vacío el espacio que separaba el púlpito del altar mayor; pero las personas que de allí arrancaron, habian ido a engrosar las compactas hiladas del muro de muerte que se formó en aquéllas, dificultando a la vez la salida de las que conservaban algun valor i la entrada de los hombres que heróicamente pugnaban por prestarles cualquier ausilio.

Aquel muro se componia de treinta o cuarenta hiladas de doce o quince cuerpos superpuestos cada una, atados por las ropas, comprimidos por el peso, i unos atravesados, otros tendidos o a lo largo i algunos de cabeza; pues tanto se veian manos como pies que se ajitaban en las convulsiones de la asfixia dentro del monton.

Un humo denso i acre de madera vieja i de trapos quemados, llenó al principio las bóvedas de la iglesia, oscureciéndola casi por completo i ahogando la respiracion de muchas.

Era ésta la primera faz de la catástrofe i del suplicio: el humo i la asfixia.

Pero todavía lograban salvar algunas. Se arrancaban las ropas i en camisa se lanzaban al asalto de las murallas que tapiaban las puertas, pisoteando vientres i cabezas. El primer tropiezo en que habian caido las mas, era la propia crinolina, i en todo caso los vestidos solo servian para que las manos desesperadas que rodaban, arañando el suelo, se cojieran a ellos en las ansias de la vida. Mas esta misma faena de sacarse el traje no estaba exenta de peligros; porque tropeles de jente, en bandas enloquecidas por el terror, recorrian las naves, derribando i moliendo bajo sus pies cuanto encontraban a su paso. En ellas ya no quedaba, al parecer, nada de humano. Erraban sin saber a dónde, desatentadas i furiosas como un remolino de muerte.

Se desnudaban, pues, las mas valerosas, encima de las mesas de los altares i desde la altura se precipitaban sobre las caidas i aplastadas.

De esta manera, las pocas que lograban salir por sus esfuerzos, aparecian completamente desnudas, porque en las bregas del camino quedaba la camisa, quedaban los botines, quedaba el pelo, cuando habian sido escepcionalmente felices para no quedar ellas mismas, suerte que corrió la mayor parte.

Se cuenta que una hermosa niña al verse cual Eva en las gradas de la iglesia, herida de súbito por el resplandor de su propia desnudez i el espanto de tantos ojos que la miraban, buscó sus trenzas para cubrirse, como la Magdalena; pero sus trenzas habíanse quemado... i que cruzó entónces sus brazos i se volvió a las llamas.

El fuego, entretanto, avanzaba sobre las puertas i las torres, hasta allí salvadas, a paso de vencedor, i a la par de su siniestro avance, aumentaban los gritos que se oian en la plaza, como saliendo tras las paredes del Palacio Arzobispal.

Se escuchaban a dos cuadras.

—A mí! A mí!—era la letra de esa cancion de agonía, interrumpida a cada instante por diálogos que parecian trabados entre la eternidad i este mundo.

Los que desalados llegaban a las puertas en busca de sus deudos, llamaban a gritos por sus nombres a sus madres, a sus mujeres i a sus hijas, i de adentro, mas de una vez, las hijas, las esposas o las madres contestaban suplicantes, renaciendo a una cruel i engañosa esperanza.

En sublimes arranques, algunos se lanzaron al interior, guiados por el eco de una voz.

Uno volvió con su madre a cuestas, dando una hermana a la piedad de Eneas.

El poeta Soffia que todas las noches dejaba a su anciana madre en un rincon de la puerta de la calle de La Bandera, también dió con ella, llamándola por su nombre; pero no tuvo del todo el premio que merecia; pues la señora, salvada allí por su hijo, murió a los pocos dias.

Refieren así mismo de una señorita Orella, que habiendo logrado escapar, advirtió en la calle que su madre i hermanas quedaban en la iglesia, i entró de nuevo i sacó a la primera.

Pero otros no volvian.

Un caballero ya anciano, reconoció a su hija i se lanzó en su socorro. La tomó en sus brazos; pero al volverse se encontró con la muralla de mujeres que detenia el paso; con su último esfuerzo logró alzarla sobre el monton. La niña escapó i él quedó del otro lado, sin fuerzas ya o sin corazon para escalar cabezas.

Mil manos se cojian de los que pasaban i ahí quedaban salvadores i víctimas.

Pero ninguno de los espectadores retrocedia.

Despues de empaparse en agua, se acercaban en filas, asidos de las manos o atados uno a otro, a la muralla de las puertas. Cojian una mano, lo que podian; pero despues de ruda batalla que rendia a los mas esforzados, solo lograban sacar un cadáver o un trozo de cuerpo, i por una que libraban allá de diez en diez minutos, morian cien sobre los mismos umbrales de la puerta.

Trabajo heróico que costó la vida a dos o tres, a quienes cien manos desesperadas arrastraron al fondo de su propio suplicio!

Entre los mas abnegados se encontraron desde los primeros momentos el Ministro de los Estados Unidos, don Tomas H. Nelson, el cónsul americano, Mr. Silvey, los cuales vivian en las inmediaciones de la iglesia i don Enrique Meiggs que acudió con muchos de los injenieros del ferrocarril de Valparaiso.

Hasta ahí cabia en tales pechos tan jeneroso i porfiado empeño de arrancar de la pira un leño mas; porque hasta ahí lo acontecido, por horrible que parezca, no era, apesar de todo, mas que el comienzo, la introduccion al suplicio.

Jugando la vida, habia sido posible a un hijo entrar i salir en busca de su madre; un padre anciano tambien habia reconocido a la flor de su vejez i él, que era el pasado, dióse voluntariamente en rescate del porvenir i sus justas esperanzas.

Pero, bien pronto, no saldria ya nadie mas. La muerte cerraba la trampa.

Las llamas cambiaban la decoracion del humo Ardia el edificio. — Ahora iba principiar a ar-

der el piso, las dos mil mujeres que con sus cuerpos le formaban una alfombra desde hacía una hora mortal.

Porque, escrito estaba, debian morir poco a poco, a fuego lento, solo en el instante en que la resistencia humana pierde la conciencia del dolor.





XVI

Habia pasado el momento de luchar por salir; porque, mucho ántes que la vida, se estinguió en esas desgraciadas la última esperanza de salvacion.

Se luchaba solo contra la muerte, defendiéndose de sus horrores.

Se veia que una tras otra algunas mujeres retirándose de los montones de las puertas, se acomodaban bajo los arcos para escapar de las brasas que caian del techo i morir en paz.

Algunas oraban.

Pero otras, no pudiendo moverse, se arrancaban a pedazos las facciones de la cara, hasta que un madero, un trozo de muralla o una ola de aceite hirviendo, terminaban la escena. Eran las mas felices.

Cuando caia un chorro de parafina ardia una cabellera; los vestidos formaban un globo de llamas en torno de la cabeza; a sus reflejos, envuelto en ellas, como una araña en su tela, el rostro se destacaba lívido, casi trasparente, pero hermoso en un engaño de luz: luego las llamas, soltando su presa, pasaban a otra....dejando una estátua de carbon que al menor soplo se derrumbaba...; las cabezas se caian de los cuellos, consumidas hasta los sesos!

Mas estos lances no eran mas que episodios todavía.

Con espantoso estruendo se hundió la cúpula, cubriendo de llamas el centro de la nave principal.

Allí no habia mucha jente; pero las chispas i los tizones salpicaron a las mas cercanas, prendiendo algunos vestidos. Una nube de tierra enturbió por un rato la limpidez de la hoguera.

Luego ardieron las torres.

I comenzó un diluvio de fuego.

Llovian chispas.

Tizones.

Arañas cargadas de velas.

Cascadas de aceite.

Vasos repletos de parafina.

Caian los techos a pedazos i las campanas cayeron también, arrastrando el órgano i la enmaderacion del coro i partiendo como a cuchillo un nudo de mujeres!

Quedaban las puertas; pero bien pronto las cabezas amontonadas a su lado les comunicaban el incendio.

Trascurrió un minuto que pareció una eternidad.

Los hombres, ébrios de horrores, se cubrieron el rostro con las manos i retrocedieron sollozando, convencidos de su impotencia.

Encinas como Nelson, robles como Meiggs i Haviland se doblaban al peso de tantos sufrimientos.

Pero repuestos un instante, tornaron a las puertas con la desesperacion de la locura. Haviland se arrojó sobre los árboles recien plantados en la plazuela i con sus puños de coloso descuajó uno; la idea pareció bien i se arrancaron los demas; empaparon el ramaje en agua i avanzando contra las llamas, formaron un techo fresco i húmedo sobre esas cabezas agonizantes, que no morian nunca. Se oyeron suspiros de vida que sonaron como gracias venidas de ultra-tumba.

Pero un segundo despues, el ramaje húmedo i fresco, ardia como pasto seco. Los hombres gritaron que se cojieran de los troncos; pero al retirarlos, las infelices mujeres quedábanse con los tizones entre sus manos abrasadas.

Entónces un hombre del pueblo, caballero en magnifica montura, clavó espuelas i trepando las gradas, plantó su caballo frente a la puerta principal, i arrojando al interior un lazo torcido, comenzó a retirarse lentamente, tras de una corta espera.

Tres o cuatro salieron por este recurso; pero en estado lamentable. A la quinta vez el lazo se cortó, tal vez afortunadamente...

En una de las arrastradas no salió mas que la mitad de un cuerpo i despues en la botica de Barrios, se vió que una de las bellezas de Santiago, al espirar sobre las piedras del patio, bajo el cielo descubierto, tenia un brazo descarnado hasta el hueso i un trozo de látigo incrustado en el seno izquierdo.

En tanto que las torres ardian, i los montones de mujeres se prendian por todos lados en el fondo de las capillas, detras de los arcos, en las encrucijadas tenebrosas de las naves laterales, ya destruidas, retumbaban los derrumbes de los techos i murallas.

I en pos de ese torbellino i desde los mismos rincones ennegrecidos, salian gritos como ya cansados de sufrir i de quejarse. Eran de las que no habiendo tenido la suerte de morir reventadas por los escombros, solo quedaban con una nueva herida, i seguian quemándose, lentamente, por una pierna, un brazo o la cabeza, imposibilitadas de moverse bajo una capa de cuerpos que sobre sus labios, boca con boca, habian exhalado su postrero aliento...

Pero la inmensa agonía iba, por fin, a tener un término.

Faltaban pocos minutos para las ocho. El fuego cubrió la capa de mujeres que se estendia desde las puertas hasta la mitad de la iglesia i un lago de fuego ardia en todo ese trecho. ¡Las llamas se elevaban media vara sobre las cabezas! Centenares de personas ardian como trozos de madera, comprimidos los cuerpos unos con otros.

Desde las puertas, veíanse madres que abrazaban a sus hijas i escondian entre la multitud su cabellera convertida en fuego. Hijas que miraban a sus madres salvadas, inclinando la cabeza con la resignacion del mártir! Las infelices no tenian siquiera la facultad de moverse: desligaban sus manos para despedazarse el rostro en medio de la mas espantosa desesperacion. Entre una masa densa de llamas se distinguian cabezas que se inclinaban convertidas en tizones, cuerpos que se movian imperceptiblemente i se desplomaban en seguida. La multitud de las puertas se habia inmovilizado. Estatuas negras, arrodilladas, conservaban su actitud.

Siguieron ardiendo; pero las voces cesaron. Sobre ellas cayó, primero, la torre de la derecha, en seguida el campanario, estremeciendo hasta los cimientos las casas vecinas.

Una columna de chispas, inmensa, sin llamas' pero impregnada de polvo humano, se elevó a los cielos, que remedaban otro incendio, esparciéndolo despues por la ciudad, en alas del viento sur que soplaba.

Las tinieblas i el silencio de los sepulcros invadieron entónces el campo de aquel largo i tremendo suplicio.

Eran las ocho de la noche.

Las campanas de todos los templos de Santiago tocaban a muerto.

I sobre las gradas, a la luz siniestra de los últimos cadáveres que ardian, igual a un cuervo sobre las tapias de un Cementerio, apareció un fantasma tembloroso, epiléptico...

Era el Director de las Hijas de Maria que manoteaba absoluciones sobre aquel rescoldo de las bellezas de Santiago...

Se habia nublado, parecia que iba a llover; pero luego se vió que era el humo que encapotaba la atmósfera.

A las 11 de la noche, por las puertas de la iglesia sin techo, se veia el cielo azul i sereno: el cielo esplendoroso de una de nuestras noches de verano, sembrado de estrellas.

I las estrellas brillaban como siempre, risueñas i radiantes...





XVII

¡Pobre Santiago! ¡Ciudad desventurada! ¿Quién te devolverá lo que has perdido? ¿Quién reanimará la flor de tu sociedad, sorprendida por la mas horrenda e inesperada muerte? ¿Quién dará de nuevo vida a tus virtuosas matronas, a tus anjelicales i tiernas doncellas que el fuego ha confundido, con su mortal abrazo, en un solo e informe cadáver? ¿Quién volverá a anudar los lazos de tanto amor, rotos de un golpe i en una sola hora?—¡Ah, no queda a Santiago i a la patria entera, que hace eco con su profundo i simpático dolor a los jemidos de su angustiada capital, sino un consuelo i un recurso: el consuelo del llanto, el recurso de la resignacion!—(La Patreia de Valparaiso.)

Durante esa noche negra, la del 8 al dia 9, Santiago no cerró los ojos.

Los muertos habian muerto.

Pero iba a comenzar el verdadero dolor de los vivos, cuando pasara, en unos, el delirio de la desesperacion, i, en otros, el aturdimiento producido por tan rudo golpe.

Los que habian presenciado el espectáculo parecian atacados de idiotismo.

No daban datos de nada.

Oian las preguntas sin acertar a responder, ensimismados.

Las personas que habían logrado salvar en los principios, sufrian accidentes al tener noticia de lo ocurrido mas tarde, midiendo de un golpe la profundidad del abismo de que habían salido i la magnitud de las locuras cometidas por seguir la corriente.

De las otras, las salvadas de entre el fragor de la hoguera i que de cerca habian visto parte de aquel piélago de horrores, la mayor parte deliraba. Seguian viviendo el cuadro del incendio i referian a lo vivo sus horribles pormenores.

Hablaban de las últimas personas que habian visto: ésta con el cráneo partido, aquélla humeando, la otra reventada...

Se escapaban de sus lechos, así maltratadas, i despavoridas corrian, huyendo de las visiones estampadas en el cerebro.

Lo que mas las perseguia era el olor, pegado en la memoria, de la grasa humana, del pelo quemado, de la carne asada... Pelo de hermanas i de amigas, carne de amigas, de hermanas i madres, todas queridas, la mayor parte hermosas i en el esplendor de la juventud; pero...quemándose...así asadas...¡ai!... ¿qué olor mas nauseabundo, como dice Hamlet, que el de los lirios muertos?...

De las salvadas, de aquellas que volvieron a respirar un ambiente sin llamas, el aire bendecido de la calle, casi todas murieron delirando en el curso de la noche, unas en la misma plazuela, otras en las casas vecinas al templo, en la botica de los Barrios i en los Hospitales, llevadas indistintamente aquí o allá, a donde indicaba una voz compadecida.







XVIII

¡Cuántas horas duró aquella noche!

¡Cómo se esperaba la luz del siguiente dia para despejar todas las visiones i fantasmas que encerraban las tinieblas!

Un cordon de tropas custodiaba las ruinas que eran únicamente cuatro murallas descarnadas; grandes arcos sin puertas; bóvedas oscuras; un rescoldo de dos varas de alto en el que vagaban pequeñas llamas de diferentes colores i estallaban de cuando en cuando lijeras esplosiones de un cráneo que se trizaba o de un vientre que se abria.

A cada instante los centinelas creian percibir lamentos sofocados bajo las piras, ayes perdidos en la oscuridad; daban parte i se escuchaba atentamente: pero solo se oia el caer de una gotera ronca, incansable, de chispas, terrones i escombros que resonaban con ecos de tumba.

El silencio de una casa en duelo reinaba en toda la ciudad, desde el centro a los suburbios.

A las diez se retiraron los bombines que custodiaban el Museo i las casas cercanas, especialmente la del señor Echeverría, separada diez varas del incendio solamente, i que escapó por las enérjicas disposiciones de su dueño.

El señor Echeverría se negó a que se abrieran las puertas de la Librería de *El Mercurio* que ocupaba la esquina, por mas que los tizones llovian sobre ella.

Se temió igualmente que el desplome de la torre aplastara la casa; pero la torre cayó sobre su centro, cubriendo de escombros la calle.

Todo peligro habia pasado.

No quedaban mas que los heridos i los muertos i la fúnebre tarea que duró toda la noche, de buscarlos de puerta en puerta.

Catorce carretones del servicio público se ocupaban de trasladar cadáveres de las calles i casas a la policía, a los Hospitales i al Cementerio. En toda la acera del nuevo Congreso se destacaba una hilada de cuerpos carbonizados, tendidos o arrimados al muro, i cuyos rostros fué imposible reconocer. ¡Era una parte de las que se habian salvado!

Familias enteras seguian los vehículos en la esperanza de encontrar a sus deudos, despues de haber andado de casa en casa, preguntando por los suyos. En esta faena pasaron la noche.

La casa de Goyenechea era una ambulancia. Sobre sus rejios divanes, confidentes de otras escenas, agonizaban, unas en silencio, otras en la desesperacion de dolores atroces, ancianas i jóvenes, señoras o sirvientes, niveladas todas por el sufrimiento en la conciencia pública.

La galeria de San Cárlos era entonces un patio descubierto del Portal Tagle. Los hermanos Barrios, con una jenerosidad que comprometió la gratitud de Santiago, habian hecho allí un hospital, ausiliados por algunas señoras, bajo la dirección de los doctores Herzl i Padin.

Los Barrios dieron cuanto tenian en ropas i medicinas.

El aceite nevado se batia en pailas.

Despues se llenó un baño en que por turno sumerjian a las quemadas. El agua con morfina la preparaban en baldes.

Los superiores de los conventos ausiliaban a las moribundas i ¡cosas del tiempo! a las que morian comenzaban a velarlas ahí mismo, al lado de las agonizantes.

I como no habia camas para tantas, morian en el suelo, sobre las piedras.

Las quemadas con parafina parecian mordidas de perros: el chorro había penetrado hasta los huesos i la herida no tenia cura.

De minuto en minuto, al oído, en secreteos de enfermas, se anunciaba un nuevo fallecimiento, i la noticia llegaba a las puertas i de ahí corria a la ciudad, produciendo nuevas escenas de dolor.

El ruido sordo de los carretones daba escalofrios... Eran carretonadas de cabezas, troncos, brazos, piernas que no correspondian al mismo cuerpo, escombros humanos, humeando algunos, todos mas negros que la misma noche.

I descubiertos, a toda intemperie!

Alumbrados por linternas de los ferrocarriles, pasaron cincuenta hombres armados de palas i barretas. De órden del Ministro del Interior, iban al Cementerio a cavar, desde luego, la fosa de los muertos. Al dia siguiente fueron reforzados por cien mas.

¡El trabajo urjía!





XIX

Entretanto, de todos los alrededores i campos vecinos, a caballo, en carruajes o en carretas llegaba jente curiosa de saber lo ocurrido i contemplar el campo de tanta ruina.

A la distancia, como en Quilicura i otros lugares, se habia creido, juzgando por las llamas, que Santiago entero habia ardido, i matando caballos, llegaban jadeantes a ver la nueva Cartago.

Pero, al entrar, todo aparecia tranquilo, como durmiendo.

No faltaba ninguna casa.

No descubrian ni llamas ni humaredas en ninguna parte.

¿Qué habia sido, entonces?

¡Ah, la Compañia!

Pero pasando por sus aceras, no se veia mas que los restos de un gran incendio, i mirando hácia adentro se divisaba únicamente algo como una viña sin hojas, devorada por el fuego: largas hiladas de troncos, retorcidos, negreando en las tinieblas, i rumas de cosas redondas, pulidas i brillosas, como pilas de sandias.

I era la verdad, porque asi se dibujaba esa viña de esqueletos i esas montañas de cráneos pelados.

A la una de la mañana, don Guillermo Matta recorrió el interior de la iglesia, i con estas palabras gravó las impresiones de la fúnebre visita, pintando a la luz de las antorchas el callado escenario de la pasada trajedia:

"Si durante el incendio de la tarde, todo habia sido gritos, desolacion i espanto; si los siniestros torreones ardian, derramando humosas llamaradas en el ámbito de la iglesia, al mismo tiempo que en la plazuela se agrupaba conmovido i ajitado un inmenso jentío, a la una de la mañana el horrible aspecto del cuadro habia cambiado completamente.

"En la plazuela reinaba un mudo silencio, inte-

rrumpido apénas por el movimiento de los soldados o por los pasos de uno que otro espectador melancólico que llegaba al lugar de la catástrofe, como se llega a un sitio de martirio. Ademas, nosotros que habíamos contemplado, con el alma desgarrada, las llamas de esa hoguera que devoraba cuerpos humanos, no nos podíamos convencer todavia del número de sus víctimas, i fuimos allí a convencernos por nuestros propios ojos.

"¡Qué triste espectáculo i qué horrible realidad! ¡Qué hacinamiento de cadáveres i de escombros! Allí chispeaban todavia los tizones sobre un monton de cuerpos desnudos, mutilados, sin cabeza, sin piernas, sin brazos i con el dorso del busto llagado o carbonizado!

"Mas allá un grupo de mujeres arrodilladas i a las que la muerte habia sorprendido en la actitud suplicante de la oracion! Sus manos parecian buscar en el espacio el ánjel salvador que bajaria de los cielos! ¡En sus rostros habia quedado estampada la última sublime espresion de la esperanza!

"Debajo de los arcos macizos de las naves laterales i huyendo de la lluvia de fuego que caia del techo de madera, centenares de infelices habian buscado un refujio; i estrechándose unas con otras en espantosa hilera, destrozado el vestido, descubierto el seno, chamuscado el cabello, retorcidos los brazos i acongojado el rostro, parecian grupos de estatuas inmóviles, esculpidas allí por la desesperacion i el dolor. Madres que tendian los brazos a sus hijas, hijas que abrazaban a sus madres para morir juntas, amigas que se habian tomado de las manos, como para salvarse; i en todos los ojos se veia la huella de las lágrimas i en todas las bocas, los labios entreabiertos nos hacian creer que la última palabra de ellas habia sido de misericordia i desconsuelo.

"¡Era tan triste morir para esas infelices! Muchas de ellas eran jóvenes, vírjenes puras, para quienes la vida era luz i esperanza! La inocencia perfumaba esas almas con el aroma de los ánjeles i los sentimientos exhalaban ese aroma, como exhala el suyo la rosa de primavera! Una de esas pobres víctimas, mas jóven o mas vigorosa que las otras, habia logrado sobreponerse a ellas i cuando tal vez creia abrirse paso por entre la multitud, habia quedado asfixiada i como clavada en el ángulo de un arco, inclinada un tanto la frente; i por esta actitud, por la postura del cuerpo i

hasta por su inefable belleza, semejaba en un todo a la imájen de la melancolía velando el sepulcro de una vírjen! ¡Oh, nadie podrá describir con palabras tan lastimoso i solemne cuadro!...

"Si en un punto escenas tan diversas se presentaban a nuestra vista, en otro mas lejano, en el presbiterio, hácia el cual no podíamos acercarnos lo bastante, contemplábamos una escena confusa, dramática i de una verdad patente, horrible, estremecedora, i superior en colorido i grandeza a todas las orijinales escenas que la colosal fantasia de Miguel Anjel pudo crear i eternizar en su cuadro del juicio final. Por ese lado hubo puertas que conducian a la salvacion; hácia ese lado empujóse con estraordinario impulso la jente i allí fué la lucha mas terrible, mas larga i mas desesperada.

"Si en otras partes se levantaban las manos al cielo en signo de súplica, aquí, los músculos, ajitados por la enérjica violencia de aquel que ve la salvacion de su vida tan cerca de su muerte, habian dejado impresos en las fisonomías i en los cuerpos, el ceño del esfuerzo i los jestos de la desesperacion i de la mas honda ansiedad! ¡Ah, quién podrá decir lo que en ese instante han su-

frido, luchando vigorosamente por desasirse de aquellos que los oprimian i que les impedian llegar a las puertas de la vida i de la salvacion!

"I este cuadro horrendo de desolacion i de espanto, que hemos descrito a grandes rasgos, pero que permanecerá para siempre grabado en nuestra mente; esta sucesion de escenas dolorosas i estraordinarias, que forman el conjunto de ese cuadro, se iluminaba vagamente por los resplandores de los consumidos tizones i por el reflejo de las paredes blancas, enrojecidas i calcinadas por el fuego. Hubo momentos en que creimos estar en un cementerio en ruinas, rotas las lápidas por un violento terremoto, destapadas las fosas i arrojados afuera los cadáveres por el sacudimiento de la tierra; i todo esto alumbrado por la incierta i vaga claridad de una luna cadavérica.

"Si fuéramos a escribir todo lo que en esos momentos sentimos, todo lo que pensamos, todo lo que sufrimos, seria necesario pedir a nuestros ojos lágrimas i a nuestro corazon jemidos que irian a caer i a resonar en otras almas, que han vertido abundantes lágrimas i cuyos jemidos se escuchan todavia."



XX

El alba se dibujaba ya con una orla celeste sobre las crestas dormidas de las cordilleras, i sin embargo, mui pocos en Santiago tenian la medida esacta de la catástrofe.

Se creia que, a lo sumo, las víctimas alcanzarian a unas quinientas.

Un caballero que encontró a don Enrique Meiggs, cuando éste se retiraba del incendio, el rostro deshecho, los vestidos desgarrados, empapado de agua i enronquecido hasta no poder hablar, le preguntó inocentemente si creia que hubieran muerto muchas personas dentro del templo.

— Thousands! (miles) contestó Meiggs con una voz que le heló la sangre.





IXX

Solo la madre de familia que esperó oda la noche del 8 inútilmente a sus hijas que dormian en medio de las llamas, solo ella que oyó cerrarse las puertas de su casa i miró arreglada i vacia la cama en que dormia la mitad de su corazon, podrá referir qué es eso que se llama incendio de la Compañía. – (El Ferrocarrii.)

Esperaban los ilusos o los ciegos que la luz del dia siguiente, disipando las exajeraciones de la noche, diera a los sucesos sus verdaderas proporciones; porque siempre para los que sufren la noche ha sido cristal de aumento en los ojos i manto de plomo sobre los hombros.

¡Esperaban que con el dia tornaran los muertos! Pero el dia iba a cavar en los corazones una fosa mas honda que la que a esas horas se terminaba apresuradamente en el Cementerio. Las familias que habian pasado la noche en vela, aguardando volvieran los que faltaban, en cuanto aclaró se lanzaron de nuevo a las calles para recorrer con la porfia de la esperanza los mismos sitios en que habian estado diez veces durante la noche, preguntando i descubriendo cadáveres.

Pero nadie volvia. Lo que aparecia de minuto en minuto era un muerto mas,

La ciudad entera estaba tambien en pié. Inacabables romerias se encaminaban al lugar de la catástrofe.

El oleaje de la curiosidad pública crecia con las horas i fué menester redoblar las guardias para contener a la distancia las pobladas i poder trabajar en la traslacion de los restos; porque, aun cuando el sol no calentaba todavia, ya se dejaban notar olores sospechosos.

Mediante valederos empeños, muchos deudos de las víctimas obtuvieron permiso para entrar al recinto de la iglesia, la que luego se vió llena de grupos enlutados, que erraban de monton en monton, creyendo a cada instante haber reconocido un rasgo o una prenda de ropa.

Separaban los cuerpos de encima, los zapadores

escarbaban donde decian; pero por punto jeneral, o era una engañosa semejanza o no quedaba ni habia mas que aquel rasgo o aquella prenda.

A veces se encontraba una alhaja que, como leyenda de sepulcro, solo servia para indicar:

-Aquí estuvo i aquí fué!...

Mas bien pronto hubo que restrinjir los permisos i al fin negarlos en absoluto, en vista de las desgarradoras escenas que se producian a cada rato sin fruto alguno.

Sí durante la noche, al inquieto fulgor de las estrellas i mas tarde a la vislumbre de una luna moribunda, el cuadro tenia proporciones siniestramente fantásticas, a la plena luz del sol la verdad sobrepujaba a todo sueño.

Porque la noche habia tenido siquiera el piadoso pudor de sus sombras; pero el dia recalcaba la brutalidad de los detalles, en toda su desnudez.

En la noche se percibian únicamente los esqueletos i los grandes rasgos de la trajedia.

En el dia se vió que ese bosque espeso de esqueletos i cráneos carbonizados nadaba pegado sobre un barro negro de tierra con sangre i grasa.

Las lágrimas solamente habíanse evaporado, a

la par que las plegarias, los adioses i acaso las maldiciones....

Muchas otras consideraciones obligaban asimismo la clausura de las puertas....

Dominaba el desnudo en la serena impasibilidad de la muerte, i a semejanza de flores desparramadas sobre aquel fango, aquí i allá veíanse trozos de íntimos i juveniles encantos, cuya hermosura sonreia al sol, como al primero i único que los viera hasta entónces.

Por lo demas, el piadoso afan, sobre cruel, resultaba del todo inútil.

Entre la puerta principal i el púlpito habia no ménos de quinientos cadáveres; pero era difícil, si no imposible, reconocer alguna cara. En el fondo estaban los afixiados, quemados en parte; mas para buscar a uno se despedazaba a otros, i naturalmente muchos se opusieron a tal obra, sin presumir que poco despues se cavaria a barreta aquellos restos i a pala serian aventados del suelo a las carretas!

Los montones comenzaban a deshacerse por su propio peso en un rechinamiento espantoso de huesos, i la carne, recalentada por el sol de Diciembre, se corrompia rápidamente.

Frente a la puerta de la calle de la Bandera se alzaba un grupo como de ochenta cadáveres, en pié; fueron a tocarlos i el grupo se derrumbó.

De pié contra una muralla se contaron cincuenta hombres quemados en fila, sin haber podido moverse. Uno de ellos era un anciano, afirmado en su baston, con la ropa hecha harapos por el fuego.

Bajo uno de los arcos, se encontró un nudo de mujeres de tal modo atadas con los alambres de las crinolinas, que fué imposible separar a una sin desgarrar a otra.

Cerca de ellas, en un pequeño claro, se divisaba un grupo en carbon. Acercándose veíase un niño, abrazado rabiosamente al cuello de una mujer, los ojos salidos.

I como si tantos horrores no gritaran bien claro lo que allí habia pasado, sobre lo blanco de un arco, a la altura de un cuerpo i cavados en el estuco, se destacaban en fondo rojo los cinco dedos de una mano pequeña, de una mano de mujer...

La desesperacion habia rasguñado allí hasta formar con las uñas i teñir con su sangre el molde de esa mano cansada de clamar inútilmente al cielo i a los hombres!...







Toda la jente que traficaba por las calles vestia de luto; porque no hubo entónces ningun corazon indiferente.

El comercio cerró sus puertas.

Se cerraron tambien los Tribunales de Justicia, los Ministerios i todas las oficinas públicas.

El Congreso suspendió sus sesiones.

Porque así que trascurria el tiempo era mayor el duelo.

A la una de la tarde se habian estraido del templo ochocientos cadáveres inconocibles.

I a medida que se perdian las últimas esperanzas se cerraban otras casas, estando ya entornadas mas de la mitad.

En el curso del dia la Intendencia mandó poner herraduras sobre las puertas de siete casas mas, dentro de las cuales no habia quedado alma viviente.

De una de la calle de Santa Rosa solo salvó un arrendatario, habiendo perecido en el incendio las diez personas que componian la familia con su servidumbre.

Santiago iba de este modo como bebiendo a sorbos la desgracia que acababa de sufrir, desgracia que en el primer instante i durante toda la noche pareció horrible; pero nunca con las proporciones que adquiria de minuto en minuto.

En las calles no habia sino corrillos enlutados i llorosos, i en cada uno se referia un episodio, en medio del horror jeneral.

Hé aquí algunos de los que corrian de boca en boca, contados despues en todo el mundo i publicados, mas o ménos, con estas mismas palabras:

. .

La puerta que daba a la calle de la Bandera era, sin disputa, la que ofrecia un espectáculo mas desgarrador. Tocaban las llamas al umbral, cuando se vió aparecer un estranjero, ingles o norte-americano, que precipitándose dentro de las llamas parecia buscar en ellas un objeto querido. Las llamas lo abrasaron, la cabeza era un volcan, i sin embargo el desgraciado atravesaba la iglesia como un fantasma.

En un momento se le vió tomar a una mujer entre sus brazos; la conducia a la puerta cuando una columna de fuego i humo lo envolvió...



Frente a la puerta principal, la señora doña M. B. viuda de E. divisó a su hijo Julio, un jóven de 15 a 16 años que se habia lanzado en su busca. Se reconocieron i alcanzaron a estrecharse las manos. Siguió una lucha desesperada, sin lograr desprenderla del grupo que la retenia, hasta que dos soldados arrancaron al jóven, viéndole en peligro de ser arrebatado al interior.

El hijo volvió de nuevo, volvió a tomar las manos de su madre; pero una avalancha de jente los separó, llevándose a la señora.

Despues se veia en el patio de la casa el espectáculo de cinco niños huérfanos, que lloraban desesperadamente a la madre que no volvia. * *

Cuando la confusion era mayor i las llamas invadian a la concurrencia, un hombre de blusa, ausiliado por otros, logró romper un cuadro de la puerta de la derecha que daba a la capilla del Buzon de la Vírjen; pero conseguido esto, se encontró con una gran mesa i detras de ella una muchedumbre de mujeres agrupadas, tendidas, enredadas, unas sobre otras, i no consiguiendo ni abrir enteramente la puerta, ni separar la mesa, trepó sobre ella i haciendo esfuerzos sobrehumanos, pudo salvar a cuatro o cinco personas, arrancándolas de la masa que las aplastaba, pero enteramente desnudas i ya desvanecidas por la asfixia.

* *

Cerca de esa misma puerta la venerable señora Falcon de Garrido fué salvada por los esfuerzos de un oficial, al parecer de jendarmes, i de don J. A. de T.

* *

La señorita Juana Covarrúbias fué libertada

allí mismo por el héroe de la blusa, que habia roto la otra puerta i por don J. A. de T. Este caballero, preso a su vez de cien manos que se apoderaron de él, i cuando ya habia caído al suelo, fué rescatado por varios jóvenes del pueblo, segun se calculó por los sacos de brin blanco que vestian.

Con igual heroismo otro jóven arrancó de la masa que todo lo absorvia, a la señorita Rafaela Correa i Valdivieso, próxima a perecer.



Se cuenta de una niña, que despues de correr de un lado a otro de la iglesia i viendo que era imposible atravesar por sobre los montones de cadáveres que obstruian todas las puertas, se asiló bajo el asiento de un confesonario: allí se sintió ensordecida por la grita i los lamentos de los moribundos; oyó caer la campana, la torre, los altares i el sordo rumor de las cornisas que se desprendian de todas partes.

En esos momentos trató de salir porque se ahogaba en su escondite, i salió, en efecto, atravesando por medio del fuego de una atmósfera de llamas, sin mas accidentes que el pelo i los pies quemados.

Algunas horas despues un delirio de fiebre se apoderó de ella: la niña habia visto i oido todo; lo que mas tarde no podia olvidar era el silencio que se siguió a los lamentos.

Ese silencio era la muerte i ella se creyó tambien sin vida.

De lo que siguió hasta hallarse en la calle no se daba cuenta.

* *

Un muchacho como de doce años se encontraba sobre una cornisa próxima al techo, encendiendo lámparas. Notando que el fuego le habia cortado el paso para bajarse, se descolgó por el cordel de una de las arañas, i escapó.

* *

Una sirviente de don Antonio Hurtado, única que salvó de cinco personas de la casa, referia que ella estaba colocada en la mitad de la iglesia; que no creyó siguiera el incendio; que cuando trató de salir ya las puertas estaban obstruidas; pero que al ir de un punto a otro vió que gran número de personas estaban acostadas en el sue-

lo; que otras caian sin decir una palabra-i que, al fin no hubo otros rumores que en los grupos de las puertas.

Dotada de una organizacion robusta, despues de correr en diferentes direcciones, logró salir por la sacristía sin lesion alguna.

Igual cosa contaba otra sirviente de la casa del jeneral Campino.

* *

Un jóven Hurtado i Barros de 18 años habia hecho todos los esfuerzos posibles para salir, pero en vano.

Despues de luchar hasta el agotamiento de sus fuerzas, se retiró hácia un ángulo del altar de San Javier, esperando la muerte.

De repente oyó unos golpes en la muralla inmediata a sus espaldas.

Estaban cavando.

La idea de cavar en ese punto era de don Antonio Varas, que con la intrepidez de su carácter, jugaba allí su vida como un niño al lado de Custodio Gallo, Recabárren, Lambarri i otros.

El señor Varas, conocedor de antiguo del vie-

jo claustro de los jesuitas por haber estado en él el Instituto Nacional, indicó el punto donde ántes habia una puerta por la cual los alumnos pasaban a misa a la Compañía.

Barretearon la muralla i ahí apareció el hueco mal tapado.

Al primer trozo que cayó, el jóven Hurtado se lanzó por la rendija, donde pudo respirar un instante i escapar despues.

Por el mismo punto lograron salvar otros; pero lo triste del caso es que todos estos socorros providenciales llegaban tarde, cuando la mayor parte agonizaba.

* *

La mayor parte de las lámparas que iluminaban la iglesia se alimentaban con parafina, conocida vulgarmente entonces con el nombre de gas líquido.

Desprendidas de los techos al quemarse las amarras, derramaban anchas olas de un fuego azul, que caia sobre las cabezas i vestidos.

De las brasas era posible defenderse i de las llamas tambien; pero contra la parafina ardiendo no habia recursos. Asi se comprende cómo al propio tiempo que el techo se convertia en llamas, la concurrencia desde la puerta principal hasta el sitio de la cúpula, ofrecia el aspecto de un lago de fuego, en que oleaba la multitud...

* *

A propósito de las luces de la iglesia, aseguraban algunos que en la última noche subian a quince mil, pues siendo la funcion de despedida, se duplicaron las galas. De muchas casas enviaron candelabros o *arañas* i *blandones*, como decian en esos dias.

Pero otros rebajaban el número a diez mil.

Varios testigos i relaciones dan estos datos, como elementos para el incendio.

Entre lámparas, vasitos i velas habia en el altar mayor de dos a tres mil llamas.

En cada una de las capillas laterales, incluyendo las pilastras adornadas que miraban a la nave central, se contaban cuatrocientas luces.

Pendientes del techo, entre lámparas, arañas con velas de cera o de estearina, mas de dos mil.

Una cantidad sin medida posible de adornos

de papel, cintas de seda, flores de mano, oriflamas, trapos inflamables, cubria los altares, las columnas, los techos, las lámparas i muros.

Del altar mayor a la cúpula se estendia un inmenso velo de gasa celeste.

Ocho grandes altares de madera con lienzos pintados i la mole enorme del altar mayor.

Las torres de madera, la cúpula que estaban pintando, los techos cubiertos de pintura i perfectamente secos.

Las personas sensatas que pasaban frente a la iglesia en las noches de funcion, admirábanse de ver tanta imprudencia i locura, tanta vida dependiendo de la chispa mas lijera.

En la noche del 8, muchos hombres, pero poquísimas mujeres, al contemplar tal acumulacion de materias inflamables, tuvieron miedo i presintiendo la desgracia, se retiraron.

Uno de aquellos, un caballero Márquez de la Plata, no habia alcanzado a llegar a su casa, cuando se le anunció la catástrofe.

En la funcion del Sábado anterior al Mártes de la ruina, habia habido un amago de incendio en el altar mayor i en la misma media luna...

Se logró apagar; se produjo un tumulto con el

consiguiente atropellamiento i contusiones; pero nadie escarmentó.

Antes por el contrario, casi todas callaron en sus casas lo ocurrido.

* *

Un muchacho del pueblo, de unos 16 años de edad, entró como loco por la puerta que daba al corredor de la iglesia, buscando a su madre, una anciana de 60 años.

Encontró el cadáver, medio chamuscado; pero los soldados de guardia no le permitieron llevár-selo.

A otro hombre del pueblo le impidieron asimismo cargar con los restos de su esposa.

I por este estilo, entre centenares de actos heroicos, se vieron tambien muchos odiosos.

* *

Un jóven que ayudaba a las mujeres que trataban de salir i no podian conseguirlo, tomó a una de las manos. Al instante se le aferraron de la levita otras que luchaban con la muerte Pudo escapar soltando las manos i sacándose apresuradamente la prenda retenida.

En las mismas circunstancias, otro se libró a puñetazos i puntapies.

* *

Un oficial, decian que de artilleria, tratando de sacar a una, fué cojido de la cintura i de los brazos por un nudo de seis mujeres.

—¡Favorézcanme! gritaba aterrado, a los que presenciaban la escena; pero éstos, viéndolo demasiado adentro i temiendo correr la misma suerte, se limitaron a volver la cara para no verlo morir bajo sus ojos.

* *

Una señora, doña Jertrudis Sierra, se arrancó la crinolina i, al ponerse en salvo, dió su manto a otra que salia a la vez, completamente desnuda.

* *

En los momentos de principiar el incendio, algunas de las concurrentes que creyeron no seria de consecuencias, no quisieron moverse. Una señorita mui conocida, en vano instó a su madre para que saliera.

—Nó, dijo la respetable señora; no pierdas tu lugar.

La jóven redoblaba sus instancias con desesperacion cuando un tumulto de jente separó a la hija de la madre.

La hija libró i la señora murió sofocada.

* *

Una señorita de veinte años, igualmente conocida, referia que se habia visto rodeada por un remolino de jente, que no la permitia dar un paso. Sobre el grupo cayó una lamparilla de aceite que prendió algunas cabezas.

Haciendo un esfuerzo, logró arrancarse a dos manos el pelo quemado.

Avanzaba un poco, cuando fué retenida por la crinolina; logró al fin dejarla entre las manos de las otras; dió algunos pasos mas, i la sujetaron entonces de los pies.

Afortunadamente le sacaron los botines i pudo salir por la puerta de la sacristía.

12000

* *

Un jóven, cuyo nombre fué mui sabido, entró a la iglesia, resuelto a encontrar a una señora i a su hija, de la cual estaba locamente enamorado.

Logró juntarse a las dos, i abrazándolas por la cintura salia con ellas triunfante, cuando una oleada enfurecida los apartó.

La niña pereció, viendo que su heroico amante habia salvado a su madre por ella.

* *

Un caballero, reconociendo a su esposa a pocos pasos de la puerta, se precipitó al grupo, cegado por el reflejo del fuego.

Con la alfombra apagó una cabeza i salió con un cuerpo entre los brazos.

Pero no era su esposa, sino una sirviente de una casa estraña.

* *

Uno de los episodios mas conmovedores fué el de un estranjero que, fuera de sí, en el colmo de la desesperacion, luchaba contra varios amigos que lo contenian porfiadamente, cuando intentaba precipitarse al templo incendiado, en busca de su mujer, cuyo nombre repetia a gritos.

* *

A la vista de quinientos testigos ocurrió este hecho:

En medio de la estupefaccion jeneral, una señorita Verdugo apareció sobre las murallas incendiadas i desde allí se arrojó al suelo, cayendo no solo viva, sino que sin grandes lesiones.

¿Cómo habia alcanzado las murallas?

No pudiendo salir por las puertas, trepó por un altar, ganó las cornisas i despues una ventana.

Del mismo modo, cuando las llamas invadieron la gran torre, dos hombres salieron a las ventanas. Todo socorro era imposible i se lanzaron al espacio. . .

* *

Se creyó haber reconocido en la Compañía el cadáver de la otra de las señoritas Lecaros.

La misma juventud, un lindísimo rostro de quince años, una cabellera dorada como la de aquélla; pero por desgracia los jirones que aun la cubrian, no eran los de la hermosa niña que con tanto anhelo se buscaba.

Era una pobre, igualmente bella.

* *

De las dos mil personas que habian sucumbido, mas bien mas que ménos, se calculó que unas setecientas pertenecian a familias conocidas i acomodadas.

Las sirvientes completaban la mayor parte de las restantes, siendo lo mas sensible que habian sucumbido las mas buenas i las mas fieles, las que contaban en una misma casa desde ocho i diez años hasta cuarenta i mas de servicio.

Las mamas jubiladas de las niñas, las viejas sirvientes de razon, allí quedaron casi todas al lado de sus amas i de sus señoritas...

El doctor don Francisco Javier Tocornal leyó en la Facultad de Medicina, una Relacion médica de lo sucedido en el templo de la Compañía el 8 de Diciembre de 1863.

Si alguien ha podido creer exajerados los datos

anteriores, el estudio hecho por el señor Tocornal, presente cadavere, probará lo contrario.

Dice el señor Tocornal:

"La mayor parte de la concurrencia fué de mujeres, las mas de 20 a 40 años; otras de 40 a 60: las niñas i los jóvenes en ménos número; los hombres pocos. Por la hora en que aconteció la catástrofe, debemos suponer que todos habian comido, i que el estómago se encontraba ocupado por los alimentos, circunstancia que contribuyó a dificultar algo la ajilidad del cuerpo. Una vez iniciado el fuego, la primera impresion fué la del temor i la confusion dominó en toda la concurrencia. La mujer, por la debilidad inherente a su organizacion i su mayor impresionabilidad, es mas susceptible de estas conmociones que, privando de la lucidez, no permiten discernir bien lo que ocurrre para escapar del peligro que las amenaza. Sin embargo, pasado este primer momento, muchas pudieron andar en diferentes direcciones i no encontraron dificultades para la salida; hubo algunas que en medio de las llamas atravesaron un espacio considerable, hasta ponerse en salvo; otras, aun despues de haber caido al suelo, se levantaron con gran trabajo i lograron escapar;

algunas, con quemaduras mas o ménos grandes, pudieron salir tambien, viviendo algunas horas i dias para dejar recuerdos mas dolorosos de su pérdida; pero la mayor parte de la concurrencia quedó espuesta a perder la vida, en mas o ménos tiempo, ya por la asfixia por compresion o por los abrasadores efectos del fuego. Cuando las llamas se comunicaron a toda la iglesia i principió el incendio de los vestidos, cuyas quemaduras se consideran peores que las producidas por el agua caliente i por el aceite hirviendo, los sufrimientos, gritos i lamentos se dejaban oir a bastante distancia.

"Donde mas se presentaron las quemaduras fué en la cabeza, tronco i miembros superiores, consideradas (sin mas que esta circunstancia) como las mas graves que puedan esperimentarse. Gran número perdió la vida por asfixia, causada por la compresion o sofocacion; hubo mas, las sofocadas por las compresiones del cuello, del tórax o del abdómen, esperimentaron contusiones, heridas i fracturas, ya de las costillas o de otros huesos. Éstas murieron con mas rapidez. Pocas fallecieron por faltar el aire o por la rarefaccion de éste, o la mezcla del humo ocasionado por el incendio;

muchas por efecto de las llamas, no habiendo tardado mucho tiempo en morirse.

Tres grandes grupos se formaron: uno en el centro, otro en la puerta principal, i el tercero en el costado del poniente.

El grupo central fué el de mayor acumulacion de jente. Un gran número de ellas quedaron comprimidas unas sobre otras. En un costado de este mismo grupo muchas conservaron diferentes actitudes, ya de pié, de rodillas o sentadas; hubo cuerpos que tenian la cabeza i brazos levantados, el rostro espantado, borradas las facciones, la boca abierta i quemados los labios i la lengua, con las piernas i pies intactos; pero siendo imposible reconocer por el semblante la persona a quien pertenecian esas estremidades. Los mismos montones se ennegrecieron por encima i permitian ver el conjunto de cráneos desprovistos de su cabellera i cubiertas esteriores.

"A mas de las quemaduras de la cútis i partes blandas, como los cuerpos siguieron esperimentando los efectos del calor i de las materias combustibles que los rodeaban, muchos se carbonizaron; tenian los miembros contraidos, disminuyeron de volúmen, las personas adultas parecian como niños, las manos i los pies cambiaron de forma, se asemejaban a pequeños muñones; eran como esqueletos por no haberles quedado mas que la parte sólida de la organizacion humana. Esos mismos huesos, por efecto de la calcinacion, se presentaban frájiles i se desarticulaban de sus uniones naturales. Los efectos de la combustion se estendieron mas léjos todavía, hasta hacerse sentir en el interior de los órganos i aun en las cavidades mas cerradas. Como el fuego se alimentó siempre con la gordura natural de los cuerpos i las llamas se dirijian hácia arriba, una vez quemadas las cubiertas esteriores, se orijinaron espansiones i aflojamientos de las uniones que se consideran mas sólidas i firmes, como las del cráneo; hubo cabezas que se abrieron i, quemándose la masa cerebral con sus membranas, quedaron reducidas a pequeños carbones; fueron otras lámparas que ardieron hasta el último instante. Las capas mas profundas de los cuerpos que se cubrieron con el polvo, tejas del edificio, etc. esperimentaron una asadura conservando sus formas i dimensiones naturales; hubo por consiguiente cuerpos carbonizados, asados i cocidos. Algunos de estos últimos tenian el rostro espantoso, contraidas las mandíbulas o como si espuma blanca o sanguinolenta hubiese salido por la boca i las narices; otros mas intactos, con solo fracturas i contusiones.

"Los estragos que ocasionó el fuego en los cuerpos fueron de tal naturaleza que no tienen ni descripcion en las obras de cirujia que tratan de este asunto. Pues se presentó desde la quemadura mas insignificante, ocasionada por el aire estremadamente caliente, hasta la mas profunda, producida por el fuego esterior i el de las ropas.

"Cuando se procedia a los enterramientos, los cuerpos no carbonizados i que conservaban su forma, con los preparativos usados tomaron un aspecto verdaderamente imponente. El color blanco de la cal que se habia empleado, les daba un esterior nada comun en reuniones de cadáveres, i léjos de ocasionar terror, llamaban mas la atencion por este contraste inesperado."





XXIII

La fosa comun, cavada en el Cementerio, media 25 metros en cuadro.

De hora en hora se ponia en marcha, partiendo de la plazuela, un convoi de carretones: los carretones de la policia urbana.

Despues salia otro de carretas, porque aquellos no bastaban.

Iban al descubierto, mostrando su fúnebre carga.

Por los bordes sobresalian algunos trozos. Caras quemadas, como de momias, la piel ennegrecida, pegada a los huesos: parecian sonreir con la blancura de los dientes dentro de sus bocas sin labios.

¡Todas las muecas horripilantes de las calaveras, paseando las calles, entre bandas de curiosos apiñados en las aceras,—esas mismas calles en que muchas, un dia ántes solamente, lucian su juventud, su dicha i su hermosura!

¡Qué de idilios murieron allí!...

¡Cuántos enamorados no volvieron a ver mas que un despojo de su amada!

Hubo entónces los viudos de la Compañia, así como despues hemos tenido las jóvenes viudas de la guerra,—¡la viudez al borde del nido intacto del amor jurado!

Pero los carretones seguian pasando: por entre las tablas mal unidas destilaba la grasa, cuando no se descubria algun miembro desnudo.

Al torcer por la calle de San Pablo, rumbo del puente de calicanto, cayó al suelo una pantorrilla, calzada con primor.

La llegada de los restos al borde de la fosa del Cementerio, era otra trajedia.

Sobre cada carretonada precipitábanse, llorando, grupos de mujeres medio enloquecidas, como ebrias de tanto dolor, en la esperanza de encontrar entre ellos a los deudos que buscaban.

¡Vana ilusion!

Todo aquello no era mas que trozos humanos... Habia cadáveres intactos, pero inconocibles.

I por eso estaban allí las mujeres; para reconocerlos por la ropa.

De todas las carretonadas no se apartaron mas de diez personas, reconocidas, ya por una prenda, ya por facciones medio destrozadas.

Se entregaron a sus deudos, i las demas a la fosa comun.

Repleta i tapada ésta, al otro dia se escribió sobre ella este epitafio, cruel como la muerte que habian recibido:

Incendio de la Compañia, etc. ¡ DOS MIL VÍCTIMAS MAS O MÉNOS!

Al pardear la noche cesó la tarea. . . Desde el alba hasta esa hora se habian despachado de la iglesia al Cementerio ciento sesenta i cuatro carretonadas. . .

Por la puerta principal se e	sp	i-		
dieron en el dia		*	414 cadáveres	
Por la puerta del oriente.			469	n n
Por la puerta del poniente			553	11

TOTAL. . . . 1,436 cadáveres

Pero el mayor de policia, don Exequiel Lazo, encargado de la conducción de los restos, pasó parte por 1,488.

Doscientos se habian sacado la noche ántes, sin contar los muertos en los hospitales, en las casas i en las calles.

En los hospitales ningun herido alcanzó a vivir veinticuatro horas.

Todos murieron.

I las víctimas que faltaban para enterar la cifra de dos mil, esas habian volado por los aires en el torbellino del incendio, eran parte del barro que de la iglesia sacaban en baldes i chorreaba las calles bajo los carretones. . .

¡Dos mil víctimas!

Entónces, saliendo de todas partes, como de un mar que encrespa la tempestad, se oyó en Santiago un sordo rumor que ya no tenia sollozos, sino rujidos de leon que al despertar advierte le han robado su hembra i sus cachorros.

I del rancho al palacio retumbó este grito formidable, desahogo imponente de un pueblo indignado:

-; Abajo la Compañia!

¡I la rabia secó en los ojos las lágrimas!

¡Dos mil mujeres quemadas!

Pero no eran solamente los padres de familia los que exhalaban sus justas quejas. La jente sensata de todas las creencias habia tambien reprobado la pompa mundana i teatral que iba creciendo dentro de la Compañia de año en año.

Una gran parte del clero opinaba lo mismo.

El Arzobispo tampoco estaba conforme con tales tendencias, i se sabe que cuando don Juan Ugarte anunció en la mañana del 8 que la noche próxima seria la última del último Mes de Maria, era porque el señor Valdivieso habia resuelto prohibirlo.

Por otra parte, viejos católicos reprobaban asimismo este culto exajerado de María, entre divino i humano, que brotaba de los seminarios, fomentado por los jóvenes levitas que anteponian por romanticismos mundanos, la adoración de la Madre a la del Hijo.

I hablaban de los *marianistas* como de una secta que introducia modas en la relijion; en el culto pompas mundanas, contrarias a la verdadera doctrina, i lo que era mas grave, que disminuia la adoracion debida a Jesus; i al efecto citaban que salvo en la iglesia de los jesuitas, en todos los de-

mas templos ya su imájen no estaba en el Altar Mayor.

I como toda exaltacion es injusta i ocasionada a exajeraciones, llegóse hasta acusar al clero de indiferencia ante tamaña desgracia, aduciendo el hecho de que durante el incendio no se habia visto en la plazuela de la Compañía un solo sacerdote que prestara ausilio a las víctimas, siendo que los que habian reprobado las causas que dieron oríjen a la catástrofe, los descreidos, los herejes i masones, todos fulminados desde el púlpito por el presbítero Ugarte, habian concurrido desde el primer instante, contándose entre los mas heroicos i abnegados, a disidentes reconocidos como el jeneroso Nelson, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, i al caritativo Meiggs, de cuva jenerosidad vivian muchas católicas intransijentes.

Pero se exajeraba: los mismos diarios de la época refieren que el presbítero Huberdault, en los momentos del incendio se acercó a las puertas de la iglesia, "corriendo algun peligro," i dió su absolucion a las desgraciadas que adentro perecian en medio de las voraces llamas...

Pero la acusacion fué mas allá todavía.

Los diarios, haciéndose eco de los rumores callejeros, llegaron a decir que los sacerdotes que en el momento de estallar el incendio se encontraban en el presbiterio, solo atendieron a salvar los valiosos paramentos que guardaba la sacristia, tratando ademas de sacar muebles que, amontonados en la puerta, formaron una barrera que la jente no pudo atravesar.

Don Mariano Casanova levantó estos cargos con la enerjia correspondiente.

"Conviene desde luego establecer en obsequio de la verdad i no para declinar el cargo, dijo el señor Casanova, que si bien el clero servia gratuita i abnegadamente esa iglesia, no fué ni pudo ser nunca responsable de su direccion. Estaba a cargo esclusivamente de su capellan, presbítero don Francisco Cañas, jefe inmediato del templo; i ademas, en aquellos dias i durante el Mes de Maria, entendia en los arreglos de la funcion el director de las Hijas de Maria, presbítero don Juan Bautista Ugarte. No habia, pues, mas clérigos en la Compañia que pudiesen ser responsables del siniestro."

Al prenderse el altar mayor, el señor Ugarte corrió a salvar el Copon i las formas; pero fué contenido i sacado al patio por varios caballeros. Allí sufrió un ataque de epilepsia. El presbítero Cañas, culpado en segundo lugar de haber dado preferencia a los ornamentos sobre las víctimas, estaba en esos instantes con el juicio casi perdido.

Algunos particulares abrieron cajones i salvaron algunas prendas de valor, entre ellos un señor Ladron de Guevara, quien declaró ante el Juez del Crímen que instruia el sumario del siniestro, que él habia trasladado algunas a casa de don Agustin Llona.

En cuanto a la puerta atascada por los muebles, en la sacristía, ello pudo suceder en los primeros momentos solamente; pues probado queda que por ahí salieron mas tarde dos mujeres.

I por lo que respecta a lo de intencional, eso no se puede ni tomar en cuenta, por ser hasta contrario a la naturaleza humana.

Entre las que ardian se contaban dos hermanas de don Juan Ugarte, el cual era, por lo demas, un hombre honrado i bueno.

No hubo crímen, nó, sino locura que nadie quiso contener a tiempo, tal como sucede actualmente con teatros, i con algunas fiestas de iglesia que que son un peligro público, a juicio de todos La idea de demoler las ensangrentadas ruinas de ese templo, destruido ya cuatro veces, i en el que la desgracia parecia haber hecho su nido, ganaba todos los espíritus.

Habia, indudablemente, allá en el fondo del Seminario, entre los *marianistas*, una opinion contraria; mas éstos no se atrevian a manifestar en público lo que pensaban.

Habrian sido abrumados.

Tampoco podian contar con la poderosa falanje de las devotas, tendida en otro tiempo como una red inmensa de espías, correos i propagandistas sobre toda la ciudad.

La falanje habia muerto al pié de los altares o lloraba, arrepentida, sus locuras, en la oscuridad de los hogares enlutados.

¿Cómo, a la verdad, contrarrestar la fuerza del huracan popular que se desencadenaba contra la Compañia, con chaparrones de lágrimas i truenos de maldiciones?

¿Cómo hablar de reconstruir por quinta vez la hoguera?

A raiz de cada catástrofe, la sociedad de Santiago habia vaciado su bolsa en manos de los empecinados sostenedores del templo tradicional; pero ahora ¿quién daria un centavo, cuando el incendio dejaba de la noche a la mañana un millar de huérfanos que no tenian ni casa ni pan?

Sin embargo, i a pesar de tantos pesares, a la usanza jesuita se intentó la restauracion con la impávida testarudez del sectarismo mas obcecado.

Sospechando el peligro, la opinion redobló sus gritos, i la prensa, unánime en el mismo sentir, supo colocarse a la altura de tan grave circunstancia.

Era un momento solemne.

Triunfaba el buen sentido, o el fanatismo no escarmentado i ya criminal de unos pocos se imponia una vez mas a las justas exijencias de un pueblo herido en todos sus sentimientos.

El Ferrocarril inició noblemente la cruzada:

"Santiago, decia, no es en este momento sino lágrimas. La consternacion está en todos los hogares, el dolor en todos los corazones. ¿Quién no ha perdido un ser querido? Todo el mundo parece bajo la presion de una atroz pesadilla. Tanto ser querido, ayer lleno de vida, ayer haciendo la esperanza i la felicidad de los suyos, i hoi desaparecido para siempre, sin dejar siquiera, en mu-

chos casos, el consuelo, aunque amargo, de encontrar su cadáver. Han desaparecido familias enteras. Las llamas nada han respetado: niños i ancianos, padres e hijos, todos han ido a caer en la sima de un mismo destino. ¡Catástrofe sin ejemplo, catástrofe que encierra una terrible enseñanza que aguardamos nuestra sociedad sepa aprovechar!

"Es preciso hacer desaparecer cuanto antes los escombros humeantes que recuerdan la trajedia. No mas templo en aquel sitio. Un monumento, sí, un monumento que recuerde a Santiago la catástrofe i que sea una perpetua leccion en mármol de los peligros de la exajeracion de ciertos sentimientos.

"Hoi como ayer insistimos en la necesidad de concluir con las fiestas de iglesia por la noche. Es preciso que se tome a este respecto una medida pronta i efectiva. Se trata de la vida de toda una poblacion. Se trata de hacer imposibles hecatombes como la del Mártes, que horrorizan al cielo i a la tierra."

I predicando un poco, añadia:

"Dios, para ser adorado, no necesita de los oropeles de la vanidad; solo necesita de corazones puros i sinceros. Goza mas con la oracion del creyente que con las mil luces de que se llena su templo hasta hacerle una inmensa hoguera. Sepamos ser cristianos. Dios no gusta de las pompas de la vanidad: Dios solo gusta de las pompas del alma."

La Patria de Valparaiso se espresaba en estos términos:

"Resta saber ahora si la catástrofe de que ha sido teatro el templo de la Compañia, fué solo una desgracia inesperada i casual, de esas que de tiempo en tiempo visitan a las naciones i que parecen destinadas a probar su enerjia i su resistencia, o si encierra, por el contrario, alguna esperiencia i alguna leccion para nuestra sociedad. Resta que sepan nuestro pueblo i nuestro gobierno si el deber del momento es el olvido, o por el contrario, si el deber es la reflexion i la enmienda.

"Esperamos que no se nos hará la ofensa de creer que en estos momentos de dolor i de respeto, en presencia de la tumba inmensa, abierta todavía, en donde reposa tanta virtud, tanta belleza, tanta juventud i tanta esperanza del hogar i de la patria chilena, nos pase por el corazon el

sentimiento de satisfacer enconos i suscitar antipatías contra hombres que no son de nuestra predileccion.

"Nó! Sentimos sinceramente que solo ahora, delante de una catástrofe sin ejemplo, como la del 8 de Diciembre, se comience a darnos razon a los que siempre hemos opuestro una resistencia tan inútil como mal interpretada a las desviaciones del sentimiento social i relijioso de nuestra sociedad. Pero a la luz del ominoso incendio que devoró la Compañía ¿quién no ha abierto los ojos, quién no ha comprendido que Santiago caminaba por una via en la cual debian salirle al encuentro males de todo jénero?

"La vida del alma, que se revela en el amor del hogar, en el cultivo del sentimiento i de la intelijencia, parecia muerta en nuestra sociedad. Se vivia con una vida puramente esterior; el lujo de los vestidos i de las habitaciones i el lujo en la casa de Dios, albergue de humildad, de modestia i reverencia, en donde quiera que existen verdaderos sentimientos relijiosos, cundian en Santiago como una gangrena de su felicidad.

"Apelamos a la conciencia de los padres i de los esposos: ¿no es verdad que luchaban casi todos ellos, desde hace tiempo, con esfuerzos desesperados e infructuosos, por contener la corriente de estas funestas exajeraciones? Era en vano. El hogar quedaba vacío i triste; el hogar de las familias quedaba solitario.

"El corazon femenino estaba léjos de él!

"I como ningun principio o hábito antisocial puede desarrollarse impunemente, los malos principios que se han introducido en la vida de nuestra sociedad han encontrado terribles i lójicos correctivos. La crísis financiera i la bancarrota en masa vinieron en pos del lujo i de la disipacion imprudente de las rentas. El lujo relijioso i la fiebre del culto esterno nos traen ahora, en pos de la anarquía doméstica, la mas horrible catástrofe que rejistran los anales de la América."

Toda la prensa del pais pedia igualmente la demolicion de la Compañía, i dando forma a la idea, se repartió esta invitacion al pueblo:

"Pobre Santiago! Ciudad desventurada! Las manos del destino han caido sobre tus hombros, rudas e implacables!

"¡Elevemos un monumento de eterna recordacion a las desgraciadas víctimas! Un monumento que despierte las simpatías de las edades venideras, cuyos votos se uniran a los nuestros en una cadena sin fin!

"Solicitemos del gobierno el terreno que ocupaba la iglesia i destruyamos sus muros. Libre de escombros, se formará un jardin, en cuyo centro se elevará un monumento de mármol blanco con inscripciones que recuerden el fatal suceso que justamente lloramos, colocando al derredor de todo el espacio del templo una sólida verja de fierro que impida a los indiferentes profanar con su planta ese lugar por tantos motivos venerado. Una comision de personas intelijentes llevaria adelante nuestro pensamiento, que suplicamos a todos aceptar como el único espiatorio, i que representa dignamente el profundo dolor que nos agobia.

"Me asocio i me suscribo con mil pesos.

FRANCISCO IGNACIO OSSA"

El mismo dia se repartió otra que decia con sencilla emocion:

"MANOS A LA OBRA, NO PERDAMOS TIEMPO

"Si no podemos salvar ya a los que han perecido, libremos, al ménos, de una muerte desespe rada a algunos de los infortunados vivos....

"¡Cuántas madres quedan sin el apoyo de su único hijo! ¡Cuántos hijos e hijas sin el apoyo de sus padres! ¡Qué calamidad!

"Cristianos! nos ha llegado el triste momento de probar con obras nuestro corazon de tales!

"Demos consuelo a esas infelices, que harto lo necesitan. Mitiguemos algun tanto el dolor que desgarra a esas desgraciadas, haciéndolas ver que cuentan con amigos que dividen con ellas sus pesares. Corramos a las casas de esas pobres i hagámoslas comprender que no quedaran solas en este mundo. Noble mision que, por cierto, todos queremos desempeñar; pero ¿dónde nos dirijiremos? Estamos pronto a servir; pero ¿a quién? cómo? dónde?

"Para el efecto, señálese un punto central adonde deban dirijirse los que necesiten consuelos. Suscríbanse allí los que quieran prestarlos. Hombres, mujeres i niños, todos pueden hacer algo...
Manos a la obra.

"Se señala como punto provisional la tienda del señor Abasolo, en el portal viejo. Pasen allí a inscribirse los filántropos. Los dolientes i los que sepan de alguna desgracia, avísenlo igualmente allí. Fácil será de este modo formar una sociedad que organice el servicio i que sirva de centro de accion.

UNO QUE SUFRE COMO LOS DEMAS

Tal era la emocion que embargaba a todo Santiago. Ningun otro escrito de los que he visto de esos dias, la espresa mejor en la estension de su fraternidad.

Fué un bello momento para la capital. Santiago formó un solo corazon.

El sol de la caridad se alzaba sobre aquel mar de lágrimas!

Las aves de la esperanza i del consuelo anunciaban la aurora de otro dia, barriendo con sus alas risueñas las sombras pavorosas de aquella larga noche triste!...

I esta union universal de sentimientos producia un alivio al atribulado espíritu: la indefinible i plácida satisfaccion de las buenas obras.





XXX

El dia 11, Santiago, cumplida ya la piadosa tarea de dar sepultura a sus muertos i ocupado a la sazon de consolar a los vivos, dando ropa i pan a los huérfanos de la catástrofe, fué sacudido por la noticia, que circuló en la mañana, de que el Itmo. i Rdmo. señor Arzobispo habia resuelto la celebracion de unas solemnes honras, en el atrio del mismo templo incendiado, a vista de las ruinas, al olor pegado en ellas i sobre el polvo, insepulto para siempre, de las que las llamas habian hecho para siempre polvo i humo.

Nadie, al principio, creyó en semejante cosa. Era una cruel invencion, únicamente! ¿Cómo el señor Valdivieso i su clero podian provocar de este modo el sentimiento público?

Hombres discretos i piadosos, ¿cómo habian de ahondar con sus manos la herida abierta en el corazon de la sociedad?

La prensa indignada dió cuenta de tal proyecso, confirmando el rumor.

¡Era cierto!

Se daban los detalles, agregando que el elocuente orador sagrado, don Mariano Casanova, que gozaba de merecida reputacion, pronunciaria la oracion fúnebre.

La jente se lanzó a las calles; una poblada inmensa, enloquecida, llenó la plazuela i rodeó la Compañía, ahullando de rabia.

I como el trueno que domina el estruendo de las furiosas tempestades, se sobreponia este grito, lanzado por mil pechos enfurecidos:

—¡ Abajo la Compañía!

I remontándose de los efectos a las causas, pasaron a vociferar contra el clero.

I, en su indignacion, el pueblo daba con las grandes frases:

-¡Ah, no tienen hijos!... gritaban.

En la noche, un respetable caballero, creyendo

reconocer a don Juan Ugarte en un clérigo que se deslizaba encubierto, se avalanzó sobre él, revólver en mano, gritando:

-Mis hijas, asesino!....

Tal era la temperatura de los ánimos.

En ese estado quedaba Santiago.

Al dia siguiente, léjos de bajar, la temperatura habia subido tantos grados que indicaba los comienzos del delirio.

Tanto mas imponente cuanto que ya no se desahogaba en estériles lamentaciones, la actitud del pueblo iba adquiriendo de momento en momento las trazas de un tumulto verdadero.

Desde temprano, las ruinas aparecieron circundadas por un grueso cordon de jente.

Habian madrugado para custodiarla, temerosos de que en el abandono, álguien intentara iniciar los preparativos de los funerales anunciados.

I bastaba ver el ceño de la poblada para convencerse de que en el pecho tenia el juramento callado, pero inquebrantable, de no permitirlas.

Esta ciudad de indolencias i conformidades musulmanas, no ha vuelto a tener, ciertamente, un momento de mas hermosa i viril enerjía.

Las casas cerradas se abrian para dar paso a

los que ocultaban sus quebrantos. Al rumor de que, a pretesto de piadosas ceremonias, se queria reconciliar los ánimos con el sitio de la hecatombe, salian respetables ancianos, al frente de sus hijos, resueltos a impedir el atentado.

Porque nadie se engañaba ni podia engañarse. La celebracion de las honras en el propio recinto de la Compañía, significaba para todos la primera piedra de su quinta restauracion. Así habia ocurrido en 1841, cuando a los tres dias del incendio se celebraron entre los escombros las fiestas del Córpus.

I en lei de verdad, aquel intento era por todo estremo odioso i sobremanera impolítico.

El padre Piña ni ninguno de los jesuitas que gobernaron despues de él, habria caido en tamaño ofuscamiento.

¿Cómo no ver en efecto, que el torrente, ya desencadenado, habia de atropellar todo obstáculo i que la obra insensata de oponerle como valla los ídolos sagrados, serviria únicamente para que la multitud, en la ceguedad de su cólera, los atropellara, i atropellados una vez, les perdiera en lo futuro el superticioso respeto que hasta ahí les profesara?

Las mujeres que habian encontrado su camino de Damasco en sus pasadas locuras, daban esta vez la razon a los hombres. La catástrofe les habia abierto, al fin, los ojos i estaban convencidas de que cuando todo lo atropellaban por ir a las fiestas de la Compañía, rodaban por el plano inclinado de una infidelidad moral, que sobreponia la autoridad estraña de otro hombre, al respeto natural de la hija al padre o a la fé jurada de la esposa a su marido.

¿Cómo pretender, pues, que en el noviazgo del perdon i de las reconciliaciones, regadas con lágrimas de arrepentimiento, oyerán las ovejas los disimulados reclamos de aquellos corridos pastores?

¡Juego perdido!

La Compañía estaba juzgada i condenada por una sentencia del pueblo.

Debia caer i cayó.

Retemplando esa resolucion, *El Ferrocarril*, que valientemente habia tomado la iniciativa de esa campaña que no carecía de audacia para su tiempo, decía así:

"¿Qué se pretende al elejir para los sufrajios el mismo lugar de la horrenda muerte de las víctimas? ¿Se quiere acaso hacer mas acerbo el dolor?

"Imprudencias han dado lugar a esa horrible hecatombe de débiles mujeres, i se quiere con nuevas imprudencias reagravar la triste situacion de los vivos. Se quiere hacer saborear a la poblacion de Santiago el hecho mas horroroso.

"¡Por Dios, tened mas caridad con el que sufre, escuchad los sentimientos que en todo pecho laten i no amontoneis afliccion sobre afliccion!

"Honras sobre los escombros aun humeantes de la catástrofe ¡qué horror!

"Solo corazones de piedra pueden haber concebido idea tan insensata.

"De no, corred a la casa de la madre, del esposo, del hijo i preguntadles: ¿ireis a orar por los que habeis perdido en presencia de los escombros bajo los cuales se han encontrado sus cadáveres?

"I todos dirán: ¡Nó, eso es horrible! Nó! es preciso que no quede en aquellos sitios huella alguna de la catástrofe! Es una cuestion de humanidad i de deber arrasar esas paredes ya medio destruidas!

"No es posible que vuelva a alzarse templo alguno en aquel sitio."

La Voz de Chile esclamaba a su turno:

"La voz del dolor es tambien ahora una voz de súplica. De allá, del fondo del Cementerio, del corazon universal, del sitio de la catástrofe, de la última agonía de las víctimas, de las entrañas de la poblacion, del cielo mismo, se levanta esa voz que grita, clamando por la demolicion de los escombros.

"¡Demoled esc templo, no dejeis piedra sobre piedra, destruid los cimientos, renovad la tierra, borrad para siempre esa huella de tan tristes memorias!"

En vista de una representacion firmada por varios municipales, la corporacion fué citada a sesion estraordinaria para las doce del dia 12.

Urjía adoptar una medida que calmara el tumulto creciente. Por otra parte, se corrió que las ruinas amenazaban desplomarse: dos arcos se habian caido ya i otros crujían.

"¡Tras del incendio el hundimiento! esclamaba una hoja suelta. Es una perspectiva que provoca la indignacion de todo el vecindario. ¿No hai brazos para emprender la demolicion? Ahí estan todas las clases de nuestra sociedad para tomar en ella parte. Basta con que se les diga

Podeis demoler! para que en unas cuantas horas hayan desaparecido aquellas paredes cuarteadas, ennegrecidas i vacilantes."

En una reunion celebrada en casa de don Francisco Javier Ossa, se comisionó a don Antonio Varas i a don Manuel Renjifo para que a nombre del vecindario de Santiago hicieran una representacion al gobierno.

El mismo dia 12, los señores Varas i Renjifo ponian en manos del Presidente de la República la siguiente solicitud:

"Excmo. señor:

"El infausto acontecimiento que, en la tarde del 8 del actual, ha cubierto de luto a Santiago, i que sumirá en el dolor a la República entera, reclama del gobierno de V. E. la inmediata adopcion de una medida que, borrando las huellas del martirio, consagre un monumento de eterno recuerdo a la memoria de tanta víctima inocente. Tal es el deseo de todo corazon chileno, i haciéndonos eco de este sentimiento jeneral, ocurrimos a V. E. solicitando la cesion del terreno que ocupaba el templo de la Compañia, para proceder desde luego i a nuestra costa a su demolicion, a fin de realizar aquel piadoso pensamiento."

Mas adelante hacian valer estas consideraciones: era incuestionable que la Compañia pertenecia al Estado, pues como propiedad de la congregacion de Jesus, habia pasado a la Corona desde la espulsion de los jesuitas; que el Estado podia igualmente destinarla a un uso profano por cuanto habia perdido el carácter que le imprimiera su consagracion, desde que dos veces el fuego habia devorado la superficie interior de sus paredes, estando por consiguiente comprendida en uno de los casos de execracion reconocidos tanto por las leyes canónicas como por las civiles.

Se añadia ademas que era bien sabido que en casos estremos i cuando el bien público lo reclamaba así, todo objeto sagrado podia destinarse a un uso profano, a fin de llenar necesidades apremiantes de la sociedad.

La Municipalidad por su parte hacia esta otra: "Excmo. señor:

"La Municipalidad de Santiago, conmovida por el infausto acontecimiento que, en la noche del 8 del actual, ha sumido en el dolor a la República entera, reunida en sesion estraordinaria, cree cumplir con uno de los primeros i mas sagrados deberes, al asociarse al sentimiento unánime del pueblo de Santiago, para pedir encarecidamente a V. E. la inmediata demolicion de los muros del templo de la Compañia, encargando V. E. al Cabildo la ejecucion del-trabajo.

"La Municipalidad, confiando altamente en el juicio recto de V. E., no vacila en creer que, haciendo justicia al sentimiento público, unánimemente manifestado, se apresurará a satisfacerlo."

Pero, a lo que parece, el Gobierno vacilaba en decretar la demolicion.

Aun se echó a correr la voz de que seria reedificada, porque así lo pedia el Arzobispo, el cual contaba con el apoyo de dos de los Ministros de Estado.

Daba fundamento al rumor la demora del Gobierno en acceder a lo pedido, no ya por el pueblo de Santiago, sino por los de toda la República.

Desde la noche de la catástrofe, las ciudades ligadas por telégrafo a la capital vivian, por decirlo así, en las oficinas telegráficas, pidiendo de minuto en minuto noticias de lo que ocurria aquí. Era tal la abundancia de telegramas, que la oficina de Santiago tenia un atraso de diez horas.

I las provincias se asociaban tambien a la solicitud de la demolicion. ¿Por qué entonces vacilaba la autoridad, comprometiendo su prestijio?

¿Qué se maquinaba en el secreto de los Consejos de Ministros i en los secretos de éstos con el Arzobispo?

Fomentada por estas dudas i temores, la tempestad que se venia preparando desde los primeros anuncios de las honras, parecia próxima a estallar.

La multitud, agrupada en mil corrillos, ya no suplicaba. Hablaba de demoler por la razon o la fuerza.

El Ferrocarril salió diciendo:

"¿Qué importaria el intentar semejante reedificacion? Un reto al pais, que desde la primera hora ha dicho en Santiago, en Valparaiso i donde quiera que la noticia ha llegado: ¡Que desaparezca la Compañia! ¡Que no quede piedra sobre piedra de ese templo perseguido por la fatalidad!

"Puede haber autoridad bastante audaz para herir de frente el sentimiento público? Todos los dolores, todas las lágrimas, todas las compasiones se reunen en un mismo coro para rogar hoi por la demolicion i para imponerla mañana, si es preciso. Intentar, despues de esto, la reconstruccion de la Compañia es un reto al dolor.

"Cuidado!

"Santiago aguarda que su palabra sea escuchada.

"Rogamos al gobierno que la escuche!..."

La palabra de combate habia sido lanzada a la faz del gobierno.

Cuidado!

Por bien o por mal!

En tales tribulaciones llegó el dia 14, i nada se habia resuelto.

Por la mañana corrió de mano en mano un cartel en que se invitaba al pueblo a reunirse a las tres de la tarde en la plazuela de la Compañia para de allí dirijirse en masa al Palacio de la Moneda.

I el pueblo respondió de este modo:

A las doce del dia habia en la plazuela dos mil hombres armados de hachas, palas i de cuanto elemento de destruccion podia disponerse.

En las gradas de la iglesia, en la acera del costado, en la Libreria de *El Mercurio* i en todas las puertas circunvecinas, se levantaban trofeos de barretas i cables.

Era un campamento con sus armas en descanso, pero a la espera del plazo fijado como fatal.

El Intendente, don Francisco Bascuñan Guerrero, corrió a la Moneda a poner en conocimiento del Presidente lo que ocurria, agregando que él por su parte declinaba toda responsabilidad en lo que iba a ocurrir en breve.

Aun cuando no eran mas que las dos, costaba ya gran trabajo conseguir que esa poblada, de levita i enguantada, esperara como último plazo el regreso del señor Bascuñan.

El pueblo sabia que su querido Intendente estaba con él.

Poco despues llegaba a la plazuela el señor Bascuñan, mostrando de léjos un pliego de papel.

Un grito inmenso, que debió sentirse en la Moneda, atronó los aires.

El Intendente entregó el pliego a don Guillermo Matta, el cual, desde una de las ventanas del Consulado, despues de una arenga que electrizó a la concurrencia, leyó con su voz de tribuno este decreto:

"Santiago, 14 de diciembre de 1863

"Núm. 1,383.—En virtud de lo espuesto en la nota que antecede, he acordado i decreto:

"Art. 1.º Procédase a la demolicion de las murallas del incendiado templo de la Compañia.

"Art. 2.º Concédese un término de diez dias para la estraccion de los cadáveres que estan sepultados en dicho templo.

"Anótese i comuníquese.

"PÉREZ

Miguel Maria Giiemes

El pueblo habia vencido i se dispersó al grito de ¡Viva el Presidente de la República!

El telégrafo comunicó a las provincias la fausta noticia, principiando por Valparaiso, donde la ajitacion era igual, sino mayor que en Santiago.

Allí el pueblo se reunió en el Teatro de la Victoria, firmando una acta de agradecimiento al gobierno, i cuya primera firma era la de un fraile Agustino.

Todos habian declarado que unas cuantas horas bastarian para destruir aquellas ruinas. Pero comenzada la tarea, la demolicion duró unos cuantos meses, tanta era la solidez de las murallas petrificadas por los años, a pesar de tantas sacudidas.

El Arzobispo ordenó que los cadáveres de los antiguos jesuitas fueran trasladados a la Catedral. Eran un polvo confundido. El del padre Ignacio Garcia, único que pudo reconocerse, fué llevado a las Monjas Rosas.

La exhumacion de los cadáveres dejó al descubierto un ancho i largo subterráneo, que vijilaba la policia, impidiendo la entrada, mas no los comentarios ni hablillas.

¿A dónde conducia ese cómodo pasaje?

Pero Santiago, aliviado de sus angustias, se contentó con sacar del olvido historias i dramas de la vida privada de los antiguos jesuitas, algunos de los cuales dieron no poco que hacer i que tapar a la Santa Inquisicion de Lima.

El pueblo siguió contando cuentos de ánimas en pena, de tesoros escondidos i de esqueletos descubiertos de niños, mujeres i hombres, algunos con señales de suplicios.



XXV

El incendio de la Compañia nos dejaba un bien: la reconciliacion de los chilenos con los yankees.

"No en vano se reconcilian los pueblos i se aman. No en vano dan las sociedades hospitalidad jenerosa a las almas buenas i a los corazones elevados. Hai horas solemnes en que la mano de Dios se encarga de poner en evidencia esos nobles vínculos de la fraternidad, i esa hora es la que todos hemos visto llegar, en las gradas candentes del templo de la Compañia, para nuestros hermanos los ciudadanos de la libre i magnánima Union del Norte, en la noche horrible del 8 de Diciembre de 1863!

"Hace mui pocos años que el nombre de Ame-

ricanos del Norte era entre nosotros solo un recelo, una antipatia o una amenaza."

I faltaban palabras para agradecer a Nelson i a Meiggs su heroica conducta en el incendio.

El ministro Nelson habia dado el pésame al gobierno en los siguientes términos:

"Señor:

"Tengo el honor de dirijirme a V. E. para espresarle en nombre de los ciudadanos americanos residentes en Chile i en el mio propio, nuestro profundo i vivo sentimiento por la terrible desgracia que en la tarde del mártes último sobrevino a esta ciudad trayendo la desolacion i el dolor al seno de tantas familias, i el duelo a los corazones de toda la comunidad.

"El gobierno i el pueblo a quienes represento, se sentiran sobrecojidos del mas profundo pesar cuando reciban esta triste noticia. Una calamidad tan aterrante i horrible no tiene igual en la historia del mundo.

"Plegue a Aquel que guarece del viento al cordero esquilado, dignarse consolar a los desamparados i aflijidos, i que esta tremenda dispensación de su providencia, nos recuerde en todo momento la instabilidad de la vida i la necesidad de hallarnos siempre preparados para acudir a su llamamiento."

Un eco igualmente jeneroso encontró el dolor de Santiago en la sociedad de Mendoza.

El Constitucional del 21 de Diciembre decia:

"En los puntos mas lejanos de la provincia se conocen ya los pormenores del espantoso incendio que ha reducido a cenizas *¡en solo una hora!* mas de dos mil personas.

"Nuestra sociedad ha sufrido un golpe terrible con tan calamitosa desgracia.

"Hoi, mas que nunca, nuestra sociedad se siente ligada a la de Chile, por vínculos tan poderosos como el de la sangre.

"La comun desgracia i la gratitud!

"Mui en breve hará tres años que nuestra hermana i vecina república, aterrada por la catástrofe que destruyó nuestra poblacion, era la primera en enviarnos jenerosa i oportunamente toda clase de socorros para aliviar nuestro inmenso infortunio.

"La prevision, la espontánea filantropía de ese pueblo, que sufre hoi lo que entonces sufriamos nosotros, se revelaba en las varias i cuantiosas limosnas con que cada uno de sus hijos habia contribuido.

"Sin los socorros oportunos de Chile, sin sus médicos, sin sus medicinas, sin sus ropas, sin sus alimentos ¿qué habria sido de tantos desgraciados cuyos miembros mutilados estaban espuestos al sol i al frio?

"Mendoza no olvidará jamás estos beneficios."

I en una reunion pública se acordó celebrar suntuosos funerales por las víctimas del incendio i contribuir a la creacion del monumento que se proyectaba levantar aquí.

El cónsul arjentino, don Gregorio Beéche, habia tambien espresado su condolencia al Gobierno.

La suscricion abierta en favor de los huérfanos i desvalidos produjo una suma considerable. El 25 de diciembre alcanzaba en Santiago a cerca de ocho mil pesos.

La colonia norte-americana suscribió 2,484 pesos.

El incendio de la Compañía, manifestando la necesidad de tener un servicio organizado de bombas, que hiciera imposible la repeticion de una catástrofe como la que acababa de ocurrir, dió oríjen al actual cuerpo de bomberos.

El mismo dia 14 se celebró en el Casino una reunion en la cual se echaron las bases del Cuerpo de Bomberos de Santiago, nombrando una comision directiva compuesta de don Enrique Meiggs, don José Luis Claro, don José Besa i don Anjel C. Gallo, para organizar la institucion i adquirir los útiles i máquinas necesarios, adoptándose como Reglamento del Cuerpo el estatuto de la Compañía número 3 de Valparaiso.

Se inscribieron en ese dia 103 bomberos, 44 miembros contribuyentes, 31 ausiliares i 29 guardias de propiedad (1).

(1) Compañía de Bomberos de Santiago. - J. Luis Claro, M. Joaquin Diaz, Manuel Guajardo, Alejandro Vial, Ignacio Caviedes, José Besa, Albino A. Guerra, Antonio del Pedregal. Narciso Dávila, José G. Cádiz, Francisco Somarriva, Francisco Guerra, Rodulfo Otea, Jerman Navarrete, Julio César Escala, Adolfo Ortúzar, Claudio Prieto, Eulojio Solar, Cárlos Diaz, Rafael Gana, S. Moreno, A. Custodio Gallo, M. E. Dominguez, Agustin Larrain, Emilio Bello, Telésforo Vergara, E. Álvarez, Francisco Prats, Santiago Ortúzar, por carta del señor don F. S. Leighton, J. Luis Claro, P. Abasolo, Cárlos Besa, Domingo Toro Herrera, Tomas R. Armstrong, Manuel Irarrázaval, José Luis Irarrázaval. Luis Rodríguez Velasco, F. Donoso, Cárlos Irarrázaval, E. J. Haviland, Diego Donoso, Guillermo Larrain, Ladislao Larrain, Juan Francisco Larrain, José Luis Larrain, Luis A. Mancilla, Tristan Nieto, Francisco de P. Orozco, José Choupay, W. G. Rosn, A. A. Lopez, Honorio Sanchez, Rafael Gárfias, Buenaventura Cádiz, Juan R. Villetu

El dia 16 tuvieron lugar las honras en la iglesia metropolitana, con asistencia del Presidente de la República.

Pronunció la oracion fúnebre el presbítero don Mariano Casanova, comenzando con estas pala-

David Izquierdo, Manuel Antonio Castro, Víctor W. Castro. Wenceslao Vidal, Eduardo L. Hempel, J. Clemente Castro, Gacitúa Verdugo, Fernando Valderrama, Manuel M. de Undurraga, Nicolas Luco, J. Bouquet, Demetrio Ureta, P. Prats Pérez, Fernando Rivadeneira, I. E. Bouquet, C. Walker Martínez, Enrique Fonseca, Moises Vargas, Manuel 2.º Porras, Roberto Souper, Ambrosio Nieto, ex-bombero, José Toribio Lira, José M. Alvear, José Domingo Cortez, Rafael 2.º Gárfias, José Ramon Diaz, J. Luis Lira, Washington Lastarria, Francisco Javier Ovalle, José Aurelio Munita, A. Castro Cienfuegos, Ramon L. Irarrázaval, Miguel Prieto, Cárlos Sazy, Teodoro Mund, Francisco Gandarillas, Exequiel Silva, E. Arnut (hijo), Alberto Mackenna, Roberto Borne, Juan N. Silva, A. Cerrier, Roberto Araya, Manuel V. Blest, Ramon Valdes Barra, Eduardo Buckles, Juan de D. Dinator, Hilarion Cuadra, A. Jouve, Desiderio Novoa, Juan Lesly, Venancio Escanilla, Tito de la Fuente, Ramon Gómez, Manuel Pérez Font, A. Thellcheman, Pedro Gregorio Silva, Lorenzo Pérez, Amador Olivares, Vital N. Martínez, José Santiago Cañas, Benjamin V. Sotomayor, Fernando 2.º Luco, Pedro Antonio Cifuentes, Remijio Costabal, Julian Guillermo Riesco, Juan Rafael Ahumada, Juan Francisco Polanco, Francisco Ahumada, Antonio S. de Zaldivar, C. Bascuñan, Waldo González, Ignacio Larrain U. i Juan Estéban Ortúzar.

Compañía de guardia de propiedad. – José Santiago Tagle, Ricardo Portales, Ramon Tagle, Hormilio Prieto, Saturnino Duozorroza, J. Hermójenes Álamos, Juan Francisco Allende, bras de la Sabiduria: "I su muerte ha sido mirada como afliccion, pero ellos están en la paz."

Concluidas las nonras, don Joaquin Larrain Gandarillas dirijió a don Domingo Santa María i a don Francisco Bascuñan Guerrero una comunicacion que principiaba con estos términos:

"Por diferentes conductos he sabido que us-

M. A. Matta, Guillermo Matta, Juan N. Espejo, A. Abasolo, José Tomas Valverde, A. Lurquin, Adolfo Ortúzar, R. Polanco, Eulojio Solar, Juan Arturo Martínez, Francisco Ruiz Tagle, Juan L. Vélez, Vicente R. Vial, Pedro N. Marcoleta, Valentin Marcoleta, Pedro J. Salinas, Ramon Vial, E. M. de Santa Olalla, José María Guzman, doctor Damian Miquel, como médico de la compañía de bomberos ofrece sus servicios profesionales por conducto del que suscribe, Juan Rafael Vélez, Juan Rafael Vélez i José B. Elguero.

Ausiliares. – Miguel Ibarra, Pascual Saavedra, Bartolo Guerra, José A. Vivanco, Juan J. Díaz, Fernando Toro, José Mercedes Farias, José S. Asua, Calixto González, Abelardo Bustamante, Narciso Peña, Manuel Muñoz, Juan José Salinas, Juan Aguilera, Jerónimo Zapata, Domingo Vergara, Juan Moreno, Juan Benítez, Lino Benítez, Juan Diaz, Marcial Silva, Clemente Silva, José María Silva, José Dolores Inostrosa, Tomas Encina, Manuel Diaz, Tiburcio Ramírez, Matias González, Francisco Brito, Manuel Vázquez, Cárlos Dinamarca, Pedro Bernal, Juan Tovar, Manuel Diaz, Lorenzo Tejeda, Juan Moran, Martin Plaza, José Dolores Inostrosa, José María Silva, Juan Duran, Justo Espinosa, Juan B. Hidalgo i José Miguel Espínola.

tedes han tenido en sus manos las cartas que dicen sacó de la Compañía un oficial de policía en la mañana inmediata al incendio, i que produjo en ustedes profunda indignacion su lectura i la conviccion de que dicha iglesia era un foco de inmoralidad i corrupcion...

"Mi propio nombre i el de todos los sacerdotes de Santiago se halla feamente comprometido en este odioso asunto; pues todo el mundo queda con derecho para hacernos cómplices de esas intrigas vergonzosas...

"En las calles i lugares públicos comenzamos a observar, hasta en el pueblo, signos que revelan alejamiento i recelo, i tenemos que bajar ruborizados los ojos muchas veces, por no encontrarnos con las miradas escudriñadoras de los que esperan sorprender en nuestros rostros las ajitaciones de una conciencia culpable....

"Ruego, pues, a ustedes que tengan a bien dar a leer todas las cartas que han llegado a su poder, sin ocultar el nombre de persona alguna.

"Comprendo toda la gravedad de este paso, pero es inevitable...

"Veo todo el alcance, pero declino toda la responsabilidad de esta publicacion. Aquélla pesa esclusivamente sobre los que han tenido la imprudencia de revelar esos misterios, etc., etc.,

El señor Bascuñan Guerrero contestó en una larga carta, en la cual se leen frases tan ásperas como éstas:

"Con tanta sorpresa como disgusto he leido la comunicacion que usted se ha servido dirijirme por la prensa, en mi carácter de intendente, requiriéndome para que dé a luz las cartas contenidas en el titulado *Buzon de la Vírjen*, que segun usted me fueron entregadas por un oficial de policía al dia siguiente del incendio.

"Antes de entrar a contestar la comunicacion que antecede, debo decir a usted con franqueza, que, si en cualesquiera otras circunstancias que las actuales, se hubieran reclamado de mí esplicaciones como las que usted ha exijido por la prensa, no habria trepidado un momento en dar por toda contestacion el mas profundo silencio."

I cual cumplia a tal caballero, el señor Bascuñan Guerrero agregaba mas adelante:

"Es de lamentar que usted haya acojido con lijereza los rumores vulgares que hayan llegado a sus oidos, dando crédito a espresiones que he estado mui distante de proferir. Protesto a usted por honor de las víctimas que sucumbieron en la catástrofe, que usted i todos deploramos, que jamas he asegurado a nadie que el templo de la Compañía hubiese sido un foco de inmoralidad i corrupcion.

"He lamentado, sí, que la supersticion hubiera creado i fomentado en este templo prácticas imprudentes, tales como la institucion de eso que que en el lenguaje vulgar i devoto se ha apellidado Buzon de María.

"Semejante institucion repugna a las ideas mas medianamente ilustradas que se tengan acerca de los principios de nuestra santa relijion... Si se la examina ahora bajo el punto de vista de los abusos a que podria dar márjen en la práctica, en verdad que no se necesita mucha perspicacia para poder vislumbrarlos.

"Para paliar esta abierta trasgresion del deber moral de guardar los secretos ajenos, aduce usted la consideracion del derecho perfecto que cada cual tiene a su honra... No seré yo quien ponga en duda la verdad de estas máximas; pero lo que niego es que ellas autoricen a revelar un secreto.

"Por otra parte, me parece que usted no ha

pensado sériamente, al sentar esa doctrina, sobre el alcance que ella podria tener para el ejercicio del mismo ministerio sacerdotal que usted inviste. Supongamos que un eclesiástico, estigmatizando desde la cátedra sagrada los vicios de la sociedad, se quejara de que la corrupcion la hubiere invadido por todas partes; que la fidelidad no era ya el sentimiento dominante en el corazon de las esposas; que el recato i el pudor habian dejado de ser la preciosa joya de las doncellas... En esta filípica contra la sociedad, que (dicho sea de paso) no es raro oir en nuestros templos, se encerraria mas de un motivo de zozobra para un marido en su mujer, para un padre en la pureza de sus hijas..."

Las cartas, naturalmente, no se publicaron.

En la Municipalidad siguió un largo i áspero debate sobre la necesidad de prohibir las fiestas nocturnas de las iglesias, medida que tambien reclamaba la prensa.

No se arribó a ningun resultado; pero en una de las sesiones, el rejidor don Manuel Renjifo, poniendo por testigo a todo Santiago, dijo que las iglesias ya no eran templos cristianos, sino salones de baile en que los festones de flores, las luces, los cantos, el incienso, todo, en fin, se prodigaba a los sentidos, miéntras se desnudaba el alma de la austera severidad de sus meditaciones.

Habia trascurrido un año apénas. Era el primer aniversario de la gran catástrofe.

El templo de San Agustin, repleto de jente. traia a la memoria, entristecida i avergonzada, el espectáculo de una de las noches mas esplendorosas de la vieja Compañía.

La misma profusion de galas.

Las mismas luces a millares.

Igual tumulto de devotas.

La misma fiesta.

1864 Era el 8 de Diciembre de 1864-japenas un año!

—i se celebraba la última noche del Mes de María. Predicaba don Juan Ugarte...

Pero a la puerta del templo, como dos elementos en lucha, una compañía de bomberos hacia ejercicio.

Los periódicos ilustrados que habian venido de Europa poco ántes, traian una vista del incendio de la Compañía i un retrato del señor Ugarte.



VICTIMAS

DEL INCENDIO DE LA IGLESIA DE LA COMPAÑÍA

-- 63 ---

Mercedes Bascunan Gue-	
rrero i una sirviente	6
Cármen Sanfuentes i una	
sirviente	2
Casa de don Mariano Ur-	
meneta, dos sirvientes.	2
Casa del ministro Santa	-
Maria, un sirviente	1
Casa de doña Mariana	
Quivoss upo simiento	-
Quiroga, una sirviente	1
Casa de doña Lucia Lobo,	
arrendatarias	11
Casa de don Pedro Cádiz:	
las señoritas Javiera,	
Rita, Carolina, Matilde	
i Amelia Cadiz i una	
sirviente	6
Enrique Cañas	1
Matilde Yávar	1
Manuela Gormaz i dos sir-	
vientes	3
Casa de doña Teresa Ca-	
ñas, una sirviente	1
Casa de don Benjamin Be-	
navente, una sirviente	1
Cármen Roman i tres so-	
brinas	4
Casa de don Vicente La-	F

rrain; dona Enriqueta	
Larrain, doña Rosario	
Gómez, doña Dolores,	
Griselda, Tránsito Sal-	
fate i dos sirvientes	
Casa de doña María Mu-	1
ñoz, arrendatarias	
Casa de don Patricio Cas-	
tro, un sirviente	
Cose de dese Dese : m	
Casa de doña Rosario To-	
rres i Velasco, un sir-	9
viente	1
Casa de doña Dolores Ra-	
mirez, una sirviente	1
Eduvijis Méndez	1
Casa de don Luis Eche-	
vers, dos sirvientes	2
Casa de don Javier Za-	
nartu, una sirviente	1
Ascension Sánchez	1
Luisa Argomedo i Carmen	
Reyes	2
Carmen Ovalle de Ovalle	100
i sus hijas las señoritas	
Amelia, Luisa, Virjinia,	
Corina i Elisa Ovalle i	
dos sirvientes	8
Josefa Julio de Montt,	0
de monte,	

Mariana Julio i Rosa-		Elcira Mandiola	1
rio Diaz, Juan Eduardo		Magdalena Arenas i Lo-	
Montt i cuatro sirvien-		renza Guzman	2
tes	8	Dolores de Aguirre i dos	
Ana Montt i Petronila Lo-		sirvientes	3
vola, niñitas i Juana		Maria López, Jesus, Ma-	
Silva	3	nuela i Juana Torres	4
Natividad Acosta i Lucin-		Dominga, Rosa i Luz San-	
da Olivos, su pupila	2	tacruz	3
Trinidad Aristegui i sir-		Santos, Delfina, Luz, José	
viente	2	Manuel i Emilio Contre-	
Casa de don Antonio Hur-		ras	5
tado: las señoritas Juana		Rosa Bravo de Diaz i su	
Maria, Manuela i Dolo-		hija Clarisa	2
res Hurtado i sirviente	4	Rosario Carmona i Lucero	1
Casa de doña Mariana So-		Micaela Ampuero i sir-	
ffia, sirvientes	3	viente	2
Casa de don Tomas Cor-		Ignacia i Andrea Espinosa	2
rea, sirvientes	2	Pilar Leiva i su hija Con-	
Dolores Barredo i sirviente	2 2	cepcion Quijada	2 2 1
Isabel Cruz i sirviente	2	Rosario i Teresa Santos	2
Casa de doña María Aris-		Eujenia Villarino	1
mendi, 2 arrendatarias	2	Amalia i Celia Indo	2
Ignacia, Luisa i Maria del		Juan Alberto Muñoz	1
Cármen Eyzaguirre i		Sofia i Elena Infante, niñi-	
tres sirvientes	6	tas, i doña Anjela Gó-	
Casa de don Juan Miquel,		mez, viuda	3
dos sirvientes	2	Maria, Mercedes, Dolores,	
Remedios Albano de Gaz-		Tránsito, Benigno i Ma-	100
muri, sus hijas Adela i		nuel Ramon Lois	6
Jertrudis, Candelaria		Tadea Quezada, de la calle	100
Escanilla i Rosita Urion-		de San Pablo	1
do	5	Pepa Saravia i dos sirvien-	
Casa de don Pablo Cien-		tes	3
fuegos, un sirviente	1	Mercedes Correa Albano i	-
Dolores Barahona de Gue-		dos sirvientes	3
rra	1	Casa de don Juan de Dios	
Milagro Becerra i una		Fernández, dos sirvien-	
alumna	2	tes	2
Mercedes Vázquez	1	Rosario Castro i dos sir-	0
Mercedes Araos	1	vientes	3
Josefa Barros Moran, Ro-		Mariano Brieba, muerto	
sario Moran i Rosa Ba-		de cansancio en la estin-	
rros Valdez	3	cion del incendio que se	
Dolores Lecaros i tres sir-	12	pronunció la misma no-	
vientes	4	che en su tienda de aba-	1
Rosa, Mercedes i Rosario		rrotes	1
Olea i tres sirvientes	6	Tránsito Henriquez	1
Juana Cañas	1	Casa del señor Salinas, una	
Rosalía Fernández i dos	3	señora Guzman i dos sir-	2
gingiantes	.5	vientes	0

Marta Caldera	1	Sirvientes de doña Catali-	
Agustina Saez	1	na Bustamante	2
Luisa Pérez de Escobar i		Sirvientes de don Antonio	-
Maria Carrasco	2	Varas	2
Una sirviente de don José		Sirvientes de don Ambro-	-
Agustin Tagle	1	sio Rodriguez	9
Cármen Cristi Donoso e		Rosa Valderrama	2
hijo	2	Esposa, cuñada i sirvien-	100
Cármen Cuadra	ī	te del alcaide de la cár-	
Melchora Barriga de Echa-		cel don Tomas Concha	3
varria, hermana de don		Santos Larrecheda i sobri-	U
José Miguel Barriga	1	na	2
Doña Dominga Echavarria		Micaela Ampuero i dos sir-	-
i una sirviente	2	vientes	3
Tadea Araya de Avendaño	1	Sirvientes de doña Merce-	U
Tres niñas Cumplido i una	7	des Correa de Vicuña	2
sirviente	4	Rosa Portus de Tapia, dos	-
Tres hermanas i dos pri-	- 7	hijas i sirviente	4
mas del señor juez de le-		Dolores Araya de Aguirre	-
tras don Francisco Bae-		i dos sirvientes	3
za	5	Margarita i Dolores Villa-	
Adela, Tomasa i Francisca		rreal	2
Toledo	3	Adelina Vega	ĩ
Cármen Achurra de San-		Sirvientes de D. R. Bravo	2
tander, dos hijas i dos		Sirvientes de doña Javiera	~
sirvientes	5	Marin	3
Juana Guzman de Cueto i		Carmen Prieto de Briones	.,
una hija	2	e hija	2
Un seminarista Doublet	1	Manuela Seco de Pardo,	-
Sirvientes de la casa de		hija i cuñada	3
Mme. Pinchon	2	Tadea Errázuriz	1
Sirvientes de la casa de		Julia Espinosa	î
doña Cármen Caballero	2	Hijas de don Manuel Ova-	
Mercedes Venegas de		lle	3
Aquebec i una hija	2	Sabina Fernández i Frias	1
Jesus Madrid	1	De una lavanderia de la	
Adela Maluenda de Rive-			10
ros	1	Maria Luisa Rondanelli i	20
Petronila Muñoz	1	Arteaga	1
Contreras (cigarrero) e hi-		Ana Sanchez i Monte	î
ja	2	Sirvientes de doña Jesus	
Teodora (lavandera) ami-		Ovalle	2
ga i dos hijas	4	Sirvientes de doña Enri-	12
Maria (costurera)	1	queta Falcon de Ortúzar	3
Felipa, sirviente de las se-		Marcelina Albano viuda	
ñoras Lurquin	1	de Pinto	1
Hijas de don José Manuel		Juana Salomó i niño	2
i de doña Enriqueta Le-		Rosa i Maria Despott, her-	¥
caros	2	manas del canónigo	2
Trinidad Larrain de Ira-		Francisca i Dominga Fal-	
rrázaval e hija	2	con	2

Dos hijas i una sirviente		Dolores Zamudio i herma-	
de don Joaquin Ganda-		na	2
rillas Aranguiz	3	Sirvientes de doña Rosario	
Jesus Cañas de Covarru-		Valdes	3
bias	1	Isabel Cruz Antúnez i dos	
Lutgarda Cañas	1	sobrinas	3
Mercedes Ibieta de Gonzá-		Juana Maria Campos i dos	
lez	1	sirvientes	3
Ninitas Luco Huici	2	Irene i Delfina Verdugo	2
Hijitas de doña Cármen		Magdalena Martinez e hi-	
Elizalde v. de Sanchez	2	ja	2
Sirvientes de don Juan F.		Cruz Lobos	1
Allende	3	Jesus Frutos	1
Hijo i dos hijas de don Jo-		Sirviente de doña Merce-	
sé M. Ugalde	3	des Villegas	1
Ramona Solar (se sacó el		Juana Valenzuela de Ca-	
cadáver sin cabeza i se		mino	1
reconoció por la marca	-	Salome Camino	- 1
de su pañuelo)	1	Rosa i Cármen Molina	2
Sirviente del señor Freire	1	Teresa Olea	1
Señora Tocornal i Briseño	_	Tránsito Mardones (de San	
(calle de la Merced)	1	Fernando)	1
Carmen Pérez de Navarre-		Ignacia Semir	1
te i dos sirvientes	3	Filomena Nuñez	1
Trinidad Figueroa de Fi-	2	Margarita Garrido	1
gueroa	1	Sirviente de doña Carmen	
Sirvientes de la señora		Frias	1
Guzman (calle de la Ca-		Cármen Gormaz	1
tedral)	2	Juana Rosa Lopez (ninita)	1
Sirvientes de las señoras		José Miguel Ibáñez (niñi-	-
Urriola (Calle de San	0	to)	1
Antonio)	2	Antonia González de Puen-	-
Sirvientes de las señoras		te (de Valparaiso)	1
Valdés (calle de la Mer-	2	Manuel Ramos i Campo i	2
ced)	4	madre	2
Sirviente de uno de los se- ñores Eguiguren	1	Rosa de la Fuente de Gar-	1
	1	Cia Fulalia lavandana dal ia	1
Benito Uriguru Madame Lafargue, hija i	1	Eulalia, lavandera del je- neral Necochea	1
nieta	3	Dos niñas Plaza i una tia,	1
Suegra i dos hijas de don	.,	calle de la Merced	3
Juan Bautista Infante	3	Celedonio Gallinato	1
Mercedes Hurtado (her-	0	Senobia Bustamante i sir-	
mana del señor don Ni-		viente	2
colas)	1	Secundina i Florencia Ba-	~
Antonia Ovalle i Bezanilla	-	lacé de Vázquez, herma-	
i dos sirvientes	3	na e hijo	4
Sirviente de doña Ignacia	U	Hermana, cuñada i sirvien-	-
Cavareda	1	te de don Daniel Tobar	3
Sirviente de doña Concep-		La señora del teniente	,
cion Eyzaguirre	1	Henriquez	1
and and and arrange			-

Manuela Fresno	1	Tránsito i Dolores Li-	
En el hospital de hombres		zardi	3
hai mujeres muertas	16	Hijas de don José Novoa	3 2 1
Esperanza Calderon	1	Carmen Roa	1
Josefa Villegas e hijo	2	Olegaria Mujica	1
Rosario Cañas	ī	Cármen Verdugo i sir-	•
Mercedes Torrealba	1	viente	9
Sirvientes del coronel Sessé	2	Juan Bautista González	ĩ
Dolores Gutiérrez	ĩ	Mercedes Diaz	1
Dolores Ahumada i San-		Amalia Gómez Gandarillas	1
tos Ulloa, sirvientes de		Maria Sandoval	1
don José Ignacio Larrain		Jertrudis Fuentes	1
i Landa	2		1
Micaela i Maria Mercedes	-	Magdalena Varas	T
Gómez i sirviente	3	Manuel Bravo i señora, ca-	0
Dolores Barahona de Or-	9	ñada arriba	2
tin do 25 años Mánico		Catalina Pimentel i sir-	-
tiz, de 35 años, Mónica		viente	3
Garces, de 16 años, Fran-		Josefa Mutis i sirvientes	3
cisca Guerrero, de 13	21 III	Carmen Olivos	1
años, Estefania Hidalgo,		Mujer e hija del cochero	
de 14 años, Francisca		de don F. Ignacio Ossa	2
. Garces, de 20 años, i Lui-	0	Sirvientes de dona Marga-	
sa Breton, de 30 años	6	rita Egaña de Tocornal	7
Muertos en la policia: tres	1	Mercedes Santa Maria	
mujeres i un hombre	4	María Silva	1
José Cornejo, hija, sobri-		Beatriz Diaz	1
na i hermana	4	Matea Llanos	111111111111111111111111111111111111111
Anjel Hernández	1	Rosario Ramírez	1
Julia Ureta i Gutiérrez	1	Delfina Ramírez	1
Eloisa Tagle	1	Micaela Marin	1
Hijitas de don Bernardo	F	Mercedes Latorre	1
Toledo	3	Rosa Erazo i tres hijas	4
Ocho personas de la fami-		Rosario Salazar	1
lia de N. Escobar, ciga-		Concordia Salazar	î
rrero	8	Benita Almaza	î
Hija de don Patricio Diaz	1	Luz Baeza	î
Señoritas Teran	3	Rosa Irarrázaval	î
Cármen Urzúa	1	Rosario Tagle	i
Avelina i Margarita Na-		Rosario Arangua	î
varrete, Francisca, Cár-		Rosario i Dolores Bravo i	-
men i Juana Salvatierra,	1	dos sirvientes	4
niñita i sirviente, calle		María Engracia Urivi	1
de Nataniel	7	Matea i Mercedes Reyes	2
Jesus Santelices	1	Carmen Salinas de Marti-	-
Maria Pizarro i su hija		nez	1
Adelina Cervantes	2	Francisca Moreno i su hijo	1
Señoritas Falcon, calle An-	-	Juan de la Cruz Aguirre	
gosta	2	de 10 años	0
Carmen Rios, Teresa i Je-	-	Francisca Graset	2
sus Rojas	3	Cármen Rios de Muñoz e	T
Juana Barra i sus hijas	0.01		0
oddina Darra i sus ilijas		hija	2

Trinidad i Rosario Rivas	2	Sinforosa i Rosalía Palma,	
Elisa i Filomena Espinoza	2	Margarita González i	
Trinidad Barrientos, alum-	~	Eustaquio Jaque, de 7	
na del conservatorio de		años, sirviente de doña	
música	1	Josefa Cruzat	
Encarnacion i Adela Diaz	2		4
Rosario Alfaro	ī	Mariana i Juana González	100
Filomena Núñez	1	i dos sirvientes	4
Martina Alcaino de Prado	1	Maria del Cármen Silva	1
	2	Martina Valdes, antigua	
1 su hija Damiana	2	sirviente de la señora do-	
Antonia Leon de Leon i su	0	ña Dolores Larrrain de	Dias
sobrina Irene Rodriguez	2	Echáurren	1
Maria de la Paz Valen-		Rosa Sanfuentes i Ando-	100
zuela de Mujica	1	naegui, de 8 años	1
Jesus Valenzuela de Aris i		Isabel Puelma	1
su hija de ocho años	2	Rosenda Silva, viuda de	
Juana Lorca	1	don Romualdo A. Gon-	
Catalina González de Sán-	Mar I	zález, i su hija Mercedes	
chez	1	Ines	2
Sirviente de la señora Fani	1	Leandro Atalibar Ramirez	1
Manuela Tapia (de Polpai-		Juan Torres	1
co)	1	Lorenza Olivares de Zamo-	
Juana Plaza (de Chaca-	-	rano i su nieta Magdale-	
buco)	1	na Zamorano	2
Isabel Contreras de Aran-	500	Juana Rosa Silva, herma-	
cibia, viuda del capitan		na de don Bernardino	
de ejército don Ramon		Silva	1
Arancibia	1	Juana Escobar de Calmett	
Leonor Torrejon	1	(viuda)	1
Carmen Reyes	1	Cármen González (costure-	
Transito Rojas e hija i su		ra) i su hermana Marga-	
cuñada Inocencia Pinto	3	rita González (lavande-	
Mercedes Hidalgo	1	ra)	2
Rosario Arellano	1	Dolores Avendaño, prima	
Lúcas González (zapatero)	1	del señor chantre don	
Lastenia Lizardi	1	Pascual Solis de Ovan-	
Gregoria Corona	î	do, Clorinda González i	
Mercedes Roman	î	una sirviente	3
Martina Guzman	î	Cármen Guzman, Benigna	
Juana Serrano (sirviente)	î	Lujan i Estefania Be-	
Dolores i Jesus Castellano	2	rrios, sirviente de la se-	
Pascuala Reyes	ĩ l	ñora doña Dolores Me-	
Mercedes Banda i su so-		neses	3
brina Clorinda Claveau	2	Margarita Quintana, sir-	U
Maria Castro	ĩ l	viente de don Juan Bau-	
Felipa i Agustina, sirvien-	5/8	tista Infante	1
tes del doctor don Mi-	4. 4	Bartola Garrido, Dolores	-
guel J. Semir	2	i Justa, sirvientes de do-	
Concepcion Cárdenas i su		ña Rosario Gutiérrez	3
hija Benigna	2	Rosa Bravo de Diaz de la	0
Maria de los S. Uribe	ī	Very Clarica Diaz de la	

Vega, dos sirvientes Ca-		Maria Herrera	1
talina Pino i Julia Diaz	4	Dolores Hurtado	1
Elisa Concha de Aristegui,	W. Co.	Micaela Sandoval de Rol-	
Maria Mercedes i Da-		dan, de Valparaiso	1
miana Aristegui i su pri-		Agustina Silva, suegra de	-
ma hermana Maria Isa-		don Manuel Bravo	1
bel Barrera	4	Rafaela Garrido i Briseño,	-
Cármen Cuevas, sirviente		de doce años	1
del señor don Gregorio		Mercedes Aldunate, sus hi-	100
Ossa i Cerda	1	jas Clotilde i Luisa i una	
Dos hijitas de don Joaquin		sirviente	4
Munita i una sirviente	3	Isabel Hernández	î
Tomasa Flores	1	Señora Ayala i cuatro pu-	
Ventura Matheu, de 12		pilas	5
años	1	Perpetua Luco i Bezanilla	ĭ
Margarita Olea, sirviente		Maria Josefa Barra de	-
de doña Juana Maria		Hidalgo	1
Mesa	1	Agustina Alvarez de To-	-
Ignacia Sosa	1	ledo	1
Florinda i Margarita Diaz,		Mercedes Diaz i Mercedes	No.
su madre i su madrina	4	Solis, sirvientes	2
Ursula i Gabriela Escobar	2	Clara Escobar, viuda de	-
José Tomas Rojas, niño		Lozano	1
de 12 años	1	Clotilde Dancaster, alum-	40
Mariana Silva de Olivo	1	na del colejio de la Sra.	
Pabla Rojas de Muñoz	1	Cabezon de Villarino	1
Maria del Cármen Muñoz,		Juana Morales de Verga-	-
soltera	1	ra	1
Ninfa Garces de Olea	1	Cármen Lobo i Salgado	1
Cármen Quezada i Olea,		Trinidad Arellano	1
soltera	1	Enriqueta i Juan de Dios	
Lorenza Pereira de Guz-	3	Olivo U	2
man	1	Lúcas González, zapatero	1
Juana Rosa Guzman, sol-	-	Sirvientes de don Manuel	
tera	1	Echeverria	2
Magdalena Arena	1	Maria Cordero de Silva i	
Sirviente de doña Rejina		su hija Transito Silva	2
Guzman	1	Francisca Peña de Macha-	
Agustina, Filomena, de 10		do i su hija, su hermana	
años, i Cármen Lobo, de		Juana i sobrinas Rita i	
Seis años	3	Micaela Silva	5
Micaela Rojas i su hija	0	Anjela Mujica, su herma-	
Carmen Las Heras	2	na i dos sirvientes	4
María i Catalina Vázquez,	0	Eustaquia Quiroga, sir-	
lavandera	2	viente de doña Josefa	
Maria Candelaria Baltie-	1	Cáceres	1
Isabel Arrayay de Hamore	1	Pabla Ramírez, sirviente	-
Isabel Arrnuez de Herrera	1	de las señoras Aguirre	1
Ignacia Bravo Tránsito Mandujano	1	Isabel Armijo	1
Juana Mandujano	1	Mercedes Bello	1

Clarisa Leiton de Robles,		Sirviente de don Pedro	
del Olivar	1	Salinas	1
Maria Soto de Luna	1	Primitiva Morales, de 12	HE.
Mercedes Castro	1	años	1
Cármen Policarpo	î	Cayetana Castillo	î
Cármen Rojas	î	Del edificio del Congreso	-
Rosa Parga	1	Nacional: Cármen Reyes,	
Clarisa Silva	î	Leonor Torrejon, Brau-	
Juana Peña	î	lia Duran, Inocencia	
Francisca Peña	î	Pinto, Rosario Orella-	
Adelina Machao	î	na, Mercedes Hidalgo i	
Mercedes Brito, lavandera	î	Tránsito Rios	7
Micaela i Rita Peña	2	Jesus Madrid	i
Antonia i Petronila Salvo	2	Pabla i Elias Ugalde	2
Domitila i Mercedes Sán-	-	Margarita de la Cruz Bus-	-
chez	2	tamante	1
Catalina Cuevas	ĩ	Mercedes i María de la	
Rosa Pardo	1	Luz Mutilla	9
Manuela Clavero	1	Tránsito Jaña i sirviente	2 2
Lorenza Bustos	1	Andrea Jaña i dos hijas	2
Juana Salinas	1	Natalia Freire i sirviente	3 2
Francisca Fuentes	1	Lorenza Uribe i su hija	-
Isabel Munita	1	Edelmira Perez i una sir-	
	1	viente	3
Mercedes Godoi de Arena,	2	Maria Candelaria Arostei	9
arjentina, i sirviente	ī		2
Maria Carrasco de Iñiguez	1	e hija	ī
Mercedes i Margarita Ló-	2	Jesus Martinez Pascuala M. Silva	1
pez	2		1
Sirvientes de los señores	-	Maria Mercedes Grez	1
Bezanilla	5	Margarita Gajardo	1
Sirvientes de don Luis San-	0	Maria Salvatierra e hija	2
ta Maria	3	Clorinda Valenzuela	1
Sirvientes de don Manuel	0	Sirvientes de don Joaquin	0
Rojas Donoso	3	Olavarrieta	$\frac{2}{1}$
Sirvientes de don Manuel	2	Cármen Diaz	1
José Cerda i Concha	1	Sirviente de don Eulojio Echaiz	1
Manuela Vergara	1		1
Isabel Gallardo	1	Casa de las señoras Brise	
Lavandera de doña Maria	1	ño, una señora i un ni-	0
Zorraquin	1		2
Arrendataria de doña Do-	4	Antonia Cuadra	1
lores Yañez	1	Matilde Herrera Mantero-	1
Juan Enrique Pérez, de 5	1	la (catorce años de edad)	1
años	1	Juana Salazar	1
Sirviente de don Ricardo	1	Matilde Salazar	1
Montaner	1	Micaela Gómez	1
Catalina i Maria Vázquez	2	Cármen Herrera	1
Salomé Ramos	$\frac{1}{2}$	Antonia Jorquera	1
Micaela Rojas e hija	2	Fabiana Abarca	1
Trinidad Marcoleta, casa	31	Delfina Beltran	1
de don J. A. Fresno	1	Carolina Fresno	1

Antonia Leon	1	Manuela Claveros	1
Rosa Pardo i Pereira (de		Gregoria Cabellos	î
Rengo)	1	Luisa Ramírez, su hija i	-
Maria Mercedes Gómez i		tres nietas	5
una sirviente	2	Prudencio Rojas	1
Isabel Salas	2	Carmen Santa-Ana	î
Petronila Benavente de		Margarita Cantos	ī
Machuca	1	Rusenio Carmona	î
Luis Medina	1	Sirviente de don José Mi-	
Victoria Alfaro	î	guel Barriga	1
Mariana Silva de Oliva i		La suegra del carpintero	-
sus hijos Enriqueta i		Márcos Ramírez	1
Juan de Dios 2.º	3	Cuatro sirvientes de doña	-
Cármen Montoya, calle de		Cármen Urmeneta i la	
San Diego i una sirviente	2	hija mayor del sirviente	5
Daniel Navarrete, de 10 a	-	La matrona Cavieres	1
11 años, de la calle de		La mujer i dos cuñadas de	-
Teatinos	1	un mayordomo de don	
Cármen Renjifo, arrenda-		Juan Domingo Dávila	3
taria de don Rufino Gon-		Sirviente de doña Rosa	
zález	1	Falcon de Garrido	1
Santiago Diaz, oficial de la		Doña Emilia Aguirre	i
independencia	1	La madre i dos hermanas	-
Mercedes González	î	de don Teodomiro Tapia	3
Teresa Cádiz	î	Sirvientes de doña Cármen	0
Santos Ugalde	î	Alessandri	2
Cármen Picardo	î	Arturo i Matilde Rodri-	2
Ascension Espee de Henri-	*	guez	2
quez (de Petorca)	1	Maria Rosario Lecaros de	-
Mercedes Espee (de id.)	î	Barrera e hija Rosa i dos	
Antonia Bebar	î	sirvientes	4
Luisa Quiñones	î	Isidora Miranda	1
Rosario Lavin de Rosende	î	Mercedes Briones, Caroli-	-
Mercedes Achurra i Vale-		na Ekart i Encarnacion	
ro i dos sirvientes de don		Makart	3
José Antonio Guilizasti	3	Luisa Bellaurrutia	1
Sirvientes de don José San-		Antonia Fuentes	1
tiago Tagle	2	Rosario Grei	î
Margarita i Mercedes Ló-	~	Antonia Velarde	î
pez Montero, sobrinas	1111	Cármen Gallardo i una hi-	
del finado coronel don		ja	2
Agustin López	2	Antonia Castro	ĩ
Carmen Rodríguez, sir-	-	Rosalia Peña i sirviente	2
viente de doña Margari-	7.5	Bartola Reyes, calle de	-
ta Vial	1	Gálvez	1
Bernarda Mateluna (de 70		Micaela Rojas e hija, calle	-
años)	1	de San Isidro	2
Beatriz Torres (de 14 años)	î	Dos hijas de don Fernan-	-
Melchora Soto	î	do Carmona	2
Juana Martinez, sirviente	Fine	Trinidad e Irene Pérez	-
de don Benjamin Larrain	1	Carmona	2
			-

Flora Ortiz i amiga	2	Mercedes Méndez, calle de	
Isabel Guzman, preceptora		Lillo	1
de la escuela fiscal núme-		Mercedes i Margarita Ló-	-
ro 1 i una alumna	2	pez, calle de San Pablo	2
Francisca Sotomayor, ca-	-	Rita Cruz, Maria M. i Do-	-
lle de Gálvez	1	lores Urtuvia, Trinidad	
Cármen Vázquez de Diaz	î	i Rosario Rivas, Felipa	
Cármen Quezada i Fran-		Moya, Magdalena Mar-	
cisca Romo	2	tinez i su hija Matilde, i	
Carmen Chavarria i su hi-		una criada	9
ja Sózima	2	Una sirviente de doña	1
Francisca Fernández i Pe-		Agustina Larrain	1
ta Benavente	2	Trinidad Silva de Navarro,	1
Casa de doña Isabel To-	~	de 56 años, i su sobrino	
rres, dos sirvientes, calle		Santiago Larrain, de 10	
de la Chimba	2	años	2
Catalina Jiménez, matrona	ĩ	Cármen Henriquez, Cár-	-
Concepcion de Orrego e		men Grandon i Leonor	
hija	2	Zenteno, calle del Esta-	
Dos sirvientes i dos hijas		do	3
de estas, de la casa de		Rosario Saravia, amiga i	
doña Rosario Torres de		sirviente	3
Valdivieso	4	Madre de don Rosalindo	
Dos sirvientes de don Pe-		Molina	1
dro Rojas	2	Margarita i Mercedes Lei-	
Una ninita i una sirviente	_	va i Carmen Soria	3
del señor Mandiola, de		Irene Rodriguez	1
la calle de los Huérfanos	2	Carolina i Delfina García	
Lorenza Olivares i nieta.	1100	M.	2
calle de los Baratillos	2	Casa dedoña Rafaela Errá-	-
Petronila Carmona, calle		zuriz: Polonia Armijo,	
de los Huérfanos	1	Dominga Menare, Do-	
Isabel Villalon	1	minga Rojas, Juana	
Rosario Barrios de Salo-		Pinto, Juana Olivares,	
mó, calle Angosta	1	Feliciana Huerta, Cár-	
Carmen Picarte i Francis-		men Noya, Carlota	
ca Valenzuela	2	Arancibia i Carmen Ro-	
Clotilde Arredondo de Eli-		cha	9
zalde	1	Casa de don Manuel An-	
Dos arrendatarias de doña		tonio Aranguiz: Antonia	
Candelaria Novoa, calle		Monasterio, Pedro Aran-	
nueva de San Diego	2	guiz, dos sirvientes i Ro-	
La mujer, una hija i sobri-		sa Valenzuela, de Ranca-	
na del sacristan del		gua	5
Buen Pastor	3	Dolores Arancibia i Cár-	
La casa de doña Petronila		men Aguiar, con tres pu-	
Menare, de la calle de		pilas i una sirviente	6
Valdivia número 14, ha		Carmen i Juana Martinez	2
quedado inhabitada	8	Una sirviente, Josefa Ro-	
Mercedes Solis i Mercedes		jas, de casa del señor	1
Diaz, sirvientes	2	Maffei	

Casa de don Leandro No-		Hija de Juan de Dios Es-	
voa: María Salinas i su		pina i Mercedes Campos	2
hija Rafaela i dona Ma-	-	Mercedes Latorre	1
ria Madrid, hija de doña		Juana Moncado i Marga-	
Dolores Dominguez, de		rita Alvarado	2
la calle de la Maestran-		Francisca Garviso i sir-	
za	3	viente	2
Viviana de Mercedes Ota-		Amalia Pulgar i Antonia	
so	1	Beltran	2
Cármen Rivero, de la calle	-	Maria Sepúlveda i Felicia-	F
vieja de San Diego	1	na Neiva	2
Rosario Pino de Muñoz	î	María Herrera, Juana i	-
Mercedes Alegria	î	Tránsito Mandujano, de	
Juana Sensano e hija i Gu-	-	Renca	3
mersinda Maldonado	3	Bartola Cornejo i su hija	,
Deli Ugarte, Yungai	1		2
Rosa Pardo	î	Margarita López	-
Martina Randa	1	Mercedes Brito i María Ig-	2
	1	nacia Fernández	2
Dolores, Adelaida i Anto-	9	Cármen Herrerai Antonia	0
nia Valdivia	3	Aguilera	2
Magdalena Arancibia	1	Sirviente de la casa de don	
Lavandera de la casa de	9	José Flores	1
don Rafael Gárfias	1	Marta Jil e Isabel Garzo,	
Jesus Aldunate i sirviente	2	tia de don Manuel Anto-	
Maria Salomé Acuña	1	nio Rodriguez	2
Clarisa Silva	1	Dolores Vargas de Hurta-	
Micaela Pozo	1	do, de Tiltil	1
Agustina Calderon i Ma-		Lucia i Concepcion, sir-	
ria Ceron	2	vientes de don Manuel	
Ascencion Calderon	1	Garcia, i su suegra	3
Francisca Mandujano, su		Llavera del doctor Arms-	
hija Mercedes Herrera i	9	trong	1
su nieto Nicanor Larrain	3	Dos ninitas Carmona i dos	
Rosario Aldunate i sus hi-		sirvientes	4
jas Jacoba i Fernanda		Sirviente de don Tomas	
Cañas	3	Reyes	1
Francisca Salinas, Maria-		Cármen Baeza	1
na Salinas, sobrina e hi-		Francisca Morales i Jua-	
ja de esta última	4	na Muñoz, del campo	2
Leonor i Nieves López i		Sirvientes de la casa de	-
Margarita Bustamante	3	don Rafael Larrain Mo-	
Micaela Muñoz Contreras		xó	3
i dos sirvientes	3	Sirviente de la casa de la	
Agustina Silva	1	señora Urqueta, calle de	
Rafaela Novoa i Matea	8	Huérfanos	1
Aguila	2	Cruz Elgueda, de los Lin-	-
Antonia Castro i Perpetua	-	deros	1
Luco	2	Cármen Mardones i doña	1
Bríjida Gómez	ĩ	Valentina Ravanales	2
Dos sobrinas i madre de	50 C	Francisca i Melchor Iba-	4
don Manuel Jaña	3		0
don manuel oana	0	rra i Cármen Boy	3

Josefa Briseño de Oliva i	Juana Caldera, sirviente
sirviente, viuda i Narci-	de los señores Bezanilla.
sa Viveros 3	
	que figuró en conjunto
Mercedes Orellana, de	en las listas de ayer 1
Talca 1	Ceferina Cantillan, lavan-
De la familia de don Pe-	dera i costurera 1
dro Araos 5	Nicéfora de las Casas, hija
Jesus Recabárren 1	dedoña Francisca Arcos,
	i tres hijas de una arren-
Otras dos sirvientes de	dataria 4
casa de doña Ana Iñi-	Dulceras de Antonia Tapia 3
guez 2	Pilar Rojas, lavandera 1
Un sirviente de don Euse-	Tres niñas Plaza, de la ca-
	lle del Colejio 3
Francisca Saravia de To-	Micaela Torres, de cuatro
rres, calle de las Agusti-	años 1
nas, i una sirviente 2	Clodomiro Zúñiga, de seis
Rosa Sandoña 1	años i medio 1
Mercedes Ibañez 1	Josefa Garra de Hidalgo,
Rosa de González de Are-	de la Ligua 1
llano 1	Isabel Mancilla, de Talca,
Concepcion Lucero de	murió despues del incen-
Orrego i su hija Natalia 2	dio 1
Los siguientes nombres co-	Manuela Garrido 1
responden a las once per-	Candelaria Oróstica i su
sonas de la casa de dona	hija Jesus Martinez 2
Lucia Lobo, publicadas	Maria Herrera i dos hijas 3 Maria Espinoza 1
en El Ferrocarril del 10	Maria Espinoza 1
del presente: Agustina	Antonia Vivar 1
Aranguez, Bartola Aran-	Joaquina Salas 1
	o oud anne outres
guez, Luisa Osorio, Mer-	
cedes Romo, Rosa Gon-	Manuel Mejias i tres hijas 4
zález, Juana Berrios de	Margarita Fernández 1
Calderon, Carmen Cal-	Ignacia Reyes, sirviente 1
deron, Elvira Calderon	Jesus Recabarren 1
i Juana Hernández 11	Manuela González 1
Pilar Ramírez de Jiménez	Cármen Argüello 1
i su hija Ana Maria Ji-	
ménez 2	Mercedes Robles, viuda de
Concepcion Salinas, her-	don Francisco Aro 1
mana del sangrador Eu-	Dolores Cereceda i una sir-
sebio Salinas, i Lucia Ba-	viente, casa número 66
rrera, de la misma casa 2	calle de las Rosas: se ha
Clara Gómez i su hermana	lacrado por órden de la
Dolores Gómez 2	autoridad 2
Ninita Hurtado 1	Virjinia Vergara, del lla-
Mercedes Sánchez 1	no de Subercaseaux 1
Maria del Carmen Jofré,	Dominga Corro 1
de Peñaflor 1	Dominga Cortes de Alva-
Santos Ugalde, lavandera 1	rado 1
Aurora Hernández 1	Maria del Rosario Gavilan 1
	,

Ignacia Reyes, como de 60		que morirá infaliblemen-	
anos, madre del sirviente		te	1
de don Ramon Briseño	1	Maria i Rosario Martinez,	
Martina Sepúlveda	1	costureras	2
Carmen N., sirviente de		Rosario Garcia, abuela de	1970
don Rafael Carrasco	1	las anteriores	1
Bernarda Alvarez i Cár-		Cármen Carreño, lavande-	-
men Carreño	2	ra	1
Carmen Moya de Valen-		Bernarda Derso, costurera	1
zuela i su hermana Ma-		Hija de don Juan José Ruiz	1
ria	2	Juana Varga i Tránsito	
Cármen Montoya, Paula		Pozo, arrendatarias de	
Fernández i Natalia Cal-		las piezas de don Miguel	
deron	3	de la Barra	2
Dolores Avendaño, de 32		Maria Mercedes González	
años, Clorinda González		i Maria Guzman, casa de	
de 18, i una sirviente, ca-		don Francisco Navarrete	2
lle de la Maestranza, ca-		Clotilde Olivares i Prieto	1
sas de don José Vijil	3	Josefa Henriquez i sobri-	
Antonia Gutiérrez, viuda		na i Mercedes Escobar,	
de don José Ponce, Jua-		de 10 años	3
na Ramírez i Margarita		Luisa Vergara, suegra de	
Madrid, catorce años	3	los señores don Blas Ara-	
Mercedes Villarruel i Ma-		ya i don Agustin Mour-	
ria Guzman	2	gues	1
Casa de don Fernando		Anjela González i Cecilia	
Errázuriz: tres sirvien-		Lopez, sirvientes de do-	
tes, la mujer i dos hijos		ña Maria A. Moran	2
de Pedro José Calde-		Dolores Acosta, de Valpa-	
ron	6	raiso, i sus sirvientes Ali-	
Rosa Mateluna, hija del		cia Puebla i Carlota Ara-	
farmacéutico Mateluna	1	cena	3
Manuel Segundo Washing-	340	Cruz Elgueda	1
ton, sarjento mayor pe-		Pascuala Vargas de Reyes	1
ruano	1	Maria Atenas, llavera de	
Clotilde Olivares i Prieto i	0	dona Paula Barros de	
una sirviente	2	Ovalle	1
Santos Parraguez i sus nie-		Jertrudis Méndez	1
tos Mercedes i Enrique- ta Montano		Micaela Ramos, de la calle	Ш
	3	de las Rosas	1
Catalina Hidalgo i su hija	2	Maria Eujenia Martinez i	100
Luisa Cabeza, hija de don Antonio Cabeza	1	Gonzalez, de Curicó	1
Maria Herrera i Juana	1	Margarita Jara Morales i	
Gaete, sirvientes de do-		Carolina Gaete Morales,	
ña Mercedes Rodríguez	2	solteras	2
Juan Enrique Pérez, de	-	Transito Mesa, sus hijas	
cinco años, hijo de Mer-		Rosenda i Natalia Ruiz,	~
cedes Fontecilla	1	i dos sirvientes Bernarda Calderon, lavan-	5
Clorinda Canales, de 15		dera de don Matias Ova-	
años, salió tan quemada		lle	1
1	- 27		T

Jacinta Gamboa, de 9 años	1	Ánjela Castro de Ávila i su	
Cármen Rocha i Timotea	-	hija	2
Figueroa perecieron con		Pilar Ramírez i su hija	2 2
la señora doña Tadea	100	Dolores Ávalos, calle nue-	-
Errázuriz	3	va de San Diego	1
Petra i Juana Garviso, sir-		Juana Ayala	î
vientes de doña Antonia		Esposa de don Isidoro Bal-	-
Silva	2	tras	
Mercedes Rodriguez, lla-	-	Hija de doña Mercedes Vi-	
vera de doña Rosalia Lu-		llagra, viuda	1
co de Orrego i hermana		Virjinia Vergara, de 15	-
de la cofradia del Cár-		años	1
	1	Trinidad Arellano	1
men .	1	Margarita Araya i Leonar-	1
Mercedes Campo, soltera,	1		
de 44 años, de Coltauco	1	da Peña, sirvientes de don José M. Bravo	2
Felipa Soto, sirviente	1	Justa Ovalle de Pizarro	ī
Rosa Guzman	1		1
Perfecta Avila, de Ranca-	1	Pabla Pasten	1
gua l c l l c i i	1	Maria Rosa Oses, de Talca	1
Pascuala Solis, de Curicó	1	Esposa de Pedro Noram-	1
Sirviente de doña Rosario	4	buena, de id.	1
Rencoret	1	Maria Alvarez	1
Prudencia Diaz	1	Agustina i Ascencion Cal-	9
Mercedes Lillo i Dolores	0	deron i Maria Cabeza	3
Abasolo	2	Cármen Rios i su hija Ma-	0
Petronila Morales de Me-		ria Mercedes Muñoz	2
nare	1	Juana Moncada, viuda, i	0
Cruz Diaz, de Talca, coci-		una hija	2
nera en casa de los seño-		Manuela Diaz, vinda	
res Perez Mascayano	1	Dolores Aranda i criada	2 3
Manuel Moya, de Chillan	1	Andrea Jara i dos hijas	9
Victor Contrerasi Villegas,		Casa de dona Carmen Ja-	0
de 7 años, de Chillan	1	ña, sobrina i sirviente	2 2
Andrea Castillo, hermana	- 1	Juana Plaza i amiga	2
del relijioso agustino frai	EN	Isidora Rodríguez de Diaz,	
Diego Castillo	1	sus hijas Margarita i Flo-	
Mercedes Cárdenas	1	rinda Diaz i amiga Ma-	000
Luisa Pareja i su madre		ría Marchan	4
Rosario Torres	2	Carmen Casas Cordero	1
Catalina Hidalgo	1	Carmen Callejas, sirviente	4
Maria Gallardo	1	de don Rafael Carrasco	1
Ursula Farias	1	Maria Mercedes i Maria	
Clara i Dolores Gómez	2	Trinidad Herrera, her-	
Antonio González, sir-		manas de don Pedro Jo-	0
viente de don Manuel	3	sé Herrera	2
Cruz	1	Cármen Montoya i sirvien-	6
Maria de la Cruz Diaz, sir-		te	2
viente de don Eujenio	30	Antonio Valdivia, su hija	0
Figueroa	1	Dolores i su nieta	3
Basilia Zárate, calle de	1000	Carmen Videla	1
Santo Domingo	1	Mercedes Gómez	1

Cármen Inostrosa (de la		Francisca Silva i Martina	
Viña)	1	López, niñas de doña Mó-	
Arrendataria de casa de		nica Ganosa	2
Juana Muñoz	1	Manuel Duran, de 15 años	1
Casa de don Cirilo Cádiz,		Rosa Moreno, calle nueva	
señorita Dominga Ruiz,		de la Merced	1
Mónica de la Cruz i Pau-		Sirvientes de don Amador	
la Rojas, sirviente	3	de la Cerda	3
Casa de don Juan 2.º Mi-		Lorenza Guzman, Rafaela	
quel: Francisca Romo i		Saso i Feliciana Valde-	
Carolina Rosas	2	negro, sirvientes de doña	
Perfecta Avila de Rami-		Rita Bravo	3
rez, de Cauquenes	1	Abelardo Montealba (de	
Luisa Venegas de Aguilar	1	Chillan)	1
Rita Morales i su abuela		Eduvijis García, del ba-	115
Lucía	2	rrio del Arenal, de doce	
Francisca Aliaga, costure-	. 7	años	1
ra, soltera	1	Cármen Pinto i su hijo	175
Manuela Espindola	î	Evaristo Molina	2
Jerónima Madrid i su tia	-	Victoria González i su hija	~
Santos Madrid	2	Narcisa Huerta	2
Maria Ortiz, soltera	ĩ	Margarita Valdivia, de 8	~
Dolores Venegas i Castro,	*	años	1
viuda	1	María Silva de Oliva i su	-
Santos Ovalle, aparadora,	-	hija Enriqueta, de quince	
i su hija Mercedes San-		años, i hermano Juan de	
tiváñez	9	Dios	3
Mercedes Quintanilla	$\frac{2}{1}$	María Cordero i su hija	
Francisca Lillo, de casa de	-	Tránsito Silva	2
las señoritas Beauchef	1	Cármen Mardones i Va-	-
Jesus Manzo, lavandera		lentina Ravanal	2
de las mismas señoritas	1	Mónica de la Cruz Victo-	-
María Colland, lavandera	-	riano i una niñita, Mer-	
de las señoras Gorrites	1	cedes Banda i su hija	4
Jesus Aldunate, viuda	î	Cármen Diaz, lavandera de	
Mercedes Astorga, hija de		la señora Barriga de	
don José Manuel Astor-		Echeverria	1
ga, i una sirviente	2	Francisca Castro, viuda, i	-
Maria Escobar de Peña	1	su hija Victoria Rojas	2
Inocencia Luna	1	Maria de los Dolores, Ma-	-
Domitila i Carmen, sir-		ría de la Representacion	
vientes de doña Antonia		i Matilde Banda	3
Estobaza	2	Ignacia Águila	1
Francisca Salvatierra, con		Juana Valenzuela	î
una niñita llamada Ro-		Jesus Diaz	1
saura Ibarra, de cuatro		Agustina Lobos i dos her-	1
meses	2	manas	3
Manuela Badilla i su hija		Isidora Salgredo de Moran	1
Micaela Santiváñez	2	Dos sobrinas de doña Pi-	
Cayetana Ponce de Leon,	and I	lar Guzman de Oportus	
soltera	1	i una alojada	3

Carolina Castro	1 .	María Beiza (del Cármen	
Maria Valverde	1	bajo)	1
Petronila Loyola	1	Sirviente de la casa de do-	•
Mercedes Herrera	1	ña Carmen Arangua de	
Nicanor Larrain	1	Castro	1
Luz González	1	Juliana Torres i su hija	-
Dolores Abalos	1	Micaela Valenzuela	2
N. Cabeza	1	Madre i des hijas Arandas	~
Juana Escobar	î	(de la calle de Carrion)	3
Dos hijas i nieta de don Ti-	-	Cruz Puelma, de 14 años,	.,
burcio Plaza	3	i Cármen González, zapa-	
Dolores Férman de Herre-	0	tera	2
ra	1	Maria Josefa Ramirez i	-
Narcisa Reyes, de 15 años,	-	Mónica i Juana Riveros	3
i una sirviente de don Jo-		Ventura Rubio, Santos	.,
sé Prado	2	Irarrázaval i Margarita	
Cármen Mardones, hija de		Ayala, de la casa de don	
don Remijio Mardones	1	Transito Concha	3
Úrsula Saso de López, viu-		Rosario i Mercedes Martí-	
da, i su hija Margarita,		nez	2
vecinos de Lampa i veni-		Feliciana Galvez i Maria	~
dos exprofeso a la fun-		Duran, su hija	2
cion	2	Agustina Olguin i su hija	-
Natalia Calderon, de trece		Florentina Inostroza	2
años, hija de don Narci-		Maria Cruz Pineda, de 14	35
so Calderon	1	años	1
Cármen González i Rosa-		Mercedes Leiva	1
rio Serrano, sirvientes		Santos Valdivieso i su hija	
de doña Juana Lois de		Delfina Tovar Valdivie-	
Rojas	2	so, de 16 años	2
Margarita Cortes, Anto-	83	Mercedes Leiton	1
nia Montenegro e hija	3	Catalina Mateluna, de Me-	
Mercedes Zueso de Calde-		lipilla	1
ron	1	Jervasia González, sirvien-	
Lucia Quiñones i su nieta		te de don Marcos Mene-	
Rita Ortúzar, de 14 años	2	ses	1
Casa de doña Cármen Uri-		Manuela Moran i su hijo	
zar de Lastra: su hija So-		José Salas, ambos de Illa-	11/2
fia Lastra Urizar i una	0	pel	2
sirviente, Maria Puga	2	Victoria González de Huer-	
Carmen Garcia i Rosario		ta i su hija Narcisa Huer-	0
Ovalle, mujer de un ca-	0	ta	2
bo de policia	2	Maria Contreras, viuda	1
Joaquina Salas i María del	2	Luisa Jiron, viuda	1
Carmen Cerda	4	Matias Venegas	1
Andrea Carreño i Mauricia Muñoz	2	Jermana Clorinda Rodri-	1
Bartola Figueroa (de Lam-	2	guez, de 10 años	1
pa)	1	Cármen Santiváñez, lavan- dera	1
Catalina Astorga, de diezi-	-	Gregoria Morales, de 14	1
seis años, i Maria Olea	2	años	1
The state of the s	-	COLUMN TO THE CO	-

Carmen Baquedano, coci-		Carmen Renjifo de Moran	1
nera de doña Mercedes	10000	Dolores Soto i su hija Do-	
Robles	1	mitila Mogoyon	2
Cármen Pacheco	1	Mercedes Pulgar	1
Isabel Venegas i su hija, de	18/1	Maria Briones, Chimba	50
16 años	9	arriba	1
	2		1
Lucia Morales	1	Trinidad Tiraga i Juana	-
Ceferino Castillo	1	Ramirez, ropera	1
Una sirviente de doña An-	Y	Jermana Clorinda Rodri-	
tonia Vergara de Valdes,	- 18	guez, hija de don Agus-	
i tres hijos de la misma		tin Rodriguez	1
sirviente	4	Rosita Moreno, de la calle	-
Sirviente del señor don Ra-	1800	de la Merced	1
	1		
mon Guerrero	1	Amalia Fredes i Lillo	1
Melchora Moya, sirviente		Dolores N., criada de don	120
de doña Juana Vargas		Manuel Lillo	1
de Jara	1	Pabla Muñoz	1
Inés Echeverria i Sol	1	Concepcion Valenzuela,	
Anjel Espinosa, sirviente	254	sirviente de las señoras	
de la casa de doña Cár-		Calvo Valenzuela	1
	1		1
men Ruiz Tagle	1	Sirvientes de la casa de	
Lavanderas de la señora		dona Justina Gandari-	
Donoso, residentes de la		llas	2
Cañadilla que ocupaban		Marcelina Ibarra, viuda	1
una casita de esa calle.		Josefa Gómez	1
perecieron todos	4	Tránsito Pozo	1
En la calle de las Cenizas,		Cármen Arco	î
entre las de Moneda i	200	Cármen, Margarita i An-	-
Agustinas, a mitad de la		dres, sirvientes de la se-	
calle, hai otra casa inha-	W 1	nora dona Ana Maria	HIS?
bitada desde el dia de la	- 3	Morandé de Arroyo	3
catástrofe: sus morado-		Juana Diaz (de Curicó) de-	
res perecieron todos	5	ja cuatro hijos pequeños	
En el pasaje Puelma de la	10	i dos adultos	1
calle de las Cenizas ha-		Jesus Palominos	î
bitaban dos jóvenes una	100		0
pieza, i ámbos perecieron	0	Cármen Portus	2
en el incendio	?	Francisca Flores, lavande-	
Adelaida Silva de Meneses	1	ra de doña Cármen Ta-	
Juliana Torres i su hija	25,0	gle	1
mayor	2	Pascual Riquelme, marido	
Mercedes Muñoz, lavan-	No.	de Maria Valenzuela, Jo-	
dera de don Juan Ugarte	1	sefa Gallardo, madre de	
Mercedes i Trinidad He-		la misma, i Maria Ri-	
	2		
rrera Ramirez	-	quelme, cuñada de la	9
Isabel i Clemente Andres	13	misma Vicenta Antonia Di	3
Campos, hijos de don	0	Vicente Antonio Diaz, ca-	
Andres Campos	2	sado con doña Martina	1
Juana Leiva, Joaquina i		Godomar	1
Anjela Mujica i Rosario	75340	Emilia i Julia Aranda i	
Perez	4	dos sirvientes	4
CONTRACTOR OF THE PARTY OF THE	THE PARTY		7244

CULTURE TO THE STATE OF	1 G T.6./	4
Sirvientes de doña Eulalia	Gregoria ourie	1
Pardo 3	Carmen Honorato, de San	,
Rosario Flores 1 Dolores Arancibia 1	- Carpo, Carolina	1
Dolores III tellerona	Rosario Morales, costure-	1
Dona Carmen Aguiar con		1
tres pupilas i una sir-	Juana Muñoz, de Talca,	1
viente	Control Control	1
Cármen i Juana Martínez 2	Dolores Dopes	
Isabel Salinas, calle de	minimum in memory of the contract of	1
Cienfuegos 1	Enrique Caballero, médico	1
Mercedes García i su hija,	Portition	1
de la Viña 2	Virjinia de Pabla Gonzá-	,
Maria Berrios, sirviente		1
de don Diego J. Bena-	Jesus Martinez, profesora	
vente 1	de piano i arpa, i Ma-	
Mariana Bustillos, una sir-	ria Mercedes Herrera,	
viente i una muchachita 3	alumna del conservato-	2
José María Bobadilla, su		2
mujer María Navarrete	Juana Canales, hija de Jo-	1
i su hija Rudecinda, na-		1
turales de Talca 3	María Rus i María Seni-	
Mercedes Córdova, Caña-	dua, sirvientes de don	2
dilla 1		=
Ana María Briones, de Cu-	Maria Puebla i Carlota	2
ricó 1		-
Sirvientes de don José	Cármen i Rosa Peña, col-	2
Agustin Eyzaguirre 2		-
Javier Contreras, de casa	Mercedes Toro, sirviente	
de don Nicolas Larrain	de doña Concepcion de	1
i Rojas 1		1
Concepcion Miranda, la- vandera 1	TIZOTOGICO TIZOTICOS TITOTICOS	
	Carmen Vargas, sirviente	1
Dolores Alvarez i Cármen	de don Juan Tagle Félix Cerda, calle de las	
Cato, sirvientes de doña Rosario Echevers 2		1
Trocurro Elenovers	Paulina Yáñez, cocinera,	-
Transito Ogas, madre de 1 doña Rosario Correa 1		1
		î
Francisco Muñoz, 56 años, petaquero 1		î
		î
Rosa Guzman i Aguirre, calle vieja de San Diego 1		î
		1
11100100 2 101 00, 1111	LITEDIO DILTE	î
Juana Gaete de Osorio, antigua sirviente de don	Filomena Cañas	1
Juan de Dios Fernández	Faustino Espinosa	î
Gana 1	Rita Cruz	ī
Martina Amalla 1	Mercedes Esteves	1
Mercedes Oyarce, de San	Dolores González	1
Felipe 1		1
Cármen Astudillo, soltera,	Cármen Diaz	1
de 19 años 1		1
do 10 anos		

Juana Gómez	1	Rosario Peña i Teodoro	
Pabla Ugalde	1	Ramos, de la calle de	
Luisa Quiñones i su hija	2	San Pablo	2
Rita Ortúzar	1	Santos Quinteros, cocine-	100
Agustina Lobo	1	ra, i Paula Muñoz, nodri-	
Filomena Lobo	1	za, ámbas empleadas en	
Cármen Lobo	1	casa del señor don José	
Juana Diaz	1	de Bernales	2
Tomasa Diaz	1	Marcelina Gallardo i Mer-	
Luisa Jiron	1	cedes Sotomayor, sir-	
Maria Contreras	1	vientes	2
Primitiva Mela	1	Juana Gutiérrez, de la ca-	_
Encarnacion Mela	1	lle de San Pablo	1
Rosario Dinamarca	1	Rosario Santander, lavan-	-
Rosario Núñez, de la Do-		dera	1
minica	1	Clotilde Arredondo	1



